



## LA AGONÍA Y MUERTE DE JESÚS



Si en el presente artículo hubiera alguna interpretación contraria á las enseñanzas de la Iglesia católica, téngase por no escrita.

DR. CARMENAL.

Si el afán del hombre es el saber y tras él camina, con ansia de hambriento por hallar hartura, al correr á la muerte busca enseñanza. Tras esa muerte tan temida por los que dudan, está la Sabiduría y la Bondad; por eso la muerte será buena por lo que tiene de justa, y necesaria, por lo que tiene de ley. El hombre, al dejar de vivir, paga su tributo como ser limitado en existencia; al dejar de ser, da suelta á lo que no perece, y por eso abandona al cuerpo el espíritu que le dió vida. La muerte es la mejor cosa que hay en el mundo, con ser la peor, al parecer, para el individuo, pues por ella nos desprendemos de la carga animal, hacemos libre al alma, y ésta vuela en seguimiento de la justicia, que ha de darle la Bondad Divina, allí donde radica la Verdad Suprema.

En el mundo, á lo más que podemos aspirar, es á aprender á morir en condiciones de futura vida eterna, y al hacer el aprendizaje podemos optar libremente entre las enseñanzas que nos conduzcan á la verdad ó aquellas que por obce-

cación caen en el error. Si se siguen las primeras, la muerte será en sí buena; si desfallecemos con las segundas, la muerte será mala, por ser malo el que á sus puertas llega; pero siempre será buena, porque al traspasar aquéllas, está el Juez que no se engaña.

Cristo fué el que nos abrió las puertas de su reino, para encontrar en él la fuente de la sabiduría. Para lograrlo, quiso vivir entre nosotros, y vivió. Después de la doctrina emanada de su Divinidad, por la cual habíamos de saber las condiciones necesarias de lo bueno para dejar de ser malo, como naturaleza humana nos dió su vida, como naturaleza divina enseñó el camino de la verdad, y como Dios hecho hombre nos redimió.

Estas dos naturalezas en Jesús hacían resplandecer su ministerio en la tierra, por cuanto como Verbo encarnado ejecutaba operaciones exclusivas de la Divinidad, y como hombre estaba sometido voluntariamente á las funciones de nuestro organismo. Ambas, obrando en mancomún, daban el carácter de naturaleza divina al Hijo de Dios hecho hombre, asombrando con milagros, sufriendo injurias y sucumbiendo en la Cruz la flaqueza de su carne.

Al morir Jesucristo, no se crea que fué por forzosa imposición de su organismo humano, no. Al decir San Agustín que «no dejó por fuerza la vida, sino porque quiso, cuando quiso, como quiso», da á entender que Jesús, por teándrica voluntad, ejecutando de común acuerdo las dos naturalezas, dejó la vida; por eso se explica el sorprendente acto de la Pasión, con aquellas escenas de maravillosa mansedumbre y de horrorosos tormentos. Se explica que cuando Nuestro Señor se dispuso, por omnímota voluntad, á sufrir una agonía repleta de injurias y una muerte rebosante de torturas, dejó á su cuerpo en el desamparo y á la carne en condiciones de ser sensible al dolor y alterable en sus funciones. En la agonía y en la muerte, la humanidad de Cristo se manifestó con los atributos de organismo dispuesto para abandonar la vida, dando de sí fenómenos ciertos de alteración funcional, capaz de conducir á quietud, por mecanismos más ó menos explicables.

De esta muerte, bajo el punto de vista humano, y como refutación de maliciosas suposiciones de herejes y tibios reparos de procedencia médica, hemos de decir cuatro palabras, inspiradas por el buen deseo y sujetas en todo lo posible á las enseñanzas de los Santos Padres.

Jesucristo murió en la Cruz. Murió por la intensidad de los tormentos á que fué sometido. Las señales de muerte fueron indiscutibles, y resucitó porque murió.

En el desgraciado afán herético, Paulus fué uno de los que creyeron que Jesús no murió, que en la Cruz ya, apresuróse á inclinar la cabeza, y sus discípulos, le bajaron de aquélla, y «con medicamentos facilitados por una sociedad secreta le restituyeron las fuerzas, dando después al público la voz de que había resucitado». Semejante hipótesis carece de sentido común, y no sólo está en contra de los datos históricos, sino que es rechazada por la lógica y la fisiología. Es inútil la refutación, pues aunque se admitiera la idea del judío Salvador y fuera cierto que Jesucristo no estaba sujeto á la Cruz con clavos, sino únicamente liado con cuerdas, y la inclinación de su cabeza fuese el comienzo de un desmayo, de todas maneras quedaba en pie el hecho probado de la lanzada, capaz por sí sola de ocasionar la muerte. Concedámosles más aún, demos por supuesta la abertura del corazón, no haciéndoles fijar la memoria en el acto de salir sangre de entraña tan inviolable, y concedamos también que el desmayo fuera el final de tantos tormentos como recibiera Nuestro Señor. Pues así todo, difícil les sería, imposible, el probar cómo pudieron los discípulos de Jesucristo volver á la vida á su maestro con drogas más ó menos de específica acción. En el Calvario no pudieron intentarlo, por tener centinelas de vista; en el sepulcro colocaron el cuerpo del Mesías muy fajado, á usanza de hebreos, y no quedara más tiempo disponible para cumplir su buen deseo que las altas horas de la noche, y haciendo caso omiso de la guardia colocada por los sacerdotes. ¿Es posible creer que dentro de un sepulcro, sin aire que se purifique, por falta de relación con el exterior, pueda volver á la vida un cuerpo saturado de lesiones, falto de aliento, por lo menos en seis horas y bajo

el desgaste completo de energías? ¿En qué medio ambiente y por qué medios terapéuticos pudieron obrar sobre un cuerpo en agonía aquellos infelices y huídos discípulos, más necesitados de ánimos que dispuestos á infundirlos? No, no pudieron en ese tiempo y con aquella atmósfera arrancar de un sopor traumático, si tal padeciera Jesús, al cuerpo ya en las postrimerías de la vida. Desmayo con hemorroisa pérdida y lacerado cuerpo, no es hacedero de ahuyentar. Falsa y muy falsa es semejante suposición, basada tan sólo en el encono ciego y cimentada sobre juicio erróneo.

Es cierto que ningún evangelista empleó la dicción *murió* al dar cuenta de los últimos instantes de vida de Jesús, pero al decir San Juan *tradidit spiritum*, San Marcos y San Lucas *expiravit* y San Mateo *emisit spiritum*, dan á entender bien á las claras que Jesucristo *expiró* en la cruz, *dejó de existir*, *entregó su espíritu*, y hasta en el verbo empleado por San Mateo se trasluce la *acción voluntaria* de Jesús al encomendar su alma en manos del Señor.

La muerte de Jesús fué debida á la fuerza de los tormentos corporales, y estos tormentos, por sí, alteraron las funciones vitales del cuerpo del *Hijo del hombre*, siendo vehetoras de mortal angustia y suficientes para quitar la vida.

La constitución de Jesús no fué débil, como aseguraba en su *Philosophia naturalis sacrosanti corporis Jesucristo* el doctor Moles, médico de Felipe IV. Y no debió serlo, porque antes de su Pasión dió pruebas de fortaleza, y á ser débil no tolerara un ayuno. San Atanasio, al decir que Cristo era «perfecto Dios y perfecto hombre», estaba más cerca de la verdad; y más en armonía con el *temperamentum temperatum* de los antiguos está el retrato de Jesucristo hecho por el historiador Josefo, que justificada la debilidad orgánica de Jesús con las ingeniosas pero gratuitas suposiciones del médico del siglo XVII. La afirmación de Vicente Verdini también nos parece exagerada, puesto que al atribuir á Jesús condiciones especiales de la raza y decir que era de temperamento *fortísimo*, se incurre en falsedad fisiológica y se excluye el justo medio, que es el normal. Jesucristo fué *hombre perfecto*, sin predominio en su organización de sistema alguno,

pues el del cerebro-espinal, indicado por el Dr. Candela en su artículo, no pasa de creencia hipotética. Por lo cual creemos que juventud sana y robusta debió ser la de Jesús hasta el comienzo de su Pasión.

Al iniciarse ésta, con los comienzos angustiosos de Getsemaní, las ansias del sacrificio y las torturas del cuerpo pudieron alterar el equilibrio de aquellas fuerzas tan bien aunadas en la humanidad de Cristo y dar principio desde aquel momento al período de *combate*, más cercano á la muerte que á la vida entregada por Él. Desde aquella noche misteriosa del mes de Nisan, en cuyas sombras quedó envuelto el *secreto de Cristo*, y donde desmayara el ánimo del Salvador, siéndolo, y su sangre brotara en forma de sudor copioso, desde ese instante podemos contar como empezada la lucha de las energías vitales de su cuerpo contra las lesiones físicas producidas por el martirio.

En noche tan memorable, el desfallecimiento orgánico del cuerpo de Jesús, avivado por el trastorno anímico, sugerido por decaimiento de fuerzas, empezó el trastorno de la normalidad fisiológica de su complexión, y dispuesta quedó la humanidad para sufrir las flaquezas de la carne, como las debilidades y congojas del corazón.

Las particularidades de aquel *sudor de sangre* que padeció Jesús la víspera del día de su muerte han sido muy bien interpretadas por Jaivre en *La controverse* (1881), para enseñanza de los autores que ponen en duda tan sorprendente fenómeno acaecido en la persona de Cristo.

Apenas repuesto de la pérdida de sangre y entonado el sistema nervioso de su trastorno, muy luego, fué Jesucristo preso, atado y conducido de la granja de Getsemaní á casa de Anás y de ésta á la residencia de Caifás. Al caer en poder del que se llamaba juez supremo, recibiendo injurias y sin defensa ni protesta, dejando traducir en golpes la rabia de soeces mercenarios, el cuerpo de Jesús sintió los primeros golpes y las furiosas puñadas de aquella chusma desaforada en el pegar y enardecida por el odio. No es de suponer que dejaran región alguna por sellar con sus briosos puños, ni tampoco es aventurado creer que en pechoyespalda,

en el rostro y vientre debió sufrir Jesús los más numerosos puñetazos. Si á éstos juzgamos como capaces de originar contusiones en sano cuerpo, al estar éste debilitado por noche de angustia y por sangre perdida, habían de ocasionar mayores daños, más acerbos dolores.

Más tarde, de prisa, como quien está deseoso de «ver morir al hombre antes de que perezca un pueblo», Caifás y su menguada cohorte llevaron á Jesús ante la presencia de Pilatos. Con repulgos de pureza, no pisaron el pretorio aquellos jueces que, condenando á Jesús contra todas las leyes del derecho, incurrieron en falta mayor que al dejar la orla de sus túnicas en contacto con la piedra del palacio romano. En él, y después de una escena de mofa y escarnio habida ante Herodes, fué Cristo atado á una columna y azotado.

La columna ó poste á que fué atado Jesús debió ser de mediana altura, pues si bien parece colegirse de las indicaciones de los evangelistas que no fué utilizada la que para en casos análogos de tormento tenía cercana el asiento del Pretor, se comprende que al ejecutar el acto de la flagelación debieron, los sicarios que hicieron de lictores, emplear una columna parecida á aquélla, dispuesta á tener sujeto á Jesucristo, con las muñecas atadas por detrás de la espalda y fijas al poste por medio de cuerdas. De esta manera pudo quedar libre de toda protección el dorso, pues de otro modo, al estar de espaldas en la columna, ésta impidiera la descarga de azotes; y á fe que los verdugos eran incapaces de dejar por superfluo semejante refinamiento de crueldad.

La flagelación de Cristo, hecha por enconados enemigos y á presencia de soldados indiferentes para todo acto de clemencia, revistió el carácter de ensañamiento y alevosía de que eran poseedores, energúmenos cegados por la pasión y sordos á toda clemencia. Sobre el desnudo cuerpo de Jesús chocaron los flagelos, y cruzando la piel, sensibilizada aún por las puñaladas y golpes de los servidores del sacerdote hebreo, dejaron marcada la huella del tormento. Á ser juzgado Jesucristo por la ley judaica, no hubiese recibido más de cuarenta azotes; pero al juzgar Pilatos, más, muchos más correazos contundieron sus carnes, enrojeciendo la piel,

surcando la epidermis, levantando los tejidos con la sangre derramada, despertando movimientos reflejos capaces de alterar funciones orgánicas con congestiones viscerales.

Tras el inhumano golpear siguió la coronación con rama de *zizyphus* espinoso, entrelazada con juncos y dispuesta en forma de corona ó capacete, para de este modo completar el cruento y purpúreo revestimiento de Cristo, pues á *chituna* ó túnica de sangre extravasada, correspondía un *sudar* que, ciñendo la cabeza con punzadas de espinas, le diera un velo sangriento.

No es posible el precisar las múltiples lesiones que Jesucristo soportó durante las primeras horas de aquel viernes memorable.

Si Cicerón llamó á la pena de azotes la mitad de la muerte, y muerte entera fué para muchos que, sometidos á semejante tortura, dieron su vida antes de mostrar cansancio sus verdugos; si la flagelación fué en tiempos pasados pena impuesta á los reos sanos, con restricción para débiles y enfermos de afección aguda; si fué prohibida la de pecho y vientre, siendo permitida solamente la sacudida en espalda y nalgas, como medida de prudencia ante hechos de muerte súbita por contusión en regiones delicadísimas, como la epigástrica; si tales enseñanzas nos hacen ver bien á las claras la importancia y crueldad del tormento á que fué sometido Jesús, ¿hemos de creer que los traumatismos carecieron de importancia, y poner en duda la fuerza é intensidad de las lesiones en el cuerpo de Cristo, ante una resistencia amenguada á cada instante por nueva tribulación y nuevo martirio?

¡Prueba de la debilidad humana de Cristo sus congojas y caídas en el camino del Calvario! Eso dicen los autores que prefieren creer en la muerte de Jesús ocasionada por solo sentimientos morales, antes que admitir la violencia de los tormentos y la acumulación de lesiones en cuerpo tan ultrajado.

Pero esa debilidad, de que han sacado partido para considerar á Jesús como hombre de naturaleza delicada, endeble y falta de resistencias orgánicas *durante toda su vida*, es precisamente el testimonio de su fortaleza.

Añadamos á la serie de traumatismos recibidos por orden de Pilatos la carrera emprendida por Jesús desde el Pretorio al Gólgota, tropezando á pasos, á empujones andando, bajo el peso de una Cruz de quince pies de larga, en cuyo arrastre y sostenimiento estaban empleados unos brazos trémulos y unas piernas dobladizas por la acción de la carga, la inclinación del suelo y penoso andar de la víctima; agréguese el angustioso sudor del rostro, pegadizo, frío y con tintes de sangre, el resollar entrecortado, la continua excitación promovida al rozar la túnica sobre el dermis dejado al descubierto por los terribles flagelos, y no habremos hecho más que iniciar la historia de aquellas manifestaciones de indefinible suplicio, jamás comprendidas por humano ser en toda su importancia y grandeza.

Si el Cirineo alivió á Jesús del pesado madero, no pudo, al arrastrarle llevar con él el más pequeño tormento, pues todos quedaron en Cristo, aun cambiando de causa. Si al bajar del Pretorio á la puerta de la ciudad, Jesús sufrió la ansiedad de una respiración alterada por la carga de su Cruz, que al gravitar sobre los hombros impedía inspiraciones normales, al salir de Jerusalem, aunque aliviado del peso, continuó su fatigoso andar, cuesta arriba, hasta lo más alto del pelado monte.

Una hora de camino afrentoso, salpicado de sangre, sellado con caídas y á pie desnudo medido, y llevado por Jesús, para mofa del populacho, satisfacción de soldados, pena de mujeres é hipócrita conmiseración de algunos fariseos. En aquel viernes, nunca olvidado, Jesús aguantó injurias, soportó ultrajes y sólo rechazó lo que anestasiarle pudiera, la mixtura de mirra, ofrenda de las sensibles mujeres de la ciudad. Es decir, se dispuso á que su carne apreciara en todo su dolor las lesiones hasta entonces aceptadas, para hacer completo el sacrificio, sin adormecedores remedios, ni paliativos de sensación mortal.

Ya en lo alto del monte, en cuya cumbre habían de finalizar los tormentos de la carne con muerte del Dispensador de vidas, en «el más cruel y el más espantoso de los suplicios» (Cicerón), desnudaron á Jesús de sus vestiduras, re-

moviendo la corona de espinas al sacar la túnica y dando al aire desnudeces de piel, tanto más sensibles, cuanto más extensas é irritables; ceñido el *subligaculum lumbarum*, única vestimenta guardadora de pudores; acostado el cuerpo de Jesucristo sobre leño no alisado, abriéronle de brazos, y aplicando el dorso de la mano derecha á la rama más pequeña de aquella Cruz *inmisa*, á fuerza de martillo la clavaron, desgarrando carnes, abriendo vasos, separando huesos y distendiendo ligamentos. Al intentar la misma operación con la mano izquierda, el ejecutor, según Fr. Luis de Granada, hubo de estirar violentamente la extremidad, para hacer que llegara al sitio de fijar el clavo, y «estiróla tan fuertemente que hizo desencasarse los huesos de los pechos y desabrocharse toda aquella compostura y armonía del cuerpo divino», con lo cual logró dejar bien tensos los brazos de Jesús y aplicada la espalda al duro madero.

No parece comprobado que la Cruz donde sufrió tanto Jesús tuviese asiento (sedile), pues aunque en algunas se utilizaba, era más por el deseo de alargar, en lo posible, la agonía de los condenados, que por miedo á caída del cuerpo al desgarrarse las manos y desprenderse. Como en la crucifixión de Nuestro Señor lo que más importaba á los judíos era la muerte del que se llamaba Hijo de Dios, y lo de menos la duración del martirio, pudieron aconsejar á los romanos la supresión del apoyo, que para ellos hubiera podido hacer más lejana muerte tan apetecida.

En cruz los brazos y en tensión el cuerpo de Jesús, sujetaron los pies al subpedáneo con sendos clavos, haciendo más desgarres y produciendo mayor separación de huesos que en las manos, por condiciones especiales de la región taladrada y por la mayor tenacidad de los ligamentos; todo ello sin lesión en la continuidad del hueso, por cuanto pudieron entrar y perforar las carnes dichos clavos, sin ocasionar fractura ni traumatismo parecido.

El empleo de cuatro clavos para la crucifixión parece fué el más generalizado entre los romanos; teniendo en cuenta la afirmación de San Cipriano, que vió en su tiempo crucificar así y la costumbre artística de los pintores anteriores á

la época del Renacimiento, puede ser suposición bien fundada la admitida por muchos autores, al creer ejecutada la crucifixión de Cristo con arreglo á la práctica establecida.

Enhiesta la Cruz con la humanidad de Cristo, prendida y enclavada, Jesús dió principio al final de su agonía. Ésta, que no fué corta, pues durara desde la medianoche, en la que fué preso, hasta la hora en que murió, ha sido negada por algunos, puesta en duda y discutida por los defensores de la muerte repentina de Cristo, pues al sostener la parvedad de los traumatismos recibidos por Él, no les conceden intensidad mortal necesaria.

Si la agonía no es más que un *combate* entablado entre los efectos mortales de la lesión y la energía utilizable del individuo, Cristo, desde la noche de su llanto y desquiciamiento nervioso, hasta la tarde de su crucifixión, en el transcurso de diez y seis horas próximamente, estuvo padeciendo aquel combate, aquella agonía estremecedora de la carne. El final de ésta, en la Cruz, hubo de ser corto; al ser intensas las lesiones sufridas y muy dolorosas las protestas del organismo, grande la angustia del ánimo é inmenso el sacrificio, había de acortarse aquélla y apresurar la muerte.

Los tormentos que pasara Jesucristo en sus últimos instantes de vida, como las tribulaciones de su corazón, no se sabrán hasta el día del Juicio, como dice San Jerónimo. La cabeza apenas erguida, el tórax en inspiración forzada por la tensión de los músculos que al hombro van en busca de apoyo y que al sostener el cuerpo del Crucificado penosamente ensanchaban la cavidad, donde pulmones más congestionados que llenos de aire, y empujados tal vez por líquidos derramados en serosas, sostenían la furiosa lucha de una oferta y pedido de gases, tan anormal como costosa; el corazón, recibiendo una sangre menguada en glóbulos rojos y sobrecargada, en cambio, de elementos que consigo no llevan la vida, pues préstamos son que duran un instante y buscan el resquicio por donde escapar, derramándose, y latiendo con angustioso ritmo al recibir la sangre retornada; sudor de púrpura por todo el cuerpo, sed ardiente, temblor de extremidades llagadas, crispaduras de dedos, dolores en

lo sensible, flaquezas de carne y en relieve los huesos capaces de ser contados... eso y mucho más padeció el Mártir del Gólgota en su naturaleza humana.

Al clamar al Padre con aquellas palabras cuya verdadera significación y profundo sentido no es dable comprender al humano entendimiento, grito de ansiedad, lamento de cuerpo abandonado al luchar de la agonía, el Salvador mostró con él el completo sacrificio de su humana naturaleza, la absoluta entrega del cuerpo al embate de las lesiones de muerte.

Con clara voz señalara el momento crítico de su muerte, empero con más brioso decir, con voz que helaría de espanto al mismo centurión, el Hijo de Dios, Jesús crucificado, en manos del Padre encomendó su espíritu.

Que en aquel supremo instante dejó de existir Jesús, es innegable. El testimonio de los evangelistas y del soldado romano que frente á frente le viera exhalar el último suspiro están tan de acuerdo que no debe dar lugar á dudas.

La causa inmediata de la muerte del Crucificado ha sido discutida por los autores que se han ocupado de ello. El Dr. Strand y el Dr. Simpson, de Edimburgo, incurrieron en la creencia de la muerte rapidísima de Jesús por causa de ruptura del corazón. Esta creencia, no fundamentada en sólidos argumentos ni explicada con claros juicios, además de ser incomprensible, fué condenada por la Iglesia é incluída en el Índice. Jorge Gottlöl, de Gottinga, atribuyó la muerte á presiones viscerales por congestión compensatriz. El italiano Dr. Musino, en precioso opúsculo, concedió á los trastornos cardiacos la importancia que, á no dudar, tuvieron en el corazón de Jesús. Parada y Santín, notable médico y artista, cree que «Cristo murió de un aplanamiento de las fuerzas de la vida», y el Dr. Candela, en un artículo publicado en 1868, admitía la acción sobrenatural, por rehuir la muerte de Jesús toda explicación fisiológica capaz de satisfacer; opinión esta última muy parecida á la sustentada por el Dr. Moles en 1639.

Admitir que Cristo murió cuando la energía de su *fuera intelectual* despertara con su abandono á los hasta entonces

adormecidos traumatismos, es suposición gratuita, nada extraña á Renán y sus secuaces, y pudiera ser tan digna de condenación como la ya juzgada de la muerte de Jesús por solos sentimientos morales. Al aceptar la Iglesia católica la creencia de que por la fuerza de los tormentos murió Jesucristo, hemos de creer con ella en la intensidad de las lesiones producidas durante toda la Pasión, libres en su acción para conducir á la muerte y sin el veto del que quiso morir cuando fué su voluntad, como también en sus altos designios supo escoger la muerte, para *morir cuando quiso y como quiso*.

El mecanismo, en cuanto á lo humano, de los últimos instantes de la vida de Jesús, aun sin pasar de hipotético, puede ser explicado por los múltiples fenómenos de alteración en las funciones del *trípode vital*. Esta alteración no pudo tener por causa única la pérdida de sangre, pues ni la anemia hizo manifestación en lipotimia, ni los labios del Crucificado dieron salida á balbucientes frases. No fué la asfixia la única promovedora de la muerte, por cuanto con clara y distinta voz oyeron á Jesús pronunciar sus últimas palabras. No pudo ser el tétanos traumático el causante de muerte nerviosa, por faltar síntomas propios y característicos de él. Ni fué por inhibición, porque Cristo con su penúltima frase señaló el instante de su muerte.

Dos datos importantísimos nos pueden servir para explicar tan sagrada muerte. Los crucificados morían generalmente por congestión del pulmón ó del cerebro. Para abreviar su agonía hacían los verdugos la ruptura de espinillas ó *crusifragium*, siendo hecho observado que la víctima al recibir los golpes moría rapidísimamente, y de ahí la creencia en aquella época de que en tales huesos se guarecía algún esfuerzo vital. Como esta última observación pudo ser hecha ante repetidos casos, debemos admitir susceptibilidad de los centros nerviosos, tal vez del nudo vital, capaz de reflejar mortales síntomas en el organismo de predispuestos agonizantes. Y de este modo se comprendería la relativa rapidez agónica en los condenados á crucifixión, pues á más de las congestiones viscerales debidas en parte á la manera de estar enclavados en la cruz y á la siempre preparatoria fla-

gelación, tenemos que añadir alteración del bulbo raquídeo, predispuesto á dar fin de la vida á cualquier excitación.

Como Jesús en su Pasión recibiera tantos tormentos y en su naturaleza humana anidara el dolor, la angustia y el desfallecimiento, su agonía debió dar fin con la última porción de aire que vibró al hacer, con frase memorable, la entrega de su espíritu. Al mismo tiempo de supresión respiratoria, el corazón, *ultimum moriens*, mediado de sangre, expulsó la que no había de llegar al centro que originara la muerte, donde está el arranque de la fuerza impulsora de la sangre y donde radica el reflejo respiratorio. Muerte por exhaustión absoluta de los órganos impulsores de la vida; muerte sin preferencia por entraña alguna; muerte llevada á cabo por todos los órganos á la vez, al anunciar Jesús el *consummatum est*, y hacer entrega de su alma...

Desde las tres de la tarde en que murió Jesucristo, al instante en que fué abierto su pecho por la lanza del soldado, debió mediar tiempo suficiente para considerar como segura la muerte del Crucificado. No estaba tan alto el cuerpo de Jesús para ser difícil al ejecutor dar su lanzada desde el suelo, pues, aunque la Cruz de Nuestro Señor fuese más alta que la de los ladrones, para ser más afrentosa, según San Juan Crisóstomo, dato que puede interpretarse por la colocación de ella, más que por su longitud, si se recuerda el milagro que necesario fué para distinguirlas cuando Santa Elena las encontró al pie del monte, hemos de tener en cuenta los *quince pies* de largura para calcular la distancia del costado de Cristo á la mano del soldado que le hiriera. De aquella abertura salió sangre y agua, manando en tal cantidad que empapó el suelo. Y San Juan «dió testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice cosas verdaderas para que también vosotros creáis».

El sitio preciso de la lanzada, el costado que abriera el arma, no ha dejado de preocupar en su averiguación á los autores y á los artistas. Entre los muchos estudios que se han hecho en defensa de suposiciones, he de escoger uno muy notable y no menos curioso, debido á la pluma de un autor del siglo pasado. La obra de este autor se titula: *El*

*Pintor cristiano y erudito, ó Tratado de los errores que suelen cometerse frecuentemente en pintar y esculpir las imágenes sagradas.—Escrita en latín por el M. R. P. M. Fr. Juan Interian de Ayala.—Madrid M. DCC. LXXXII.—*En este precioso libro, después de decir su autor que la lanzada en Cristo «no se le pintará estando aún con vida, pero sí después de muerto», al tratar del sitio, recuerda la afirmación de D. Lucas de Tuy, «varón de mucha piedad y exquisita erudición», y en la cual consta que los albigenses de su época representaban á Cristo crucificado con tres clavos, y todo ello por mofarse de la tradición ortodoxa; y además, sin tener autoridad, sostenían que la lanzada *no traspasó el costado derecho, sino el izquierdo.*

Interian de Ayala, aun con peligro de caer en la creencia de los nuevos maniqueos, cita, tras otro ejemplo, el milagro de la impresión de las llagas en el seráfico Padre San Francisco, y hace notar que la del costado correspondía al lado derecho. Como esta impresión correspondiera con la de la divina aparición, claro está que en el lado izquierdo debió tener Jesús la abertura del costado. San Buenaventura, cuando dice «no de otra suerte que la cera, blanda á los halagos del fuego, fácilmente se impresiona y recibe en sí la imagen del sello que se le aplica», parece indicar algo muy en armonía con lo dicho muchos años después por Interian de Ayala, siendo tal vez los comentarios de éste hijos de la especie vertida por el santo y no razón que diera á los herejes. Es verdad que la creencia de aquél en este punto concreto no fué muy firme, pues al decir que «muy bien pudo ser que, queriendo Jesucristo que el Seráfico quedase como El, hiciera que el ángel tuviese cambiada la herida», y aconsejar que debe seguirse la tradicional costumbre de poner en el lado derecho la abertura del costado, indica carecer de pruebas fehacientes para romper con la suposición más admitida.

En lo que toca á la tradición artística, es suficiente recordar las obras de los grandes maestros en pintura y escultura anteriores á la época del Renacimiento; y en ellas veremos imaginada la figura de Cristo con la lanzada en el lado de.

recho y los pies sujetos con sendos clavos. Desde aquella época, influídos los artistas por creencias de gentes al parecer bien informadas ó, lo que creemos más probable, por dificultades artísticas mal disimuladas con el pretexto, representaron al Crucificado con un pie sobre otro y atravesados por un solo clavo. La lanzada, en la mayoría de los casos continúan suponiéndola en el lado derecho. El Cristo de Velázquez, sin el sigla tradicional, con la abertura del pecho en sitio tan bien elegido, pues á la derecha del esternón, y á aquella altura, la punta de la lanza debió partir el corazón en su base, y con cuatro clavos sujeto, es la más aproximada imagen y la más humana representación de Jesucristo crucificado.

No basta que el artista copie del natural, aunque éste sea cruento—como cuenta la tradición que lo hiciera el autor de una imagen del Crucificado guardada en la sacristía de una catedral española—la forma y modo de *estar en cruz* el modelo; para representar á Cristo es de necesidad *ver* lo que no puede verse, y para ello no hay como sentir.

Sentir, expresa en este caso el dejarse guiar por las potencias de nuestra alma, recordar todos los tormentos á que se sometió voluntariamente Jesús; entender, con las limitaciones de nuestra flaqueza, lo que pudiera traducirse de aquellos dolores y destellos de la Divinidad, y como fin de ello, aspirar á una copia en lo humano copiar y á un premio en lo futuro.

Sabemos, pues, que Jesús murió en la Cruz. Murió á fuerza de tortura, y al bajar al sepulcro, rociado con lágrimas de una Madre siempre Virgen, quedó ultimada su Pasión. Sin aquella muerte, no viviéramos. Sin la resurrección, no nos salváramos. Abierta quedó la mansión donde está el Sumo Bien, donde se halla la Justicia y donde mora la Verdad.

Allí nos espera el premio ó el castigo.

¿Cuál mereceremos?

JOSÉ DEL CARMENAL.



## DISCURSO ACADÉMICO (1)

---

SEÑORES:

Un mundo de encantos y maravillas sorprende á la inteligencia más perspicaz y creadora al rasgar el tupido velo que por muchos siglos ocultara las bellezas de tantas y tan variadas lenguas como se hablan en la superficie del globo; al examinar con detención la profunda filosofía que las enriquece, y al descubrir los misteriosos lazos que las unen á todas en armonioso conjunto. El ignorante y el sabio transmiten con asombrosa facilidad sus ideas y pensamientos, sirviéndose del mismo medio, que nada significa para la rudeza del primero, mientras deja extático al segundo, engolfándole en raudales de luz purísima y embriagadora, que le lleva por las regiones del pensamiento á ensimismarse en la contemplación de su nada, y á entonar un cántico de alabanzas á la ciencia infinita de un Ser Omnipotente, que de poquísimos elementos ha fabricado la más portentosa variedad, ceñida con la corona de la unidad, resultando un sun

---

(1) Trabajo, modelo de erudición y buen sentido, que leyó su autor, el sabio agustino Rvdo. P. Julián Rodrigo, en la solemne apertura de este curso en el Real Colegio de Alfonso XII, del Escorial.—(N. de la R.)

tuoso edificio tan permanente como el Cosmos y tan digno de admiración como lo son siempre las obras de Dios.

Así como la inmensa mayoría de los mortales no ve más que puntos brillantes en la bóveda de los cielos en el transcurso de una noche despejada y serena; sólo distingue, en el nacimiento y ocaso de los astros, que unos aparecen por donde otros se ocultan, sin que esa regularidad le haga vislumbrar los principios á que obedece su marcha, del mismo modo las sorprendentes leyes que rigen las evoluciones de las lenguas, verdaderas estrellas que bañan con su luz las latitudes todas de la tierra, ocultan sus resplandores á los que no penetran en las órbitas de su curso, pero arrebatan en alas del entusiasmo á cuantos tienen valor para analizar sus relaciones y seguir con ellas por el intrincado laberinto de los tiempos, hasta resolver algunos de los problemas más arduos que Dios ha dejado al esclarecimiento de las ciencias humanas.

En la imposibilidad de tratar en un discurso tantas y tan debatidas cuestiones como pueden plantearse sobre los múltiples aspectos que ofrece esa facultad sublime que llamamos la *palabra*, y muy lejos, por otra parte, de sentirme con alientos para recorrer los anchurosos espacios que sólo dominan los sabios, he de concretarme á respirar la atmósfera de las inteligencias humildes y modestas que viven sin pretensiones en el mundo de la ciencia. Indicaré breve y sencillamente á los jóvenes alumnos, confiados á nuestra educación, los progresos más culminantes de la lingüística, las notas características de los tres grandes grupos de lenguas, y las afinidades y relaciones de los idiomas todos; pero sin descender al terreno de la comparación, á fin de no molestar demasiado á los que tengan la paciencia de escucharme.

## I

No penetremos en los misterios relativos al origen del lenguaje, y demos por demostrado que la palabra es un don de Dios; releguemos también al olvido la «puerilidad» de

discutir si el lenguaje empezó á ensanchar sus dominios por los sustantivos, como opina Smith (1), ó sirviéndose de interjecciones, como creen Brosses y Herder; trasladémonos al terreno histórico, más fecundo en brillantes resultados, y menos expuesto al desvarío de imaginaciones calenturientas que, vagando por los encantados palacios de la fantasía, no han encontrado más que pesadillas en lo profundo de sus dorados sueños.

¡Cuántas aberraciones en los albores de esta ciencia, todavía nueva, pero exuberante de vida y energías para resolver los problemas que otros ramos del saber humano han dejado sepultados en las tinieblas de la incertidumbre!

«La historia del estudio comparado de las lenguas—dice el sabio Cardenal Wiseman (2)—representa el mismo papel en las ciencias morales que la química en las investigaciones físicas. Mientras esta última luchaba inútilmente por descubrir la piedra filosofal ó un remedio universal, los lingüistas se dedicaban á indagaciones no menos estériles para encontrar el lenguaje primitivo.

»Sin duda alguna que se hicieron varios descubrimientos, inesperados é importantes, en el curso de una y otra investigación; pero hasta que se introdujo en aquellas ciencias un principio de investigación analítica no pudo reconocerse la naturaleza real de los objetos de que trataban respectivamente, y los resultados conseguidos han tenido muy diferente valor del que se había vislumbrado por medio de una aplicación difícil y laboriosa.»

Los lingüistas antiguos, con la mirada siempre fija en aquellas célebres palabras del caudillo de Israel: *Erat terra labii unius et sermonum eorumdem*, consagraron sus esfuerzos al descubrimiento de una lengua que encerrara de algún modo el germen de todas las demás, y nuevas teorías y nuevos sueños vinieron á confirmar la idea preconcebida por cada uno de ellos, pero no la verdad histórica. Perron confi-

(1) *Theorie of moral sentiments.*

(2) *Discursos sobre las relaciones que existen entre la ciencia y la religión revelada.* Disc. I. *Etnografía ó estudio comparado de las lenguas.*

rió los honores de la antigüedad á la lengua céltica (1); Webb, con otros escritores, abogaba por la supremacía de la lengua china; Larramendi, Astarloa, Sorreguieta y el presbítero Iharce Bidassuet de Aróstegui defendieron con entusiasmo los derechos de la bascongada, y el holandés Becano presentó al mundo ilustrado el idioma flamenco, revestido con todas las condiciones y prerrogativas que le conferían la distinción de lengua del Paraíso (2). Las lenguas del Asia occidental encontraren también fogosos partidarios que establecieron su cuna en el jardín del Edén, al mismo tiempo que los abisiniños apellidaban la suya legítima madre del hebreo, contradiciendo á no pocos escritores siriacos, que se proponían derivar su idioma en línea recta de Heber á Noé y al padre común del género humano; pero la lengua hebrea fué siempre la que presentó más pruebas en favor suyo, sin lograr destruir las preocupaciones de otros escritores, no menos aferrados á sus teorías respectivas. No era posible otra cosa en aquellos tiempos, cuando la base de la filología era el criterio individual de los que se empeñaban en edificar sistemas, en vez de limitarse á la observación de los hechos.

Es indudable que los deslices y errores en materias científicas y literarias han servido en todos los siglos al esclarecimiento de muchas verdades que, sin esos extravíos de la mente humana, ó no hubieran llegado á formar parte de los adelantos de la ciencia, ó por largos años hubieran permanecido ocultos. Si los sabios de épocas posteriores, careciendo de datos seguros, ó, cuando menos probables, hubieran tenido que empezar sin luz ninguna en el camino de sus investigaciones la difícil tarea de armonizar las lenguas, jamás hubieran llegado á la solución de muchos problemas de la lingüística; pero, en medio de los montones de ruinas acumuladas por los antiguos, los filólogos modernos en-

(1) *Antigüedad de la nación y de la lengua de los celtas.*

(2) «¿Quién dudará—dice—que Adán y Eva hablaron el flamenco, sabiendo que el nombre del primero se descompone en *Hat* (odio) y *dam* (dique), porque era un dique puesto al odio de la serpiente, y que el de su compañera está formado de *E* (juramento) y *vat* (tina), siendo el receptáculo de la promesa de un Redentor?» Fácil es probar hasta el imposible con razones de esta índole.

contraron materiales sólidos y preciosos, dignos de figurar en la construcción del nuevo edificio que empezaban á trazar.

Afortunadamente, los amigos de recorrer países desconocidos, ya fuera por estudiar las costumbres de los pueblos, ya por gozar de la variedad que ofrecen los distintos climas del Globo, llevaron á la práctica la feliz idea de apuntar en extensos cuadros gran número de palabras pertenecientes á lenguas y dialectos desconocidos; lenguas y dialectos que, analizados después por hábiles maestros, habían de iluminar el camino y servir de norte seguro en las excursiones por el campo de la filología (1).

Uno de los compañeros de Magallanes, en su primer viaje alrededor del mundo, el *divertido* Pigafetta, como le llama el Cardenal Wiseman, fué el primero en enriquecer las narraciones de sus viajes con palabras de idiomas extranjeros. En sus escritos encontramos tres vocabularios, correspondientes á las lenguas del Brasil, de la Patagonia y de la isla Tidor, en las Molucas. Los estudios lingüísticos de navegantes y viajeros, imitadores del ejemplo de Pigafetta, sirvieron de estímulo á los sabios de tiempos relativamente modernos para continuar ensanchando los horizontes de la nueva ciencia. Reland publicó vocabularios de malayalim, chingalés (Ceylán), malabar, japonés y javanés, aprovechándose de los manuscritos que yacían empolvados en la Biblioteca de Leyde, como se aprovechó Klaproth de los trabajos de Messerschmidt, archivados en la imperial de San Petersburgo, para la publicación de su grandiosa obra el *Asia polyglotta*. Pero la gloria de haber fundado la filología comparada pertenece más bien á esos héroes del Cristianismo que, renunciando á las más halagüeñas esperanzas, han cruzado impertérritos las ondas del Océano para llevar la civilización y el progreso á lejanos continentes y apartadas islas, haciendo brotar en todos ellos la semilla redentora de la fe divina, á la vez que eran los portaestandartes de la ciencia en todos

---

(1) Aunque *lingüística* y *filología* significan dos cosas muy diferentes, las usaremos indistintamente, obedeciendo al uso común.

sus ramos y manifestaciones. Los misioneros católicos han merecido y merecerán siempre el respeto y la veneración de las gentes ilustradas.

«Cuando el epíteto de *bárbaro*—dice Saavedra Meneses (1),—que tan pródigamente habían de aplicar los griegos y latinos, cae en desuso ante el progreso de la fraternidad cristiana, misioneros ansiosos de difundir las doctrinas del Evangelio por toda la haz de la tierra publican varios textos sagrados, y señaladamente la oración dominical, en crecido número de lenguas, de cuyas semejanzas y diferencias procuran dar breve noticia, poniendo así la primera piedra en el grandioso edificio de la filología comparada.»

La oración dominical en varias lenguas fué, por lo tanto, el ejemplo más fácil y expedito, el modelo uniforme de comparación. El naturalista Gesner coleccionó los trabajos de los misioneros sobre el *Pater noster*, y aprovechó otros estudios sobre el mismo asunto de Schildberger, Postet y Bibliander, formando por este medio el catálogo de las lenguas conocidas bajo el nombre de MITRÍDATES, publicado en 1556 (2).

Aquí es donde la ciencia de las lenguas empieza á vencer dificultades, dominando alturas, y, hábilmente dirigida por el clarísimo talento del inmortal Leibnitz, contempla ya en lontananza las futuras glorias que han de acompañarla al través de los tiempos. El gran filósofo alemán, entusiasta de las ciencias todas, se lanzó á disipar los errores introducidos en la filología, dejándose guiar de las ráfagas de luz que brotaban del seno mismo de la obscuridad, algún tanto disipada, gracias á los choques de tantas ideas como habían cruzado por la mente de los sabios anteriores, armando estrepitosas revoluciones, en las que siempre reportaba el triunfo el esplendor de alguna verdad, arrancada á las tinieblas.

---

(1) *Estudio acerca de las relaciones que enlazan los fenómenos naturales con la ciencia del lenguaje*: apuntes para un discurso, por el Ilmo. Sr. D. Frutos Saavedra y Meneses. Memorias de la Academia Española. tomo V, 1886.

(2) Esta obra es ciertamente de reconocido interés, pero no es posible compararla con otra más extensa de Wilkius y Chamberlagne, publicada en Amsterdam á fines del siglo pasado.

«De un hombre tal—dice el renombrado Cardenal Wiseman—podemos esperar adelantos esenciales en una ciencia que necesitaba particularmente la combinación de variados conocimientos. Tal era la etnografía, que debe á Leibnitz los principios que le permitieron al fin reclamar un lugar entre las ciencias. Aunque por algunos pasajes de sus escritos se supone que apoyó los derechos del hebreo á la supremacía del lenguaje, en su carta á Tenzel rechaza las pretensiones de aquel idioma. Como quiera que sea, en cuanto puede extenderse la simple comparación de las palabras, debemos admitir que propuso los primeros principios racionales, y que apenas existe una analogía anunciada por los partidarios del sistema comparativo de los tiempos modernos que no indicase él en alguna parte: se han cumplido muchas de sus esperanzas, y realizado no pocas de sus conjeturas.

»En vez de reducir el estudio de las lenguas al inútil objeto seguido por los primeros filólogos, descubrió é indicó su utilidad con relación á la historia para seguir las huellas de las emigraciones de los primeros pueblos y penetrar en la obscuridad en que están envueltos sus documentos más antiguos (1) y menos ciertos. Esta ampliación de fines produjo necesariamente una variación de método. Aunque Leibnitz, en ocasiones y como por vía de solaz, se haya dejado llevar de insignificantes etimologías, conoció muy bien que, para aumentar la utilidad que anhelaba dar á esta ciencia, era preciso establecer comparaciones entre los idiomas de los pueblos más distantes. Quéjase de que los viajeros no cuidan bastante de reunir ejemplos de idiomas (2), y su sagacidad le hizo comprender que estos ejemplos deberían formarse

---

(1) «Me parece, dice Leibnitz, que no hay cosa que más sirva para juzgar las conexiones de los pueblos que las lenguas; por ejemplo, la de los abisinios nos manifiesta que son una colonia de árabes.»—*Carta al P. Verjus*.

(2) «Es una falta, dice el mismo sabio, que los que hacen descripciones de los países y dan relaciones de viajes se olviden de añadir ensayos de las lenguas de los pueblos, porque esto serviría para dar á conocer sus orígenes.»—*Monumenta varia inedita ex Musæo, J. Feller, t. XI, Jena, 1717.*

con arreglo á una lista uniforme que contuviera los objetos más simples y elementales. Exhortaba á sus amigos á reunir palabras en tablas comparativas, analizar el idioma georgiano y confrontar el armenio con el copto, y el albanés con el alemán y el latín. La atención que ponía en sus indagaciones y su propia sagacidad le hicieron conjeturar lo que las investigaciones modernas han verificado de un modo curioso; por ejemplo: sospechaba que podía existir afinidad en las palabras del bascuence y del copto, dialectos de España y del Egipto; conjetura que el doctor Young ha probado con exactitud matemática.»

España fué, entre las naciones de Europa, una de las que más contribuyeron á fomentar y enriquecer la filología comparada. Entre otros predicadores de las verdades evangélicas, que engastaron también una perla en la corona de la ciencia lingüística, sobresale por su actividad y sus vastísimos conocimientos el inmortal Lorenzo Hervás y Panduro, que enjuga en el destierro las ardientes lágrimas que brotaban de sus ojos al verse arrancado de su querida patria; consagra su talento excepcional al estudio de la filología; da en el inapreciable *Catálogo de las lenguas* noticia razonada de más de *trescientas*, manifestando cómo se hallan geográficamente distribuídas; eclipsa el mérito de sus antecesores y arranca sinceros aplausos de hombres ilustres, que han pregonado la fama de este importantísimo trabajo. En él se distingue el habla de los antiguos iberos de la traída del Oriente por los celtas; se forman dos grupos de dialectos teutónicos y esclavones, y se incluyen en la familia semítica desde el hebreo primitivo al etiope moderno, estando fundadas todas las clasificaciones, más que en la semejanza de los vocablos, en el estudio de las gramáticas respectivas.

Nuestro sabio compatriota halla analogías de lenguaje no sólo entre húngaros, finlandeses y laponeses, sino entre los habitantes de apartadísimas comarcas, y especialmente de islas dispersas por la vasta extensión de los mares (1).

Algunos escritores atribuyeron esta gloria á Guillermo de

---

(1) V. Saavedra Menesses, apuntes citados.

Humboldt, robándola descaradamente á nuestro compatriota, no obstante la claridad que brota de las siguientes palabras del esclarecido hijo de San Ignacio:

«Desde las puertas del imperio chino—dice—se hablan dialectos tártaros hasta dentro de Europa, en que dominan los turcos, que hablan uno de ellos.

»Verá el lector que desde el Indostán hasta los últimos confines de la China, hay naciones inmensas que constan á lo menos de trescientos millones de personas, y que creídas totalmente diversas, hablan lenguas que son dialectos de la China antigua. Verá que la lengua llamada *malaya*, la cual se habla en la península de Malaca, es matriz de innumerables dialectos de naciones isleñas, que desde dicha península se extienden por más de doscientos grados de longitud en los mares Oriental y Pacífico».

No llenaban las aspiraciones de Hervás y Panduro los múltiples conocimientos adquiridos directamente del estudio de las lenguas, sino que también se consagró á escudriñar muchas gramáticas, vocabularios y documentos casi totalmente desconocidos en la sabia Europa (1).

Injusto sería no recordar los méritos de una Emperatriz tristemente célebre en otros sentidos, pero á quien no cegaron los esplendores de la corona, ni impidieron los fantasmas de la vanidad dedicarse á promover con su ejemplo el amor á las investigaciones científicas. Catalina II de Rusia, merecedora de los plácemes de los hombres cultos por

---

(1) Entre las obras más notables é interesantes de Hervás debe contarse la *Aritmetica delle nazioni e divisioni del tempo fra l'orientali*. El *Saggio pratico delle lingue* contiene la oración dominical en más de trescientas lenguas y dialectos, con análisis gramaticales y muchas notas aclaratorias. Por el mismo tiempo en que Hervás y Panduro publicó *La idea del Universo*, el ruso Pallas dió á la prensa un vocabulario en más de doscientas lenguas de Europa, Asia y África. De 1806-17 vió la luz pública el *Mithridates*, en que la oración dominical está traducida en quinientos idiomas. Volney publicó en 1817 el *Alfabeto europeo aplicado á las lenguas asiáticas*. Klaproth reunió en su *Asia polyglotta* (1823) vocabularios de diversas lenguas, analizando las palabras y las formas. Balbi imprimió en 1829 su *Atlas geográfico del globo*. Vino después la *Gramática comparativa de las lenguas indo-germánicas*, de Bopp, con las *observaciones* de Eugenio Burnouf; las *Nociones de lingüística*, de Carlos Nodier; el *Paralelo de las lenguas de la Europa y de la India*, por Eichoff; la *Disertación sobre el Kawi*, de G. de Humboldt, y otras obras de no menor importancia, que sería largo enumerar.

muchos títulos literarios, no desmayó ante la difícil tarea de escribir sobre las lenguas comparadas un largo y profundo estudio, calurosamente elogiado por el sabio lingüista Federico Adelung.

Sábese, por una carta dirigida á Zimmermann, que la Emperatriz había formado una lista de cien palabras rusas para que los sabios las tradujeran en cuantas lenguas fuera posible. Alentada por las afinidades que veía en las traducciones, trazó unas tablas comparativas, mandando después á Pallas continuar el mismo trabajo, para hacerlo luego del dominio público; pero como estos estudios no se armonizaban con las aficiones del naturalista, el resultado no pudo menos de ser muy imperfecto y deficiente (1).

Pronto vinieron á enriquecer el patrimonio de la ciencia los progresos realizados en las lenguas asiáticas. La casualidad llevó á manos de un parisiense una sola hoja desprendida de los libros sagrados de la Persia: á la vista de aquellos caracteres, el joven francés siente nacer en su pecho una curiosidad devoradora, que le hace vislumbrar en aquel documento encantado una gran parte de la sabiduría del mundo antiguo, y escuchando únicamente la voz de su entusiasmo, jura entregarse de lleno al estudio de aquella lengua, desconocida en el continente europeo. Cual insaciable avaro que ve al alcance de su mano el más precioso de los tesoros, se alista como voluntario en un destacamento de la Compañía de las Indias. Sale de la explanada de los Inválidos, armado de una Biblia y de los *Ensayos*, de Montaigne; dorados sueños contribuyen á endulzar las amarguras de su peregrinación, y tan pronto como huella la tierra de *los encantos*, abandona el regimiento, para entregarse á otras luchas de universal interés. Emprende solo penosos viajes, estudia á fondo las costumbres de la región, franquea la distancia comprendida entre Benarés y las costas de Coroman-

---

(1) Con el título de *Linguarum totius orbis vocabularia comparativa Augustissimæ cura collecta*, se publicaron los dos primeros volúmenes en San Petersburgo, en 1787 y 1789; en la segunda edición de Jankiewitsch (1790-1791) aparecieron los dialectos del África, en los que se descubrieron algunas analogías provechosas á las investigaciones posteriores.

del, y maltratado por ingleses y franceses, que se entregaban á los horrores de una guerra cruel y sangrienta, llega por fin á Surate, término de su viaje, sin que las penalidades y sacrificios hubieran conseguido matar sus ilusiones. Allí encuentra á los sacerdotes persas, que habían conservado en el destierro los monumentos de la liturgia de los Magos: da con el antiguo culto del fuego, ese residuo de las llamas que resistieron al huracán de Alejandro, y que están vivificadas aún por el soplo de un pueblo sin hogar. La curiosidad del francés comienza por excitar la desconfianza de los sacerdotes; pero una estancia de cerca de diez años concluye por ganarle la amistad de los más sabios de entre ellos, consiguiendo que el Parsis le enseñara ocultamente la lengua sagrada de los antepasados. Ve ya cumplidas las aspiraciones y esperanzas de toda su vida: tiene en sus manos los libros que ningún europeo había visto jamás, porque *la sola mirada los mancha*; se hace con muchas copias, las lee, las traduce, y posee en la lengua muerta los libros de los Magos, compañeros de Darío, de Jerjes, de Ciro y de Cambises; trae de sus viajes toda una biblioteca de manuscritos, y como otro Camoens, con su poema escapado del naufragio, vuelve á Europa, donde publica los monumentos de la religión persa, poco antes de estallar la revolución. Este francés, tan apasionado por la ciencia, tan valeroso, tan firme, tan tenaz en sus resoluciones, el célebre Anquetil Duperron, fundó de este modo la ciencia de la tradición oriental.

FR. JULIÁN RODRIGO,

Agustino.

(Continuará.)





## EL ALBUM DE PALMA DE MALLORCA

---

Seguramente que no habrán olvidado nuestros lectores la terrible explosión acaecida en un polvorín de Palma de Mallorca el 25 de Noviembre último. Con ser tantas las desventuras que de algún tiempo á esta parte envía Dios á nuestro país, á todos los españoles conmovió hondamente la catástrofe. D. Baltasar Champsaur, que vive en la hermosa tierra mallorquina hace muchos años, tuvo la feliz idea de publicar un álbum cuya venta se aplicara al socorro de tantos desgraciados; acogido el pensamiento por D. Antonio Maura, hijo el más ilustre de las Baleares, gran jurisconsulto y gran corazón, al punto invitó á varias personas notables de aquella provincia y á algunos amigos, formándose una Junta ejecutiva, que constituyeron los Sres. D. Antonio Maura, Conde de San Simón, D. Damián Isern, D. Bartolomé Maura, don Ángel Avilés, D. Tomás Campuzano, D. Baltasar Champsaur, D. Francisco Maura y D. Rafael Álvarez Sereix. Gracias al prestigio del presidente, al fin que se perseguía y á la esplendidez de los invitados, el proyecto concebido hace tres meses es ya magnífica realidad: el *Álbum de Palma* forma un elegante volumen de 112 páginas en folio, con centenares de dibujos y multitud de autógrafos. Ofrece, entre otras, la novedad de que todas las firmas van en facsímile; los traba-

jos son inéditos y de valía. Á manera de *limosna* se ha fijado para el ejemplar el precio mínimo de 10 pesetas; difícilmente puede darse mejor empleo á esta cantidad, porque se adquiere una publicación hermosa, la más notable en su género de las que han salido á luz en España. Molesta por lo larga resultaría la enumeración de cuantos colaboran en el repetido *Album*: oradores y estadistas, literatos insignes y hombres de ciencia, todos concurren á la buena obra, con pintores, escultores y músicos ilustres. Citaremos algunos nombres, menos de la mitad, y sin orden, según acudan á nuestra memoria: Concha Gimeno, María de Belmonte y Julia de Asensi, Pereda, Balaguer, Cárdenas, Eugenio Sellés, Pi y Margall, Emilio Ferrari, Rubió y Ors, Vital Aza, Gómez Restrepo, Novo Colson, Gabriel Rodríguez, Conde de las Navas, Manuel de Foronda; Cardenales Sancha, Cascajares, Casañas y Monescillo; Obispos de Orihuela, Mallorca, Madrid, Salamanca y Sión; Padres Luis Coloma, Blanco García, Zacarías Martínez, Garzón, Juan Mir, Teodoro Rodríguez y Eustoquio de Uriarte; Campoamor, Valentín Gómez, Isern, Narciso Oller, Castelar, Pérez Galdós, Fernández Shaw, Valera, Núñez de Arce, Balart, Juan Alcover, Melchor de Palau, Menéndez y Pelayo, Manuel del Palacio, Fernández Bremón, Jacinto Verdaguer, Acevedo Rivero, Luis Vidart, Ricardo Sepúlveda, Eduardo Saavedra, Adalmiro Montero, Leopoldo Cano, Serrano Fatigati, Felú y Codina, Sanz Escartín, Carracido, Vergara, Estada, Manuel Pardo, Foraster, Liniers, Silvela, Ossorio y Bernard, Alejandro Pidal, Serpa Pimentel, Quadrado, Becerro de Bengoa, Gabriel Vergara, Echeagaray, Estelrich, Jacinto Octavio Picón, Gonzalo de Castro, Vizquete; Doctores Letamendi, Avilés, Cajal, Calatraveño y Tolosa Latour; Castro y Serrano, Alzola, Teodoro Guerrero, Jordana, Laguna, Ramos Carrión, Pérez Zúñiga, *Clarín*, *Kasabal*, *Mascarilla*, Luis Taboada, Marcelo Macías, Gabriel Maura, Alvarez Sereix, etc., etc. Entre los artistas: Monasterio, Pedrell, Chapí, Bretón, Carnicer, Benlliure, Querol, Susillo, Alsina, A. Marinas, Emilio Sala, Alejo Vera, Joaquín Vaamonde, Lemus, Martínez Cubells, Bañuls, Lhardy, Campuzano,

Francisco Maura (que además de ingeniosos dibujos que adornan las páginas del *Album*, ha pintado para éste una portada admirable), Enrique Serra, Casanova, Alejandro Ferrant, Pinazo, Gärtner, Luis Álvarez, Villegas, Sorolla, Garnelo, Bartolomé Maura, Ángel Avilés, Daniel Perea, Gonzalo Bilbao, Baixeras, Bertodano, Álvarez Dumont; los muertos inmortales Fortuny, Rosales, Casto Plasencia, Casado del Alisal y Palmaroli, etc., etc.

Para muestra de los trabajos literarios que inserta el *Album*, y deseosos de que nuestros lectores caigan en la plausible tentación de adquirirlo, copiaremos alguna de las composiciones poéticas.

Núñez de Arce, el egregio autor de los *Gritos del combate*, ha escrito la bellísima poesía que sigue:

### EL CRUCIFIJO DE MI HOGAR

Con religioso amor guardo una talla  
que representa á Cristo, cuando inerte  
y ya sin fuerzas en la Cruz, batalla  
con las fieras congojas de la muerte.

Sin forma escultural, tosco, mal hecho,  
pero la sola herencia que en el mundo  
mi madre desolada al pie del lecho  
recibió de su padre moribundo,

ese Cristo sin arte y sin historia  
fué para el pobre hogar que le dió abrigo  
urna de bendición, fuente de gloria  
y mudo, sí, pero inmutable amigo.

Él, en la adversa y próspera fortuna  
avivó la piedad de mis abuelos,  
doró sus dulces sueños en la cuna  
y les mostró la senda de los cielos.

Él les dió un corazón entero y sano,  
nunca sobresaltado por el grito  
del pertinaz remordimiento humano  
que acosa al criminal con su delito.

Él calmó su angustiado pensamiento  
 en las horas sin luz de la agonía,  
 y recogió su postrimer aliento  
 y su última mirada incierta y fría.

Por él, cuando la hambrienta sepultura  
 aquel honrado hogar dejó vacío,  
 tuvieron ¡ay! sus hijos sin ventura  
 á quien llamar llorando—¡Padre mío!

Salvador Rueda, más inspirado que nunca, un soneto

### AL CORAZÓN

No porque un golpe fuerte y otro rudo  
 den á la patria pena tras tormento,  
 se embote ¡oh corazón! tu sentimiento  
 y á sus dolores permanezcas mudo.

La sabia mano que formarte pudo  
 te dió la vibración del instrumento;  
 cien veces choca en el escudo el viento  
 y vibra las cien veces el escudo.

Con la sangre que viertes de la herida  
 deja correr como de fuente santa  
 la caridad, que es gloria de la vida.

No te aniquile desventura tanta:  
 ¡sé como la campana bien fundida,  
 que á cada golpe se estremece y canta!

Antonio Gómez Restrepo, secretario de la Legación de Colombia en Madrid y poeta delicadísimo, traduce primorosamente el incomparable soneto de Desbarreaux

### AL SUPREMO JUEZ

Siempre en tus fallos la equidad severa  
 templada está por el amor clemente;  
 mas he sido, Señor, tan delincuente

que otorgarme el perdón injusto fuera.

Elija, pues, tu rectitud austera  
suplicio que sin tregua me atormente;  
tu interés en mi dicha no consiente  
y aun tu bondad mi perdición espera.

Cúmplase ¡oh Dios! tu inescrutable anhelo;  
desoye los gemidos de mi duelo;  
lanza tu rayo sobre mí, indignado:

Yo tu justicia, al expirar, bendigo;  
mas ¿sobre qué lugar caerá el castigo  
que en sangre de Jesús no esté bañado?

Ramos Carrión ha enviado preciosos cantares; véanse dos:

La mano que pide...  
la mano que da...  
si aquí no se estrechan, en el otro mundo  
ya se estrecharán.

—

Quien lleva gabán de pieles  
y ve á un pobre tiritar,  
y al verlo no siente frío...  
¡no merece aquel gabán!

Emilio Ferrari cuatro hermosas décimas tituladas

¿POR QUÉ?

Cuando dulce y sosegada  
posa la muerte su mano  
en la frente del anciano,  
ya hacia la tierra inclinada;  
cuando en lámpara agotada  
sopla con mansa tibieza,  
dobla el hombre la cabeza  
ante el misterio divino,

cumplimiento del destino,  
ley de la naturaleza.

Cuando viene á quebrantar  
las cadenas del dolor,  
al rendido gladiador  
de la vida á libertar;  
cuando brinda en el pesar  
su bienhechora quietud,  
ó á la oprimida virtud  
cual redención se presenta,  
es refugio en la tormenta  
y en el naufragio salud.

Mas cuando, aleve y traidora,  
del dichoso la mansión  
asalta como el ladrón,  
de improviso y á deshora;  
cuando implacable devora  
la promesa, la esperanza,  
y en la noche eterna lanza  
juventud, genio, alegría...  
es una horrible ironía  
y una pérfida asechanza.

Sin medir valle y pradera  
no da en el mar la corriente,  
ni baja el astro á occidente  
sin trazar su órbita entera;  
no se hiela en primavera  
la flor, ni enmudece el nido,  
y el hombre, que ni al olvido  
su inútil despojo cede,  
el hombre tan sólo puede  
morir sin haber vivido.

La brevedad nos obliga á poner aquí término al anuncio de la publicación de un *Álbum* que constituye un verdadero «acontecimiento literario» y que, por lo tanto, cae bajo el dominio de nuestro inteligente amigo D. Melchor de Palau: á éste toca hacer el estudio crítico de la producción; á nos-

otros decir únicamente que el *Álbum* es digno de los que en él colaboran, en número tan crecido como jamás se había visto, y de D. Antonio Maura, varón esclarecido que echó sobre sus hombros la pesada carga de realizar el noble pensamiento de D. Baltasar Champsaur.

ZARAVEL.





DEPOSITO A LA BIBLIOTECA DEL  
CONSEJO DE BARRAJAS

## CIENCIA ESPAÑOLA <sup>(1)</sup>

---

Pone término á la notable obra del *Estudio sistemático de las bases orgánicas de origen animal* extensa, completísima y bien dispuesta nota bibliográfica, y en ella puede afirmarse que está indicado, año por año y autor por autor, cuanto hasta 1892 se había hecho respecto de un asunto en el cual radican los problemas de mayor interés para la Química biológica pura y aun para las aplicaciones, cuando á sus principios se acude, tratando de explicar resultados de fenómenos acaecidos en el organismo vivo ó llevados á cabo mediante la intervención de seres organizados, bacterias y microbios, grandes creadores de alcaloides y también grandes destructores de alcaloides, formados acaso gracias á otros microbios y otras bacterias ó que viven á sus expensas y son destruídos, en la lucha por la vida, cuando las condiciones de ella determinan la aparición de organismos adecuados para producir acaso aquellas bases de la putrefacción muy adelantada, cuyo positivo conocimiento inaugurarán las investigaciones del Sr. Úbeda. Problemas de trascendencia inmensa dentro del campo de la Medicina, relacionados con enfermedades infecciosas y terribles epidemias, cuestiones apenas planteadas relativas á alteraciones

---

(1) Véase la pág. 464 de este tomo.

profundas del organismo humano, reclaman la atención del químico y la convierten á investigaciones de la mayor delicadeza, que traen aparejado el conocimiento de las bases extraídas principalmente de la orina de ciertos enfermos, cuyas dolencias reconocen por causa inmediata la existencia de microorganismos. De otra parte, las toxinas y antitoxinas, objeto á la hora presente de tantas controversias en el terreno de las aplicaciones, demandan nuevos estudios y piden más completa y concluyente labor experimental, y dentro de la ciencia pura, las analogías tan marcadas de las bases animales y los alcaloides vegetales, productos probables de las mismas funciones en organismos distintos, precisan mayor suma de trabajos dirigidos y encaminados en aquel sentido que produjo la síntesis de algunos alcaloides, la *colina* entre ellos; porque sólo de esa suerte ha de llegarse á esclarecer el problema de su origen y modo de formación. Abre el camino la investigación del Sr. Úbeda con las tres bases que ha descubierto, mediante el acertado uso de procedimientos bien conocidos, y no quedará sólo comenzado el asunto; él mismo y otros investigadores seguirán la senda emprendida, para enriquecer nuestros conocimientos con nuevos datos, dando á la ciencia española días de merecida gloria.

Tal es, en breve resumen, el contenido y doctrina de la obra del Sr. Úbeda, repertorio y clara exposición de lo conocido respecto de las bases orgánicas de origen animal y fiel relato de sus propias investigaciones, acerca de un asunto cuya importancia crece y aumenta á medida que se adelanta en su conocimiento. Es de data muy reciente el de las *ptomainas* y *leucomainas*, consecuencia inmediata de los experimentos realizados con motivo del descubrimiento de los alcaloides artificiales y de toda aquella serie de compuestos resultantes de substituir parte ó todo el hidrógeno del amoníaco por radicales alcohólicos ó de ácidos; mas esto no quiere decir ni significar completa y absoluta ignorancia, en cuanto á ciertas propiedades tóxicas reconocidas entre los productos de la putrefacción de varios mamíferos; porque en olvidadas historias y viejos papeles, referentes en particular á sucesos de Italia, ocurridos en los últimos tiempos medioevales y

en los albores del Renacimiento, háblase de bebidas ponzoñosas, venenos en sortijas con arte refinado preparados, de aguas tóxicas, que Toffanas, más ó menos auténticas, proporcionaban á mujeres descontentas de sus amantes y maridos, de brebajes, con gran secreto dispuestos, para que Borjas vengativos, olvidando su glorioso papel en la historia de aquellos días, pudiesen á mansalva y sin riesgo acabar con sus enemigos, ó Estados que contaban entre sus funcionarios de mayor importancia al envenenador general, usaran malas artes, quizá aprendidas en el comercio de Oriente, para deshacerse á poca costa de poderosos enemigos. Todos estos y muchos otros, víctimas y verdugos, conocieron, por sus efectos, aquellos cuerpos ahora nombrados *alcaloides cadavéricos* que las gentes del oficio, ni alquimistas, ni brujos, sabían manejar de una manera harto tosca y primitiva: el método general consistía en matar con arsénico de ordinario un lechoncillo, cuyo cadáver, sin quitarle las tripas, poníanlo al aire, cuidando de humedecerlo, y cuando la putrefacción andaba ya muy adelantada, colocábase á digerir en una mezcla de agua y vinagre muchos días, á suave calor; luego se pasaba por un lienzo y el líquido calentábase á fin de clarificarlo, volvía á pasarse por lienzo, se evaporaba á baño de María hasta dejarlo seco, y el residuo sólido tratábase de diversas maneras indicadas conforme al uso ulterior de semejante brebaje, parte integrante de todos los más famosos tósigos destinados á envenenar la sangre, produciendo la muerte con terribles sufrimientos; así dióse, en este caso, la ley general observada respecto de todo conocimiento de cuerpos y empezó el de las *ptomainas*, mucho antes de aislarse ninguna, por sus aplicaciones desastrosas; sustancias originadas en la destrucción á destruir dedicábanse, y bien puede asegurarse que cuando en la misma línea de un nombre escrito en los Registros secretos de sangriento Tribunal se lee la palabra *facto*, allí intervino directamente alguno de estos cuerpos descritos en la Memoria objeto del presente trabajo, con verdadero lujo de pormenores y con fines bien distintos; con aquel deseo de inquirir y poner en claro la verdad, esclareciendo difícilísimos problemas, indagando la causa de ciertas enfermedades

y acaso aplicando á algunas el remedio y también salvando víctimas, al demostrar que no venenos dados de intento, sino venenos naturalmente producidos, existen en las vísceras humanas podridas ó son segregados de cierta manera si padece ó está dañada alguna entraña importante.

Sirva de antecedente á los trabajos realizados acerca del asunto desde 1855 este recuerdo histórico, y sin entrar en la debatida cuestión de la prioridad del descubrimiento de las *ptomainas*, que se disputan Selmi y Gautier, importa establecer, como un principio de la mayor generalidad, que la producción de compuestos básicos de carácter alcaloideo, es inherente á todas las funciones del organismo animal y vegetal, lo mismo al formarse los órganos, que en el trabajo de su nutrición y desarrollo, ó cuando se transforman al desaparecer la vida y mientras llegan á escindir-se en sus elementos constitutivos, produciendo, en larga metamorfosis, indefinida serie de los más variados cuerpos. De admitir semejante ley, explícate cómo á cada variación en las funciones orgánicas ha de corresponder la formación de bases distintas, las cuales han de ser específicas de cada cambio, sea éste producto ó no de microorganismos: las investigaciones de la síntesis orgánica reproduciendo algunas bases, cuyo hecho permite relacionar de modo cierto las animales y los alcaloides vegetales; los trabajos relativos á su constitución química, de cuyos resultados puede juzgarse viendo cómo derivan de los alcoholes ó tienen funciones mixtas, y las mismas recientísimas observaciones relativas á toxinas y antitoxinas parecen asegurar, para no lejano día, la más plena confirmación experimental de aquellas doctrinas, ahora sólo vislumbradas en ciertas investigaciones bastante precisas y bien dirigidas.

Un punto hay, sólo tratado por el Sr. Úbeda en la descripción particular de algunas bases, el cual lo diputo acaso como el más importante, cuando se ha de esclarecer el problema del génesis y modo de formarse las bases orgánicas de origen animal: me refiero á su síntesis. No se aplican en ella todavía procedimientos generales, ni obedece á un sistema experimental determinado; pero vale la pena hacer

algunas indicaciones respecto del particular, y voy á fijarme en varios datos procedentes del trabajo de mi amigo: más arriba queda dicho la manera de realizar la síntesis de un alcaloide como es la *colina*, á la vez alcaloide y alcohol; pues bien, de la *colina* sintética se pasa á la *neurina* con solo deshidratarla, empleando el ácido iodhídrico y el fósforo rojo, por donde viene á saberse que la dicha *neurina* es sólo el anhídrido de la *colina*; pero ésta, á su vez, y así parece demostrado en los estudios del Sr. Ubeda acerca de la yema de huevo, procede de un desdoblamiento de la *lecitina*, mediante las acciones del agua de barita. De su parte, la *lecitina* hállase constituída uniéndose el ácido fosfoglicérico con los ácidos grasos, y la *colina* y el ácido fosfoglicérico fórmanse en la unión directa de una molécula de glicerina con otra de ácido fosfórico, eliminándose una molécula de agua. Establécese así una relación puramente química entre compuestos en apariencia muy distintos, y queda asimilada la *lecitina* á los cuerpos grasos naturales y puesto en claro cierto parentesco entre ellos, la *colina* y su anhídrido la *neurina*, sustancias ambas extraídas del organismo animal ó de alguno de sus productos. No puede citarse, á propósito del asunto, ejemplo más notable que la síntesis de la *xantina*, producto de desdoblamiento de la *nucleína* en el organismo y contenida en la carne muscular, el páncreas, el cerebro y otros órganos; pertenece la *xantina*, con la *creatinina*, la *guanidina*, la *carnina* y algunas más sustancias básicas, al grupo úrico, y basta decir esto para entender sus relaciones con la *cafeína* incluída en el mismo grupo, el cual, á su vez, entra en la serie larguísima de los compuestos de cianógeno. Considerado el cuerpo citado desde el punto de vista de su constitución química, no es sino un polímero del ácido cianhídrico, pues, según la elegante síntesis de Gautier, fórmanse con productos secundarios tales como la *azulmina* y la *metilxantina*, que es su homólogo superior, cuando al ácido cianhídrico únese el agua y el experimento practícase calentando, en tubos cerrados y á la temperatura de 145 grados centesimales, una mezcla compuesta de la cantidad del referido ácido correspondiente á once moléculas, el peso

de cuatro de agua y un poco de ácido acético destinado á retener todos los productos amoniacaes originados en la reacción. Pero el ácido cianhídrico puede ser asimismo producto sintético formado uniéndose directamente el acetileno y el nitrógeno, y el acetileno resulta de la combinación del carbono y el hidrógeno, y de esta suerte venimos á parar en que los puntos de partida de la *xantina* son el hidrógeno, el carbono, el nitrógeno y el oxígeno, sus elementos, en una palabra, reconociendo como intermediarios un hidrocarburo, un compuesto ternario nitrogenado y el agua.

Más aún: interviniendo los mismos cuerpos es posible llegar á formar otro, alcaloide terciario derivado de los aldehidos y contenido en el aceite animal de Dippel; en un memorable experimento del insigne químico Ramsay, el descubridor del argón, consistente en hacer pasar por un tubo calentado á la temperatura del rojo gas acetileno puro y ácido cianhídrico, consiguió sintetizar la *piridina*, enlazando de modo práctico y experimental dos cuerpos tan distintos en apariencia como la *xantina* del grupo úrico y la *piridina*, verdadero nexo entre los alcaloides animales y vegetales. Está averiguado de qué suerte en el organismo puede ser originada la *xantina* por desdoblamiento de la *nucleína*, ó provocando esta misma escisión de su molécula los ácidos diluídos; de donde resulta, considerando su síntesis, la reproducción artificial de substancia nada sencilla, formada á expensas de otra de muy complicada molécula, y así asegúrase, de modo indudable, la manera de estar constituídas, las funciones inherentes á su estructura y el parentesco con otras bases extraídas, á su igual, de productos animales ú obtenidas en experimentos sintéticos, con los mismos cuerpos usados para realizar la síntesis de la *xantina*. No se me oculta que se trata de un caso poco frecuente en las bases orgánicas de origen animal; pero ha de tenerse en cuenta que la síntesis metódica de todas ellas arranca del conocimiento mismo de sus funciones químicas, pero eso refiérese á las seriadas: las procedentes de estados patológicos apenas se aislan; su análisis está sin hacer casi siempre y sus propiedades mal determinadas, de donde proviene la poca

fijeza de sus relaciones con otros cuerpos análogos y aun la misma incertidumbre notada al pretender caracterizarlas de una manera bastante precisa.

Queda dicho la forma cómo la síntesis establece relaciones entre la *xantina* y la *piridina*, y debemos examinar ya cómo esta última permite formular las existentes entre los alcaloides vegetales y las bases orgánicas de origen animal. Kraut había notado la presencia de la *piridina* entre los productos de la acción del óxido de plata sobre la *acetopiperidina*, derivada de la *piperidina*, cuya base sólo se diferencia de la extraída del aceite animal de Dippel en doce átomos de hidrógeno, y Koenigs logró en 1879 convertir la *piperidina* en *piridina* valiéndose del ácido sulfúrico empleado con gran exceso y á la temperatura de 300 grados, sostenida por siete horas; la *piperidina* es, de su parte, un producto de función alcaloidea resultante de reaccionar los álcalis, especialmente la potasa, con la *piperina*, ó sea el alcaloide contenido en la pimienta y formado en las funciones de su organismo, cuya constitución responde á la de un cuerpo generado en la combinación de un ácido nitrogenado de incierto origen con la *picolina*, base isómera de la *anilina*, el prototipo de los alcaloides artificiales; esta *picolina* puede ser producto sintético obtenido calentando á la temperatura de 150 grados la *tribromhidrina* de la glicerina con amoniaco puro disuelto en alcohol. Otro ejemplo, aún más concluyente, del parentesco y analogía de las bases orgánicas vegetales y animales ofrécelo el desdoblamiento de la *sinapina*, el alcaloide de la mostaza blanca: sus disoluciones no pueden evaporarse sin que se descomponga, y en tal caso, lo mismo que tratándola por los álcalis, en caliente, da á la continua como productos de la escisión de su molécula, debida al agua, *ácido sinápico* y *neurina*. Aquí la transformación no puede ser más directa, dada la carencia absoluta de productos intermediarios y el experimento, nada difícil de ejecutar, es la prueba evidente de la doctrina establecida respecto de la identidad de origen é igualdad de mecanismos de formación de las bases orgánicas, lo mismo aquellas procedentes de vegetales que las extraídas de reino animal ó de productos de él derivados, y

como la identidad de mecanismos indica la de las energías productoras, queda, en cierto modo, afirmada la unidad orgánica, por el estudio químico de los productos de las energías naturales cuando obran en los seres vivos, y demostrada, conforme lo hace el Sr. Úbeda en su Memoria, la perfecta identidad de *ptomainas* y *leucomainas*, es decir, de bases producidas en el funcionalismo del ser vivo y alcaloides propios de la putrefacción, la continuidad de las acciones productoras establécese al punto.

Insistiendo todavía en el asunto de las relaciones entre los alcaloides naturales y las bases orgánicas de origen animal, he de citar algunos experimentos, ya clásicos en la ciencia, y los primeros relativos á la transformación de aquéllos en *piridina* ó cuerpos pertenecientes á la serie pirídica; refiérome á la *nicotina* y á sus productos de oxidación el *ácido nicotianico* y el *ácido homonicotianico* ó *piridinomonocarbonado*, objeto de muchos estudios consignados en una Memoria de Eschner de Coninck, publicada en 1890, y cuyo principal resultado fué considerar la *nicotina* como el *tetrahidruro* de una *diptridina*. Los trabajos realizados á propósito de las reacciones y transformaciones del *ácido homonicotianico*; cuanto se ha investigado referente á *piridinas*, *picolinas*, *lutidinas* y *parvolinas*, obtenidas de productos tales como la brea de hulla y diversos esquistos bituminosos, y no formadas en organismos; el conocimiento de las *bases pirídicas* extraídas de alcaloides vegetales tan caracterizados como la *brucina* y la *cinconina*; los experimentos en cuya virtud establécese la identidad de estas bases con el *alfa picolina* y la *lutidina* de la brea de hulla, fundada en su resistencia á la oxidación, y sobre todo la síntesis de los *hidruros pirídicos* tomando como punto de partida las bases procedentes de los alcaloides vegetales citados, han permitido establecer, de modo indudable y con toda la certeza propia de los experimentos más concluyentes, las relaciones químicas de las bases orgánicas, sea cualesquiera su origen y la síntesis del *hexahidruro* de *beta colidina*, que es un isómero de la *cicutina* realizada ya en 1884 por Eschner de Coninck mediante hidrogenación directa de una base pirídica, no menos que los

resultados conseguidos respecto de la síntesis del *ácido cianomerónico* partiendo del *homonicotánico*, y el haber obtenido la *tetrahidroquinoleína* procedente de los aceites resultantes de tratar la *brucina* y la *cinconina* con un gran exceso de potasa cáustica, permiten ahora afirmar la existencia de *bases pirídicas* y *quinoleicas*, al estado de hidratos en los alcaloides vegetales, á lo menos en los tenidos como fijos ó poco volátiles. Si esto consideramos de una parte, es preciso añadir que de la otra son bases orgánicas de origen animal, la *dihidrotoluidina*, la *colidina*, la *midina*, la *hidrocolidina*, la *parvolina*, la *coridina*, la *dihidricolidina*, las cuales, con el *ácido morruico*, inclúyense y entran perfectamente en la *serie pirídica* y poseen en absoluto cuantos caracteres sirven para determinar las *piridinas*. Y si á ello únese el hecho de pertenecer otras, al igual de la *carmina*, la *guanina*, la *adenina*, la *hipoxantina*, la *seudoxantina*, la *xantina*, la *heteroxantina* y la *paraxantina* á un grupo derivado del ácido úrico, entrando así en la categoría de los compuestos ciánicos, y que las bases orgánicas de origen animal derivadas de alcoholes monatómicos saturados son monaminas, isonitrilos, amidinas, guanidinas y cuerpos análogos á la *creatina* y las procedentes de alcoholes poliatómicos, diaminas y tetraminas, contándose entre las pertenecientes á otros grupos álcalis alcoholes, álcalis aldehidos y álcalis ácidos, siguiendo la clasificación más racional, adoptada por el Sr. Úbeda en su Memoria, explícense bien las analogías y parentescos señalados, sobre todo cuando se refieren á cuerpos cuya síntesis ha sido realizada. Queda sólo el numeroso grupo de las bases orgánicas de origen animal no clasificadas todavía y sólo conocidas, las más de ellas, por la materia utilizada para extraerlas; es un campo inmenso ofrecido á la investigación, apenas comenzado á cultivar, inexplorado, magnífico, en el cual es menester invvertir todo el ingenio de los experimentadores, llegando hasta el último límite de los métodos ahora en uso é inventando otros más generales, en cuya virtud podrán llevarse acaso los procedimientos sintéticos al grupo de las albúminas y albuminoides, primera materia de gran número de bases orgánicas origi-

nadas por su desdoblamiento, actuando sobre ellas diversos reactivos ó siendo modificadas mediante organismos cuyas funciones realízanse á sus expensas. Iniciado el camino al obtenerse las aminas; probada la eficacia de los métodos con la síntesis de la *colina* y de la *xantina*; demostrada la posibilidad del cambio y transformación de los alcaloides, y consignados los principios de su síntesis, al demostrar los experimentos sus relaciones con las piridinas ó sus hidruros, hay ya una base segura para buscar novedades, descubriendo alcaloides cuya existencia apenas se sospecha, mediante la aplicación de eficaces procedimientos, como ha hecho el Sr. Úbeda al confirmar, en sus estudios acerca de la carne podrida, las presunciones de Brieger, y puede fundadamente esperarse, para no lejanos días, un método general que permita la síntesis metódica de todos los cuerpos dotados de cualidades básicas, procedentes de los vegetales y de los animales.

Bien se entiende cómo el punto de partida de las nuevas investigaciones ha de ser la *serie pirídica*, tan relacionada con la aromática, cuyo fundamento es la bencina: estudiada y conocida la oxidación de ciertos alcaloides naturales, y conseguido extraer en las reacciones de otros, mediante conocidos agentes de metamorfosis químicas, cuerpos derivados de la *piridina*, *toluidinas* y productos de transformación de *quinoleínas*, hasta el punto de admitir la ley general antes enunciada, parece que, siguiendo el mismo camino, han de conseguirse los resultados apetecidos y ya vislumbrados al preparar un isómero de la *cicutina*. Lazo de unión y punto en donde convergen mal definidas funciones químicas, producto de artificios, como la admirable síntesis llevada á cabo por Ramsay al término de operaciones de análisis inmediata, á la que se someten huesos y otros productos animales, la *piridina* y los cuerpos con ella seriados deben considerarse eslabones destinados á cerrar la cadena de las metamorfosis químicas del carbono, uniendo lo que parece externo al organismo con lo elaborado en su interior y pasando de unos á otros cuerpos por el medio de bien conocidas transformaciones y por los métodos generales de la síntesis.

sis química, con tan buena fortuna generalizados en la ciencia, gracias principalmente al genio poderoso de Berthelot. Los procedimientos de investigación analítica, desde los clásicos de Stass, Dragendorff y Gautier hasta los tan recientes de Brieger y Guareschi, consienten aislar á cada punto nuevas bases orgánicas, son hechos para enriquecer el caudal inmenso de la Química de nuestro tiempo; pero esto no basta, ni es suficiente para satisfacer las ansias del experimentador y colmar sus deseos encontrar al punto las aplicaciones, aunque sean éstas tan importantes como las recientes de toxinas y antitoxinas: requiérese estudiar los compuestos aislados, determinar sus funciones, precisar sus metamorfosis y llegar á su perfecta y total síntesis: sólo así podrá verse cómo la individualidad química permanece, determinándose la continuidad del trabajo de las energías naturales, ni creadoras ni destructoras, sólo transformadoras, por mecanismos tan sencillos como los citados respecto de la reproducción sintética de la *piridina* y de la *xantina*, cuyo parentesco pónese de manifiesto en este experimento, el más acabado modelo de su género.

Mucho pudiera decirse todavía respecto de los problemas y cuestiones comprendidas en el trabajo del Sr. Úbeda y puestos á la orden del día, tratándose de investigaciones de Química biológica; mas habré de limitarme á lo expuesto, temeroso de alargar en demasía este ya nada corto artículo. Al terminarlo, he de estimular á mi amigo para la continuación de sus estudios; cuando los comenzaba, sólo se sabía, respecto de los productos básicos originados en la putrefacción muy adelantada, que eran distintos de los reconocidos y aislados al principio del fenómeno; la aplicación del método de Brieger permitióle aislar el cloroplatinato de una nueva y desconocida base, y parece obligado á determinar sus caracteres, concluyendo así el estudio con tan buena fortuna comenzado, trayendo á la ciencia española contribución de nada escaso mérito. En otro orden de consideraciones, los experimentos y descubrimientos del Sr. Úbeda demuestran cómo en España se sabe y se puede investigar, cuando hay voluntad para hacerlo y no se repara en obstáculos.

los, lo cual ha de ser estímulo de mayores adelantos, no perdidos ciertamente, porque la recompensa con tanta justicia otorgada prueba que no para echar en un pozo donde nadie penetra los resultados experimentales se trabaja é investiga en cosas, si no de utilidad inmediata, de grandísimo interés desde el punto de vista de la ciencia pura, que contribuyen á su adelanto y á la gloria de la patria, tan necesitada de este linaje de labor, ni por pequeña menos meritoria, ni por poco sabida menos digna de alabanza: no inspira la mía la amistad que al Sr. Úbeda profeso, nace del santo amor de la ciencia, brota de mis propios entusiasmos por mayores adelantamientos en el orden científico y es expresión de un sentimiento de patriotismo que me hace ver con inmenso júbilo un nombre español figurando entre los nombres de insignes sabios extranjeros, como figuraban, en no lejanos días, los de Elhuyar y Angulo, Chaix y Rodríguez González, Cavanilles y Lagasca, Lanz y Betancourt, cuyas obras y descubrimientos constituyen el fondo de nuestra cultura y forman la base y fundamento positivo de la moderna ciencia española en su actual Renacimiento.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

Madrid Noviembre 1895.





## EL ROBINSON ESPAÑOL (1)

De duelo aún el país por la tremenda catástrofe ocurrida al hermoso crucero *Reina Regente*, no creo que ha de parecer inoportuno que yo recuerde la historia de un naufragio muy notable ocurrido por los años de 1528 (2)—según las más autorizadas versiones,—siquiera no sea más que al propósito de que conste y se difunda el hecho certísimo de que España tuvo su Robinsón antes que Inglaterra, y que en punto á grandeza de ánimo, conformidad cristiana, industria y valor en la adversidad, supera en mucho nuestro compatriota al tan enaltecido y popular ALEJANDRO SELKIRK.

Ya D. Tomás de Iriarte (3) decía: «Sin negar á Daniel De Foë el mérito de haberlos extendido y adornado mucho (los hechos del verdadero Robinsón) para formar una historia seguida, hallo razones bastante fundadas para conjeturar que pudo muy bien haberlos tomado de un fidedigno

(1) Del precioso libro titulado *Cosas de España* (2.<sup>a</sup> serie).—(N. de la R.)

(2) 1540 según Alcedo (D. Antonio de), *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales ó América...*—En la imprenta de Benit Cano, en Madrid, años de 1786-1789. Tomo IV, pág. 542, col. 2.<sup>a</sup>, artículo *Serranilla*.

(3) *El nuevo Robinson*, historia moral reducida á diálogos para instrucción y entretenimiento de niños y jóvenes de ambos sexos, por el Sr. Campe, traducida al castellano con varias correcciones por D. Tomás de Iriarte.— Nueva edición. Palma, imprenta de Pedro José Gelabert, 1846, 8.<sup>o</sup>, 2 tomos, 2 malísimas litografías. Prólogo del traductor, págs. 12, 13 y 14.

autor que escribió en castellano dos siglos ha, y que el caso de que se trata, ú otro muy semejante, sucedió á un español, y en una isla sujeta á la dominación de España».

«Cualquiera que, enterado del contexto de dicha relación (la del inca Garcilaso), pase á leer así el antiguo *Robinson* inglés de De Foë, como el que el Sr. Campe ha escrito últimamente en alemán, conocerá desde luego que el hecho principal que sirve de fundamento á la que parece novela es positivamente histórico, y aun lo son muchas de las circunstancias accesorias á él...»

«El autor inglés hizo á su Robinsón natural de York; el alemán le fingió hamburgués, y yo, conformándome con la antigua y autorizada narración del inca Garcilaso, hubiera podido suponer español al mismo héroe, si para esto no fuera necesario trastornar muy notablemente el orden de sus viajes» (1).

El esforzado español, verdadero mártir, sufrió más penalidades que nuestro primer padre Adán (Robinsón de los árabes), relegado, según éstos, después de la culpa, á la isla de Ceylán.

El hambre, la desnudez, y sobre todo las forzadas vigiliass del pobre marinero, anublaron su vigoroso espíritu con más negras pesadillas que las que acometían á Saturno en la isla de Ogigia por las malas partidas que le jugaba el *padre de los dioses*.

Y si Filoctetes, abandonado por los consejos de Ulises en la isla de Lemno, sufrió rudos tormentos, el protagonista de las notables relaciones que prestan materia á este mi artículo, sin exceptuar al indio mosquito ó mosco, ni al ya mentado y conocidísimo personaje de la obra de De Foë, es, al decir de Ch. Joliet (2), no solamente el más antiguo de todos los Robinsones, fuera de los mitológicos ó legendarios, sino también el que pasó por más terribles pruebas en su penoso aislamiento del mundo habitado.

(1) La trascrita opinión fué reproducida en *Estado general de la Real Armada*, año 1832.—Madrid, en la imprenta Real, 8.º mayor, Apéndice. — *Relación de un notable naufragio ocurrido en el año de 1528*, advertencia preliminar, pág. 174, pár. VII.

(2) *Curiosités des lettres, des sciences et des arts*.—París, 1885.

Con ser esto así, no faltó un escritor que haya dicho: «Los españoles son de todos los hombres los más débiles para luchar contra la suerte adversa, pues su primer pensamiento en la desgracia... es el abandonarse á la desesperación y dejarse morir sin buscar los medios de salir del apuro» (1). ¡Se conoce que al bueno del abate, que pone tales despropósitos en boca de un tercero, no le contaron ni él se acordó de averiguar cómo recibimos por aquí los débiles al *Capitán del siglo*, al gran Napoleón I y á su aguerrido ejército!

Siempre fué la vecindad madrastra ó suegra de la amistad, y los franceses no acabarán nunca de enterarse bien de nuestras cosas.

Pero si puede disculparse á Labouderie, la afirmación de un español, que pretende nada menos que enseñar *Lo que hay de verdad en la historia de Robinson* (2), y que dice que la del nuestro *se ha perdido* (3), no tiene excusa de ningún género.

(1) *Aventuras de Robinson Crusóe*, seguidas de una disertación religiosa, por el abate Labouderie, traducidas de la última edición francesa é ilustradas con notas por D. José Alegret de Mesa, abogado del Ilustre Colegio de Madrid, publicadas por D. Nicolás Cabello.—Madrid, A. Vicente, 1849, pág. 103, 4.º, 2 tomos con grabados.

(2) Artículo publicado por D. V. Moreno de la Tejera, hoja literaria de *El Día*, Madrid, domingo 17 de Febrero de 1884.

(3) «Poco tiempo después de haber sido abandonada por los españoles (la isla de *Más á Tierra*) naufragó en sus costas un buque, salvándose sólo un marinero, que vivió muchos años en la isla y cuya historia se ha perdido.»—Cf. Moreno de la Tejera, col. I.

Se conocen, por lo menos que yo sepa, las siguientes relaciones del naufragio:

Lo que existía en el Archivo general de Simancas, y con los papeles referentes á Indias sobre descubrimientos, fundación de poblaciones, etc., se remitió á Sevilla en 1785 al Archivo general de Indias, donde se custodia con la signatura: Est. 1.º, caj. 1.º, leg. 1/18. Patronato. Ramo 7. Fué reproducida, como ya hice constar, en el *Estado general de la Real Armada*, año de 1832. Existe copia en la *Colección Muñoz*, Biblioteca de la Academia de la Historia, con la signatura: Est. 23, gr. 4.ª A, núm. 115, fol. 118, y otra, autorizada, en la *Colección de manuscritos* de D. Martín Fernández de Navarrete, que se conserva en el Real Depósito Hidrográfico de Madrid.

—*Historia general de las Indias Occidentales...* por Antonio de Herrera, en ocho décadas. Tomo III.—En Amberes, por Juan Bautista Verdussen... 1728. Década VI, lib. III, pág. 282, col. 2.ª, cap. XXI.—*De lo sucedido á un navío que en este año (1528) salió del puerto de Santo Domingo de la Isla Española y á dos hombres que muchos años estuvieron en una isla despoblada.* Herrera se inspiró, por no decir que extractó, la relación del Archivo de Indias.

—*Primera parte de los comentarios reales, que tratan del origen de los incas, reies, que fueron del Perú...* escritos por el inca Garcilaso de la Vega...—

Si sobre los nombres del náufrago (*El Maestre Juan* (1) ó *Pedro Serrano*), de la isla (La Serrana, Serranilla ó Juan Fernández), y, como hemos visto, á propósito de la fecha exacta del naufragio, pueden ofrecerse ligeras dudas ó contradicciones, por lo que hace al triste acontecimiento y á la víctima de él, no cabe dudar. Las relaciones que nos quedan difieren sólo en pormenores insignificantes y convienen en lo esencial.

Aceptando el nombre de *Pedro Serrano* dado al náufrago por Garcilaso, Alcedo y otros autores, y tomando de la obra de aquél y de la relación del Archivo de Indias los datos más curiosos, voy á referir en extracto las desventuras de nuestro Robinsón.

«Sali de Santo Domingo sabado bispera de Ramos del año de mill y quinientos y veinte y ocho años en la nao de pedro cifuentes de que era maestro e piloto un fulano por sobre nombre portogalete» (2). Describe luego el náufrago varias peripecias del viaje, debidas á la impericia del piloto, que abandonó la nave á la manera del cura de Gabia, y concluye esta parte de su historia refiriendo que un sábado á medianoche sufrieron un temporal que se llevó ambos mástiles de la nao, con todo el velamen, abriéndose el navío y dando al cabo de seis días en el bajo de la triste isla llamada por algunos *Desventurada*—como otras del mismo grupo,—despobladas, estériles, sin leña y sin una gota de agua.

«Tuve el acuerdo (añade) de tomar un cuerno de polvora

---

En Madrid, en la Oficina Real, y á costa de Nicolás Rodríguez Franco... Año 1723, fol., lib, I, cap. VII.—*De otras relaciones de nombres nuevos*, página 9, col. 1.<sup>a</sup>, cap. VIII.—*La descripción del Perú*, págs. 10, cols. 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>; 11, cols. 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>; 12, col. 1.<sup>a</sup>—D. Tomás de Iriarte, en el libro antes citado, reprodujo esta relación en las páginas de la 15 á la 26.

Pueden citarse, además, como muy directas referencias. la que hace D. Antonio de Alcedo en la obra antes mentada y el libro de Vicuña Mackenna (Benjamín), *Juan Fernández: Historia verdadera de la isla de Robinson Crusó* (Santiago, 1883), págs. 92 y 93.

Con posterioridad á la publicación del artículo del Sr. V. Moreno de la Tejera, y con la firma de Espinosa y Quesada, vió la luz pública en el *Heraldo de Madrid*, martes 25 de Noviembre de 1890, un trabajo en que se reprodujo en extracto la relación del Archivo de Indias.

(1) Gallardo, en un extracto de su mano que tengo á la vista, de la colección Muñoz, ya citada al mentar al Maestre Juan, pregunta: (de León?).

(2) Cf. Arch. Inds.

que en mi caxa tenia y un esclavon en la boca y ansi me eche a la mar y nade hasta llegar á la isla, y puesta la polvora y esclabon en tierra torne al navio aver si podria mi socorro aprovechar Alguno, y des que llegue el navio estaba hecho cuatro pedaços y toda la gente en el un pedaço» (1).

Refiere más adelante nuestro heroico compatriota cómo sus compañeros de infortunio le abandonaron construyendo una balsa, quedando solo con él un tal Moreno, de Málaga, quien martirizado por la sed «se empeçó á comer por los braços y de algunos bocados que se dio murio como Rabiando».

El mísero Pedro se quedó entonces en la isla solo con un muchacho por todo compañero de penas y fatigas.

En aquel inhospitalario rincón del mundo, como ya dijimos, no encontraba Serrano ni agua, ni leña, ni tan siquiera piedras.

«Comence con huesos de tortugas a cabar en algunas partes de la ysla viendo si abria agua y por ser la tierra poca y en medio del golfo en todas partes la hallava tan salada como el agua de la mar, y esta agua mezclada algunas veces con la sangre de los lobos la bebia y en este tiempo llovio jamas para que del agua del cielo me pudiese aprovechar...» (2).

La verdad es que el hombre, ignorante é ingrato, desprecia diariamente grandes tesoros que tiene al alcance de la mano. ¡Qué no hubiese dado Pedro por un vaso de agua fresquísima y transparente como los que ofrecen por las calurosas tardes de Agosto las vendedoras en las inmediaciones de los Jardines del Buen Retiro! ¡Qué por una caja de cerillas—suponiendo que por aquel entonces se hubiesen conocido—aunque fueran del monopolio!

El alimento del Robinsón español consistía en huevos de tortuga, raíces de una hierba muy parecida á la verdolaga y carne de lobos marinos.

«Desta manera se sustento los primeros dias, con matar

(1) Cf. Arch. Inds.

(2) Cf. Arch. Inds.

todas las Tortugas que podia, y algunas avia tan grandes, y mayores, que las mayores Adargas, y otras como Rodelas, y como Broqueles...»

«Con las muy grandes no se podia valer por volverlas de espaldas, porque le vencian en fuerças, y aunque subia sobre ellas para cansarlas, y sujetarlas, no le aprovechava nada por que con el acuestas, se iban á la Mar...» (1).

De la piel de los lobos marinos sacó Serrano sus primeras vestiduras, el velamen de unos barquillos costeros calafateados con el unto de aquellos anfibios, y varios odres en donde recogía la escasa agua llovediza por el mes de Octubre.

El muchacho partióse también un día de la isla, en una balsa, con otro de dos desdichados que arribaron á aquélla procedentes de una cercana.

Quedó Serrano con el nuevo compañero, y juntos hicieron un estanque de veintidós brazas de pared para tomar el pescado que entraba por las noches, teniendo que sacar los materiales buceando en el mar, pues en la isla no había sino arena.

«Acomodaron su vida, como mejor supieron repartiendo las horas del dia y de la noche en sus menesteres de buscar marisco para comer... para sustentar el fuego; y sobre todo la perpetua vigilia que sobre él avian de tener, velando por horas por que no se les apagase.»

«Assi vivieron algunos dias, mas no pasaron muchos que no riñeron... mas ellos mismos cayendo en su disparate se pidieron perdon y se hicieron amigos, y bolvieron á su compañía, y en ella vivieron otros quatro años» (2).

«Una cosa se me olvido es que lo que mas pena e tormento nos da eran cangrejos e caracoles de la mar que de noche no nos podiamos valer dellos y con sacos de cuero que hicimos nos libramos y el mas del tiempo haziamos de la noche dia y del dia noche» (3).

El mes de Enero era Agosto para el desdichado Pedro,

---

(1) Cf. Garcilaso.

(2) Cf. Garcilaso.

(3) Cf. Arch. Inds.

pues por este tiempo parían las lobas y comíanse los náufragos los lobeznos, cociendo también en unos caracoles la leche que tenían las madres en las ubres, dándose gran festín con ello.

Tantas fueron, en fin, las penalidades de Serrano que, hallándose sentado á la puerta de la casilla, después de andar tres días sin beber, de ocho años de andar desnudo y descalzo por aquellos desiertos, ambicionando salir vivo ó muerto de la isla—ya en la desesperación—llegó á exclamar: *Pues que Dios no me quiere sacar, sáqueme el diablo y ahí acabaré mi vida.*

«Y vilo (dice) pegado en la casilla de una forma peor de la que con que le pintan, con una nariz muy roma y echaba por la nariz como humo y por los ojos fuego, y los pies como grifo y las colas como de murciélagos, y las piernas propias de hombre y los cabellos muy negros con dos cuernos no muy grandes, llame al compañero que estaba echado en la casilla y tomamos una cruz que tenia hecha de cedro con aquella corrimos toda la isla y nunca mas vimos nada...»

«Al cabo de ocho años de nuestra vivienda allí permitió Dios que su misericordia nos socorriese y un día vispera del señor Sant Mateo á ora de medio día vimos venir una nao á la vela y hizimos una humada en uno de nuestros torrejones muy grande y como los de la nao nos vieron echaron el batel fuera y saltó el maestre y marineros en tierra y tomó con un escribano por testimonio lo que bido este Maestre que se llama Juan Bautista Jinoves vecino de Triana...» (1).

«El compañero murio en la Mar, viniendo á España. Pedro Serrano llegó acá, y passó á Alemaña, donde el Emperador estaba entonces, llevó su pelage, como lo traía para que fuese prueba de su naufragio, y de lo que en él avia pasado.»

«Por todos los Pueblos que pasara á la ida (si quisiera mostrarse) ganara muchos dineros. Algunos Señores y Cavalleros principales que gustaron de ver su figura le dieron ayudas de costa para el camino, y la Magestad Imperial, ha-

---

(1) Cf. Arch. Inds.

biendole visto, y oído, le hizo merced de quatro mil pesos de renta, que son quatro mil y ochocientos ducados en el Perú. Yendo a gozarlos murio en Panamá, que no llegó a verlos. Todo este cuento, como se ha dicho, contava vn Cavallero, que se decia Garci Sanchez de Figueroa á quien yo se lo oí, que conocio á Pedro Serrano: y certificava que se lo avia oído á él mismo, y que despues de aver visto al Emperador, se avia quitado el cabello, y la barba, y dejandola poco mas corta que hasta la cinta, y para dormir de noche se la entrençava; por que no entrençandola, se tendia por toda la cama y le estorbava el sueño» (1).

Por ser desgraciado en todo Pedro Serrano, no encontró en España una pluma—como la de De Foë—que inmortalizase el nombre de nuestro Robinsón y popularizara su entereza en el sufrimiento.

#### EL CONDE DE LAS NAVAS.

(1) Cf. Garcilaso.





## LA OPINIÓN Y LOS PARTIDOS <sup>(1)</sup>

---

### II

*Concepto y clasificación de los partidos, según el Sr. Azcárate: el Estado, órgano del Derecho, y los partidos políticos, eco de la opinión, como elemento indispensable para la vida del Estado.—Triple misión que, á mi entender, cumple á los partidos. — ¿Hay partidos exclusivamente políticos? — División de los partidos, en general, teniendo en cuenta los fines sociales.*

El Sr. Azcárate deduce el de los partidos de los conceptos del Derecho y del Estado.

Para que el Derecho impere — dice — es necesario conocerlo, determinarlo y hacerlo efectivo. Los pueblos ofrecen en este punto dos modos de acción: el uno se manifiesta por la costumbre; el otro, por la ley. Espontáneo, instintivo, el primero, responde al común sentir de las gentes, revelado en serie continuada de hechos; el segundo, indispensablemente exige la unidad, como resultado de la reflexión y del convencimiento.

Considerados por el Sr. Azcárate los partidos indispensa-

---

(1) Véase la página 449 de este tomo.

ble elemento para la vida del Estado, cuya misión reduce al cumplimiento del Derecho, la clasificación que de ellos hace se apoya en los tres aspectos que el Estado mismo, como toda entidad, ofrece: *fondo, forma y modo*.

Respecto del *fondo*, ó sea de lo que toca hacer al Estado, preséntanse múltiples soluciones, según el criterio que se profese acerca del Derecho (*individualista y socialista*) y de cada rama jurídica especial. Respecto de la *forma — organización del Estado*,—la división de los partidos tiene por base la de los poderes públicos. Y, en fin, por lo que atañe al *modo*, ó procedimiento, dos son los partidos: el *conservador*, entusiasta de lo pasado, apegado á lo existente, y el *reformista*, entusiasta de las ideas, ansioso de mejorar lo actual.

Por lo sencilla y clara distínguese la doctrina del ilustre catedrático español: naturalmente la deriva del concepto que defiende del Estado, y á ser cerca de éste eco fiel de la opinión pública concreta la constante obligación de los partidos.

Yo, con todo, entiendo de muy diferente manera el fin que deben realizar los partidos políticos, no encaminados exclusivamente á llevar, por así decirlo, la voz del país, influyendo en el ánimo de los Gobiernos, de armonía con lo que aquélla solicite. Misión tan fácil como, á veces, peligrosa, sólo ha de desempeñarse cuando, al hacerlo, no se infiera agravio á la justicia ni se burlen los verdaderos intereses generales.

Yerra la opinión en más de un caso y defiende y pide soluciones que los partidos deben rechazar, aun arrojando entonces populares demostraciones de protesta. Que si harto difícil es la tarea de averiguar *en qué* asiste razón á las demandas de un pueblo, esa misma dificultad justifica la existencia de los partidos, encargados de REPRESENTAR, DIRIGIR Y EDUCAR á las muchedumbres.

De otra parte, no veo en el Estado, tan sólo, la sociedad organizada para cumplir el Derecho, sino la sociedad constituida para el bien común y el mutuo auxilio. Tal ha sido en la historia: tal es hoy... más ó menos: tal exige que sea la inevitable limitación en que se desenvuelve el individuo.

La realidad muéstranos que, en rigor, no hay partidos *exclusivamente políticos*: todos, si con atención se mira, son partidos *sociales*.—Como el Estado no es la sociedad en uno de sus fines, sino en el conjunto armónico de todos ellos.

Presentadme, si no, un partido político que no sea, *en el fondo*, un partido social; decidme qué partido social no aspira á ser, *en la forma*, un partido político.

*Políticos* lo son en cuanto procuran que sus ideas y opiniones trasciendan á la vida del Estado; *sociales*, en cuanto la misión que se imponen no es ni puede ser otra que el bien de la colectividad.

Á mi juicio, la más acertada división que, en general, puede hacerse de los partidos ha de tener por base los distintos aspectos del fin social, y, siendo, entre éstos, los principales, sin duda, el *religioso*, el *económico*, el *científico* y el *jurídico*, á cuatro, también, reduciránse los partidos, cada uno de los cuales, á su vez, podrá llamarse *político* siempre que trate de obtener la aplicación y desenvolvimiento inmediatos de sus doctrinas por los Gobiernos.

La íntima relación que media entre los indicados aspectos, refléjase en todo partido, representante de una tendencia determinada dentro de un especial orden de ideas, pero sin abstraerse de tal modo que en absoluto séale, ni mucho menos, lícito prescindir de los otros órdenes.

Ni es posible, porque no lo es, tampoco, romper los lazos que entre sí unen á los fines parciales de la sociedad.

### III

*Origen racional de los partidos políticos. — Inconvenientes de la multiplicidad de partidos.—Partido y facción.—Opiniones en pro de la política de partido (lord Macaulay, Burke, Balbo, Dubs, etc.) y opiniones en contra (De Tocqueville, lord Brougham, Rosmini, Molinari, etc.).*

En un régimen absoluto no se conciben los partidos políticos: todo lo absorbe la autoridad del Monarca: la Nación, como el hijo sujeto á la patria potestad, no tiene fisonomía propia.

Cuando, abandonándose la práctica de «el Estado soy yo», se plantea el sistema representativo y á los pueblos se reconoce el derecho, no siempre bien ejercitado, de *emitir opinión* sobre los problemas de interés público, en el diferente modo de entender cuál sea la solución que deba dárseles originase el nacimiento de los partidos.

Mediante éstos se concretan las aspiraciones y conveniencias generales y los ciudadanos mantienen con los Gobiernos relaciones que impulsan la vida de la Nación y hacen fecunda y provechosa la obra del Estado.

Sin embargo, no se estime beneficiosa la multiplicidad de partidos en un mismo país. Suele acusar próxima é inevitable decadencia; es signo evidente de descomposición política. La *oposición* se convierte entonces en sistema y los *grupos*, alentados, observa Paul Laffitte, no tanto por estímulos de amor al bien público, cuanto por exigencias de índole privada, son el obstáculo con que á menudo tropiezan los grandes partidos y contra el cual se estrellan los grandes ideales.

Pocos partidos, pero numerosos y compactos: la variedad que se armoniza, no la unidad que se quebranta. — De Tocqueville, con todo y calificar á los partidos de «un mal inherente á los Gobiernos libres», reconoce que son menos malos los grandes que los pequeños, pues mientras los primeros atienden á los principios más que á las consecuencias, á las generalidades y no á los casos particulares, á las ideas y no á los hombres, distingúense por la ruindad de sus propósitos los segundos.

Entusiasta de los partidos políticos, no puedo considerarlos, en general, sino como un gran bien. Combatirlos porque en ocasiones se pervierten, es defenderlos, porque es combatir á la facción; y en tal degeneran cuando no se inspira su conducta en otro móvil que particulares codicias ó personales apetitos, más ó menos encubiertos con el ropaje de puras abnegaciones, de sacrificios generosos.—«La facción, dice el Sr. Moya, no suma ni inteligencias ni voluntades; disfrazando la conveniencia con un mentido patriotismo, suma ambiciones, y si el día de la fortuna las armoniza el interés, el día de la desgracia las dispersa el egoísmo.»

Ni ¿cómo suplir con ventaja la política de partido, que pone en comunicación á ciudadanos y gobernantes, y enseña á los unos á comprender que, extinguida la tutela absorbente á cuya sombra y en cuya oscuridad por espacio de siglos enteros vivieran, principia para ellos, rotas las cadenas que los oprimían, la historia de la libertad, y revela á los otros que los pueblos no deben ser esclavos sometidos al férreo yugo de una tiranía representada en el jefe de Estado, y si, en cambio, organismos con fines propios, con inteligencia para pensar, corazón para sentir, voluntad para querer?

Así, lord Macaulay, aludiendo á la memorable fecha en que el *Parlamento largo* continuó sus sesiones, júzgala sobre modo gloriosa, porque de ella data, perfectamente definida, la existencia de los dos grandes partidos que desde entonces han gobernado á Inglaterra.—«No decimos con esto, añade, que antes no existiesen—tales diferencias son de todos los tiempos, pues tienen su origen en la variedad de caracteres, de inteligencias y de intereses que alienta siempre en las sociedades y que continuará mientras el espíritu humano se dirija por rumbos opuestos, atraído de los encantos de la tradición y de los no menos irresistibles de la novedad,—sino que entonces hiciéronse sensibles. ¿Cómo suponer lo contrario, si las diferencias en el modo de ser manifiéstanse, no únicamente en la política, sino en la literatura, en las artes, en las ciencias, en la medicina y la mecánica, en la navegación, en la agricultura y aun en las matemáticas? Que allí en donde existen hombres entusiastas de cuanto es secular é histórico y, con todo y estar convencidos, á fuerza de inconvertibles razones, de la conveniencia, necesidad y saludables efectos de innovaciones determinadas, manifiestan, al admitirlas, profundos temores, visibles repugnancias, encontramos, también, otros hombres que, llenos de atrevimiento sus teorías, penetrados de ardiente fe, incansables en su progresiva marcha, desdeñan los peligros y obstáculos que son el séquito de las reformas y están en toda ocasión dispuestos á reputar por adelantos las mudanzas. Y si bien algo hay digno de encomio en ambas opuestas inclinaciones, los me-

jores ejemplares de una y otra no deben buscarse lejos de la línea que las separa y divide, porque á cierta distancia de ella sólo se ven mojigatos y ergotistas, de una parte, y de la contraria, empíricos superficiales é imprevisores perennes charlatanes.»

Burke define el partido «una reunión de hombres que se coligan para favorecer juntos y con esfuerzos comunes el bien de la nación, de acuerdo con ciertos principios acerca de los cuales todos están conformes».—Dice que en Inglaterra el espíritu de partido se traduce en la estabilidad adquirida por las opiniones de los hombres públicos: el verdadero hombre de partido tiene normas generales de política, semejantes á las leyes universales de la moral, para resolver cualquiera cuestión nueva ó dudosa; la fe en los principios que profesa, le hace fuerte contra las tentaciones del interés y los sofismas con que se trate de alucinarle; su conducta refleja el hábito de dirigir bien el pensamiento y la integridad de su alma. La unión de varias personas en un mismo discurrir, presta energía para la defensa de procedimientos que puedan influir en las leyes y en la utilidad general.—Otra ventaja es, sigue Minghetti, que el partido, á causa de confiar en ser algún día Gobierno, no turba la paz pública.

Balbo afirma que, así como, en general, la virtud del Gobierno libre consiste en modificar las facciones en partidos, y la del gobierno representativo, particularmente, en trasladarlos de la plaza pública á la tribuna parlamentaria, la educación política los reduce todos, numerosos y complicados, tan sólo á dos: uno, el *ministerial*; otro, el de *oposición*.

J. Dubs expone, en pro de que turnen los partidos en el poder, que, de esta suerte, se aportan á la vida del Gobierno nuevas ideas y nuevos hombres; líbrase de parásitos á la Administración; se inutilizan las armas que, unos contra otros, crean y establecen los mismos partidos cuando mandan; se difunde entre mayor número de personas el conocimiento de los intereses del país; se dificulta la *política de personalismo*. Dice, también, que cada partido debe formar su correspondiente programa y, en su caso, darle realidad en lo posible: el programa es su palabra de honor.

Incúrrase frecuentemente en exageración por los escritores que, olvidados de las excelencias, sólo se ocupan de los defectos propios de la política y los Gobiernos de partido. Á corregirlos es bien que se tienda, sin soñar en la extinción quimérica de esas entidades que el progreso ha lanzado á la vida pública y que, sean las que fueren sus imperfecciones, no cabe destruir, pues responden al innegable derecho de opinar que los hombres tienen y han ejercitado y ejercitarán mientras haya mundo, al amparo como á espaldas de la legalidad imperante, á la luz del día como en las tinieblas de la noche.

Para De Tocqueville «los grandes partidos trastornan la sociedad, los pequeños la agitan: los unos la desgarran, los otros la pervierten: los primeros la salvan algunas veces derribándola, los segundos la turban siempre sin provecho».

Según lord Brougham, la existencia de un partido que apoya al Gobierno y de otro que, en tanto, no participa del poder, impide que muchos hombres de mérito sean útiles al país, y, en lugar de unirlos en provecho de éste, mantiene distancias y alienta conflictos.—Los partidos, teóricamente, se fundan en diferencias de principios, de ideas, pero en realidad, su razón de ser encuéntrase en móviles interesados, que ocultan tras el programa con que tratan de conquistar los favores de la opinión, en cuyo espíritu, vencido á los acentos de simulada sinceridad, logran ejercer notorio influjo.—La historia de *whigs* y *torys* no es sino la de algunos grandes hombres y algunas nobles familias de Inglaterra, en quienes se vinculó el poder, la fortuna y los honores.

Partidos políticos y equidad, justicia y virtud moral son cosas opuestas, en sentir de Rosmini.

Molinari, que sueña con que los Gobiernos no sean más que sociedades de seguros *libres* sobre la vida y la propiedad, constituídas y organizadas como todas las sociedades de seguros, sostiene que la política es el *¡Sésame, ouvre-toi!* que da cabida á cuanto puede seducir la ambición, la vanidad y la concupiscencia del hombre.

Que aseveraciones semejantes pecan de hiperbólicas, no cabe dudarlo. Ciertamente que la acción de los partidos no es

siempre ni en todas partes provechosa; pero no debe culpárseles únicamente á ellos, que, al inspirarse en pasiones mezquinas, no en sentimientos elevados, fían en la indiferencia general, y por lo común con éxito.

En el régimen representativo, partidos y conciencia pública suponen vínculos estrechos, inspiraciones mutuas. Un pueblo indiferente no tiene derecho á quejarse de la corrupción que invade á sus partidos políticos; en sí mismo hallará, si quiere, el remedio para tan grave mal.

Cuando ni los partidos dirigen y educan á la opinión, ni ésta siente interés ninguno político, aquéllos, en puridad, no son otra cosa que agrupaciones explotadoras, en beneficio propio, de la libertad con que la indiferencia del país les brinda.

Y aun suele acontecer entonces que la opinión siente mayores simpatías por los políticos aventureros, hábiles para disfrazar con el ropaje de abnegación fingida la realidad de sus perversas intenciones, que por los políticos sinceros y honrados, faltos del poderoso atractivo de la hipocresía, pero dispuestos á sacrificar, en aras de la felicidad pública, privadas conveniencias y personales intereses. Que «los insensatos, como ha dicho D.<sup>a</sup> Concepción Arenal, no son muchas veces convertidos en ídolos sino porque, al adorarlos, las multitudes se adoran á sí mismas en ellos».

#### IV

Escuela, partido y tendencia.—*La disciplina en los partidos: cómo suele hoy practicarse.—Política de grupos, incompatible con la unidad de partido.—Qué suele ser el oportunismo en política.*

*La escuela da la idea; el partido la recoge y la hace práctica; el Gobierno la convierte en realidad.*

Todo partido pertenece, más ó menos, á una determinada escuela, y, como una idea misma puede ser considerada desde diferentes puntos de vista, los distintos modos de enten-

der é interpretar la que sirve de norte á un partido, determina en éste variedad de *tendencias*.

Las tendencias, cuando de la transacción surge la unidad, robustecen la vida de los partidos; y la embarazan y dificultan cuando la sed de predominio, el estímulo de la ambición, impiden transigir y la unidad desaparece.

Una agrupación política, cual un ejército, no puede existir sin *disciplina*. Los jefes de partido que no tienen entre los suyos el prestigio de autoridad indiscutible, son jefes nominales, y sus decisiones y mandatos suelen tropezar con la oposición de correligionarios inquietos y descontentadizos que, olvidando más de una vez deberes de gratitud profunda, de respeto inquebrantable, amenazan con la peor de las *disidencias*: la disidencia de amigo molesto.

No se mantiene hoy el concepto absoluto que tiempo atrás generalmente se profesara de la disciplina política; había en esto notoria falta de *sentido democrático*. Todas las voluntades, dentro de un partido, estaban sometidas á una sola, que, sin temor de desobediencia, trazaba por sí y ante sí la dirección que hubiese de seguirse.

Acaso tal acatamiento fuese resultado de las convicciones políticas, base de la homogeneidad de los partidos, cada uno de los cuales representara una manera de ser propia, definida, concreta, irreconciliable con ninguna otra; acaso, también, debiérase á la gloriosa historia, á las positivas calidades, harto evidentes para que nadie osara discutir las ni se propusiera eclipsarlas, de los hombres en quienes encarnasen respectivamente las jefaturas de aquéllos.

La ausencia de verdadero programa en la mayoría de los partidos actuales, separados por llamadas *cuestiones de procedimiento*, no por substanciales contradictorias ideas, es causa de que no tanto la convicción como los vínculos de la amistad ó del parentesco impulsen á la defensa de una *política* determinada; y, así, rotas ó extinguidas esas particulares relaciones, lógico parece cambiar de bando, debiéndose, además, tener en cuenta que no se traiciona con ello á dogma ninguno y, en cambio, ríndese homenaje al *materialismo* de la época.

Los grandes partidos otra cosa no vienen hoy á ser, en realidad, sino aparente fusión de grupos que reconocen dos jefaturas: una *honoraria*, la común á todos los que militan en un partido, y otra *efectiva*, la de cada grupo en particular. Fracciones que disienten á cada paso y crean dificultades continuas; que votan unidas en el Parlamento y se odian y maldicen fuera de él...

Mucho se ha variado, por consiguiente, en lo que atañe á la forma de practicar la disciplina política: si antes no consintiera más que una dirección y un modo de pensar en cada partido, consiente ahora, en cambio, la coexistencia de opiniones contrarias, de soluciones sin posible armonía, á la resultante de todo lo cual suele darse el nombre de *oportu-nismo*, personificado muy digna y merecidamente en el con-sabido *jefe honorario*...

Hablo en términos generales. Si concretara, seríame forzoso reconocer—y lo reconozco de antemano—honrosas excepciones, pocas en número y, por ser pocas, más estimables, á favor de ciertos grandes partidos que, afortunadamente, rígense aún por severa disciplina, impuesta por la insustituible autoridad, que acrecientan méritos insignes, no discutidos ni por los propios adversarios, de prestigiosos hombres públicos, cuyos antecedentes son la mejor garantía de acierto y la razón con que se justifica de sobra el respeto y la confianza que han merecido y merecen á cuantos siguen su política y se amparan á la sombra de su bandera.

En tales partidos la *política de grupos* no puede subsistir: bien pronto se traduce en disidencia declarada y ésta, á su vez, en separación y alejamiento irremediabiles.

Excepciones á un lado, es evidente que la disciplina política no peca de extremada en los días que corren. Los partidos dan pruebas inconcusas de abundar en *sentido democrático*: en ellos las *masas* se imponen y la victoria se decide, casi siempre, en pro de los *hábiles*, casi nunca en pro de los *justos*.

Lucha de grupos, política de pasiones y audacias: el cinismo imperando, las convicciones oscurecidas; muchos hombres, ninguna idea.

## V

*Efectos de la política de partido falseada.—Los partidos políticos, elemento esencial del sistema representativo.—Cómo entiendo yo este sistema.—Consideraciones.*

Los defectos que consigo lleva la política de partido no son tales, en realidad, que deban señalarse como un mal de curación imposible. Obsérvese que, cuando de ellos se trata, no se busca el remedio que lo mitigue ó extinga, sino que, por lo contrario, píntanse con los más oscuros colores, para sacar en consecuencia que los partidos, cual la forma poética, están llamados á desaparecer. Y, siendo el sistema representativo aquel en que de mejor modo se desenvuelven, reniégase de él y se predice su extinción cercana.

...Que, resultado de la política de partido, se falsea la vida de los Parlamentos, en los cuales no radica, por lo general, la verdadera representación del país, y suelen ser producto de artificiosos procedimientos practicados por la mano hábil y experta de despreocupados Ministros, más cuidadosos de aumentar el séquito de sus amigos que de contribuir á la pureza de las costumbres electorales; que, resultado de la política de partido, los Poderes públicos, faltos de la necesaria independencia, y obedientes y sometidos á la voluntad de los Gobiernos, pierden en dignidad lo que ganan en vasallaje; que, en fin, resultado de la política de partido, erígese la inmoralidad en sistema y la corrupción en culto, y se olvidan los intereses de la Nación por atender á otros de más limitada trascendencia...

Verdades son, en muchos casos, evidentes, tan evidentes como dolorosas, que demuestran, no las imperfecciones de la indicada política, sino los funestísimos efectos de que los partidos, abandonados á sus ambiciones, sin otra sanción que la de sus conciencias respectivas, por lo común sobrado indulgentes, conviértanse en descaradas facciones. Peligro que conviene prever y evitar por medio de la valiosa coopera-

ción de todos. Y bueno será, de paso, contribuir á que los partidos existentes se transformen en el sentido de ser *más sociales*, y á que la opinión sea *más política*. Así lo reclaman de consuno los problemas de índole social que hoy preocupan hondamente á estadistas y publicistas y el progreso que, sin duda, revela el planteamiento, en las leyes, de las libertades públicas alcanzadas.

Los partidos políticos, en mi sentir, son elemento esencial del régimen representativo. No opina de esta suerte, entre otros, el catedrático Sr. Posada, y confieso que no ha logrado convencerme ninguna de las razones por él aducidas:—no cabe—dice—calcular lo que, como resultado exterior y formal, puede dar de sí el mencionado sistema; la contraposición permanente de fuerzas que suponen los partidos no es indispensable para el Estado, que debe aspirar á ser, por movimiento espontáneo de la opinión, más bien un organismo que un mecanismo; entrañan los partidos esenciales é inevitables defectos y peligros de carácter moral en la vida política que contradicen el régimen que ellos mismos tratan de condicionar.—

Al problema de la *representación* suele atribuírsele, como causa inmediata, la necesidad sentida por el Estado, para el ejercicio de sus funciones, de valerse ó servirse de personas—individuales y sociales—en quienes encarne y se materialice. Bien sea expresa ó tácita, directa ó indirecta, tiene por base el consentimiento de la Nación. La Nación es, con el Estado, el *elemento representable*. En la imposibilidad de que participen todos los ciudadanos conjunta y directamente de la *vida oficial*, *delegan* en algunos para que lo hagan en nombre de todos. Y, así, adquiere el Estado *realidad física* y sus representantes son los de la Nación á un tiempo. Los funcionarios públicos, pues, ni más ni menos que los diputados, ostentan esa *representación doble*, si bien, por no mediar la elección en los comicios, no se vea con la propia claridad respecto de los primeros que de los segundos.

El Estado es un *organismo*: sus *órganos* son los Poderes en que su soberanía se reparte, obediente á la ley económica de la división del trabajo. La *soberanía del Estado* no es otra

cosa que la *representación* de la *soberanía nacional*; para ejercerla requiérese la conformidad de los ciudadanos. Y esta conformidad tiene su expresión más solemne en los partidos políticos, que, avivando el espíritu público, decaído y perezoso á veces, mueven su interés, estimulan su entusiasmo y le inducen á *emitir opinión*. El triunfo de las ideas depende en muchas ocasiones de la *organización* que se les da. Todo pueblo, cuando interviene en las luchas electorales, no debe olvidarlo. *Organizar*, en política, equivale á *unir*, y si la unión hace la fuerza, la fuerza, moral ó material, decide la victoria. Hé ahí la acción de los partidos, mediante los cuales las ideas adquieren *precisión* y *consistencia* no fáciles de adquirir de otra suerte. Las muchedumbres no saben concretar sus aspiraciones: los partidos, en cambio, son los especialmente obligados á hacerlo.

Cierto que el Estado no ha menester de los partidos políticos: la historia lo acredita. Pero no sé yo que se conociese y practicara entonces el sistema representativo. Si aceptamos el principio del *self-government*, hemos de aceptar, como indispensable, la existencia de los partidos, aspectos parciales de la opinión pública organizada; si no, tendremos, asimismo, que rechazar la doctrina de la representación. Y, lógicamente, se supondrá que el Estado, por recibir, sin duda, inspiraciones del cielo, no debe aceptarlas de la nación en que se asienta.

Es, también, innegable que los defectos inherentes á los Gobiernos de partido trascienden al régimen implantado. Las instituciones, los sistemas de organización social y política, encarnan en seres reales, en hombres, y no se puede evitar que los defectos y vicios de éstos se reflejen en aquéllos. Si así no fuese, todo régimen político pudiera igualmente aceptarse, que ninguno, en puridad, es malo por completo.—Los partidos ponen de relieve ante el país los inconvenientes y las ventajas del sistema imperante, defendido por unos y combatido por otros; fórmase, de tal suerte, la opinión pública y depiértanse en ella convicciones más ó menos duraderas, pero convicciones, al fin y al cabo, que suelen traducirse en actos, á veces decisivos, ya en pro, ya en con-

tra, de una política determinada. En este respecto la acción de los partidos paréceme sobrado provechosa. El régimen representativo, falto de partidos que lucharan, no pareciera tal: el silencio de la Nación no indica siempre asentimiento ó conformidad; más bien es signo de indiferencia ó demostración de abatimiento.

## VI

*Rápida ojeada sobre los partidos actuales.—Consideración especial de los partidos socialistas.—Las cuestiones sociales, base de la política del porvenir.*

Por lo que respecta al estado de los partidos actuales, añadiré: que, en Inglaterra, circunstancias de todas sabidas han puesto un límite á la significación histórica de *whigs* y *torys*, tendencias en que desde 1641 venía el régimen político descansando, cada una de las cuales, en nuestros tiempos, ha perdido su antigua cohesión, pues mientras las huestes conservadoras se han aumentado con los liberales de Chamberlain y Goschen, los liberales, á cuyo lado figura el *labour party*, divídense en *radicales*, *gladstonianos* y *unionistas*, estos últimos, á su vez, agrupación de conservadores y liberales disidentes; que, en los Estados Unidos, dos fueron, después de terminada la guerra de la independencia, las grandes fracciones políticas existentes—*federal* y *republicana*,—menos numerosa, pero con más prestigio, la primera, que contaba en sus filas muchos hombres ilustres, muchas personalidades que tuvieron participación en dicha guerra, y apoyada la segunda por Tomás Jefferson, más tarde Presidente; y que en la actualidad, al lado de partidos como los *prohibicionistas*, *greembackers* y otros, principalmente sobresalen el *republicano*, continuador en cierto modo del primitivo *federalista*, y el *demócrata*, heredero más ó menos remoto del primitivo republicano, distinguiéndose todos por su admirable organización, que contribuyen á mantener los *politicians*, muy útiles y numerosos en aquel país; que en Alemania, especial-

mente, márcanse, con anterioridad á la constitución del imperio, los partidos *conservador*, *progresista* y *liberal nacional*, y, con posterioridad, aparte de los antiguos, los llamados *territoriales de protesta* (daneses, alsacianos, polacos y loreneses) y los nuevos, *socialistas* y *centro católico*; que en Bélgica la opinión está representada por *conservadores*, *liberales*, *católicos*, *radicales* y *socialistas*; que en Austria, diferencias de territorio mantienen variedad de partidos; que en Francia observamos dos tendencias—*radical* y *oportunist*a—y, fuera de la órbita legal, excepción de los *socialistas*, de creciente arraigo, ofrecen los grupos que existen—*imperialista* y *monárquico*—muy relativo interés; que en Italia todas las fracciones políticas defienden la libertad, la dinastía de Saboya, las ideas modernas, y que los *clericales*, únicos intransigentes, deseosos de restituir Roma al Sumo Pontífice y de restablecer el antiguo régimen, no ostentan representación parlamentaria ni gozan de grande autoridad.

La historia de los partidos políticos españoles ofrece interesante variedad: *moderados* y *progresistas* alternan en el Gobierno desde 1833 á 1856; de *unión liberal* y *moderados*, hasta la revolución de 1868; en 1869 ejercen unidos el poder *demócratas*, de *unión liberal* y *progresistas*; *radicales* y *constitucionales* se suceden durante la corta monarquía de don Amadeo, Rey que, abdicando del trono, precipita á la Nación en la anarquía de una república tan fugaz como funesta; de nuevo en 1874 gobiernan los *constitucionales*; y, por fin, hasta el día han venido turnando *conservadores* y *liberales*, llamados éstos *fusionistas* desde que acrecentara su núcleo el ingreso de antiguos demócratas. *Carlistas* y *republicanos*, fuera del régimen imperante, completan el número de partidos que hoy tienen representación en el Parlamento, y en ellos parece estar vinculada la política de oposición perpetua.

También, cual en otras naciones, adviértese en la nuestra la organización de partidos socialistas, no tan numerosos y compactos, es verdad, que alcancen aún en los comicios mayores éxitos que los dudosamente gloriosos de la derrota. Fáltales, en general, cultura y fijeza; son agrupaciones que, salvo alguna honrosa excepción, no cuentan sino medianías

ambiciosas y nulidades alucinadas, y no exponen ideales definidos y concretos. De todas suertes, existe la tendencia, y no se debe incurrir en la vulgaridad de despreciarla: que algo significa, sin duda, el hecho de coincidir la formación de tales partidos con la disminución, más acentuada de día en día, del interés consagrado á las cuestiones exclusivamente políticas.—De una parte, el escepticismo que nos domina; de otra, el socialismo que nos amenaza.

Con efecto, los problemas *de forma*, á pesar de ese escepticismo, y aún en países, como Alemania, que todavía tienen algo que adelantar, si no mucho, en el orden político, vanse poco á poco relegando al olvido, supremo límite de la indiferencia, y á la vez pugnan por abrirse paso los problemas *de fondo*, que son en verdad los trascendentales. No se preocupa dicha nación, por ejemplo, de modificar la forma política en que vive, ni hay allí partidarios de otra diferente, y con todo, atraen las cuestiones sociales de tal suerte su atención, que no la igualan otros países de mayor progreso político, en cuyas Cámaras no han logrado tener participación los partidos que pretenden representar el movimiento socialista de la época.

¿Será, pues, el camino que tal movimiento marque el que deban seguir los partidos políticos? ¡Quién sabe! Para mí tengo que no puede ser otro ninguno, dadas las modernas corrientes y atendidas las necesidades modernas de los pueblos, y quizá el propio escepticismo que lamentamos no distara de encontrar sólido fundamento en la experiencia de que la política hoy en general practicada es en absoluto estéril para llevarnos á la realidad que se desea. Á conseguirlo es bien que por honrados medios diríjense los esfuerzos de la opinión pública y de sus legítimos representantes los partidos, para lo cual repetiré que, á mi juicio, se impone como necesaria una transformación completa en el respectivo modo de ser de aquélla y éstos, convenciéndose, ante todo, las naciones de que, así como el escepticismo religioso no conduce al cielo, el escepticismo político no conduce á la felicidad, que es la esperanza de los hombres en la tierra.

## CONCLUSIÓN

¿Dónde hallar el remedio? ¿Cómo evitar que se falsee la política de partido y se burlen los intereses de la opinión?

Lo uno y lo otro no creo yo que deba buscarse lejos de la organización parlamentaria, reducida por ahora á límites demasiado estrechos y, por consiguiente, ineficaces.

En la vida de los Parlamentos refléjanse los vicios todos de los partidos gobernantes, que nada atentos á cumplir su misión educadora cerca de la opinión pública, y más cuidados que de ésta de sí propios, no representan, en puridad, sino sus exclusivos intereses, acaso no siempre compatibles con los verdaderamente nacionales.

El problema de la representación política consta de dos términos: *opinión* y *partidos*; y no puede olvidarse ninguno de los dos sin menoscabo de la pureza del régimen.

Siendo la opinión elemento de *naturaleza social* y debiendo ser los partidos sus representantes autorizados, ¿por qué no constituir las Cámaras legislativas sobre la base de la *representación social*?

El *mandato imperativo* no es admisible, porque destruye la iniciativa parlamentaria y convierte á los diputados en procuradores de determinadas personas, no teniendo, pues, en cuenta sino intereses de localidad.

El *referendum* ó aprobación de las leyes por el pueblo paréceme harto impracticable, dígame en su pro lo que se quiera, en la generalidad de los países, porque supone un grado de cultura y de reflexión en las muchedumbres—más *sensibles* que *pensadoras*—de que no suelen, por desgacia, dar pruebas.

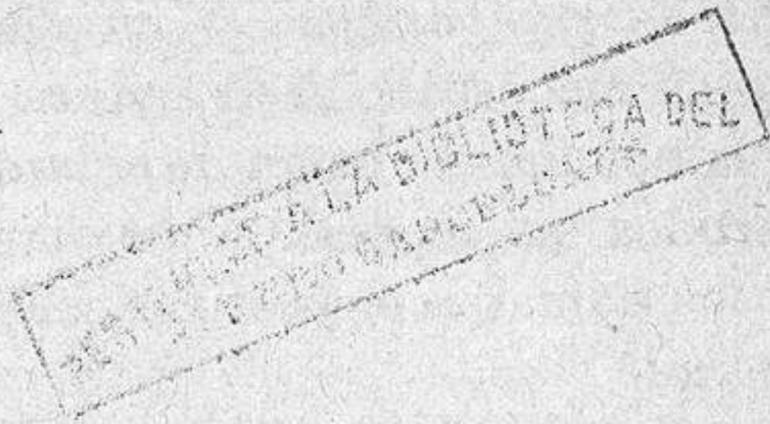
La *representación social*, en cambio, sería un dique puesto á las influencias oficiales en los comicios, un medio seguro de mantener la verdad del sufragio y, sobre todo, de reflejar ante el Estado y los Gobiernos las tendencias *jurídicas, económicas, religiosas y científicas* del país, significadas en el Parlamento por diputados que debieran su elección al voto de *clases, de órdenes*, no de individualidades más ó menos

impulsadas por propias convicciones ó por ajenas solicitudes.

Que hay para ello obstáculos, no es posible desconocerlo: toda obra, todo progreso lucha con dificultades. Mas no cabe, tampoco, desconocer que, si los partidos han de ser aspectos de la opinión y la opinión ha de estar atendida, esto sólo ha de alcanzarse con un régimen político que dé cabida á todos los elementos sociales, á todas las manifestaciones de la vida social.

Ellos forman la *verdadera opinión* é inspiran á los *verdaderos partidos*.

ADOLFO PONS Y UMBERT.





# ESTUDIO HISTÓRICO DE AVILA Y SU TERRITORIO

DESDE SU REPOBLACIÓN  
HASTA LA MUERTE DE SANTA TERESA DE JESÚS (1)

---

## CAPÍTULO VIII

*Minoría de Alfonso VIII.—Ávila resguarda al Rey con gran lealtad. — Proezas de los hermanos Sancho y Gómez.— Sale Alfonso VIII de Ávila para recobrar los territorios que le retenían los Castros y el Rey de León.—Le acompañan los avileses.—Los de Salamanca se sublevan contra el leonés y les ayudan los de Ávila.—Sus resultados.—Alfonso VIII ratifica los límites entre Ávila y Segovia.—Batalla de Alarcos.— La batalla de las Navas.*

Hemos visto que en el breve reinado de Sancho III el Deseado, los avileses aumentaron con sus victorias el renombre de su valor, y en tanto que ellos combatían en las regiones meridionales de la Península, la ciudad de Ávila sufría los rigores de una gran epidemia que mermó considerablemente su población.

Sucedió al difunto monarca su hijo Alfonso VIII, que

---

(1) Véase la pág. 503 de este tomo.

apenas contaba tres años de edad, y cuya minoría fué de las más turbulentas que registra la historia. Los Castros y los Laras, dos familias tan enemigas como poderosas é influyentes en Castilla, aspiraban á la regencia, que Sancho III había encomendado á D. Gutierre Fernández de Castro, nombrándole ayo y tutor del Rey niño, si bien le encargó que no quitase á nadie sus cargos y honores hasta que Alfonso llegara á la mayor edad; D. Manrique de Lara, que no podía sufrir que ejerciese el gobierno otro que no fuera él, sublevó á toda su familia contra su rival, y el reino castellano se halló dividido en dos bandos que produjeron lamentables agitaciones. El de Lara encontró medio de apoderarse de la regencia y, logrado su ambicioso deseo, persiguió á todos los Castros, quitándoles sus empleos y honores.

Pero los sobrinos de D. Gutierre, para sostener la rivalidad contra los Laras, buscaron el apoyo del monarca leonés que, creyendo acabar con tanto disturbio, entró en Castilla para obligar á los Laras á que le entregaran á Alfonso. Se retiraron á Soria con el Rey los poderosos Laras, ofreciendo entregársele al de León mediante ciertas garantías, y, habiendo acudido allí Fernando II, cuando iban á presentar su pequeño soberano á su tío el leonés, empezó á llorar y á pretexto de acallarle, le volvieron á su palacio, de donde le sacó con gran sigilo, escondiéndole debajo de su capa, don Pedro Núñez de Fuente-Almexir y le condujo á San Esteban de Gormaz y de allí le trasportó á Atienza y después á Ávila. Indignado el Rey de León, cuando supo la desaparición de su sobrino (1160), se vengó apoderándose de las plazas más importantes de Castilla, mientras que el Rey de Navarra, aprovechando los disturbios que agitaban la monarquía castellana, tomaba y fortificaba varias poblaciones de la Rioja, aunque tuvo luego que abandonarlas por la poca adhesión de los naturales y los esfuerzos de los que se conservaban fieles al niño Alfonso, principalmente los leales caballeros de Ávila (1).

(1) Véase la *Historia general de España*, por D. Modesto Lafuente.—Barcelona, 1883, folio, tomo I, parte 2.<sup>a</sup>, lib. II, cap. X, pág. 356.

Colmenares dice que desde Atienza fué llevado Alfonso á Segovia (1), donde en la última semana de Marzo, año 1161, concedió á aquella iglesia y su Obispo D. Guillelmo un privilegio con grandes franquicias, del que se guardan copias en el archivo catedral. El cronista segoviano le inserta íntegro (cap. XVII, § V), y por él vemos que entre los que confirman figura Sancho, Obispo de Ávila (*Sancius Avilensis Eps.*). En el párrafo VII del citado capítulo añade Colmenares estas significativas palabras: «Nuestras historias dicen que el Rey fué llevado á Ávila, que le guardó y defendió con lealtad muy digna de memoria», con lo cual parece que no lo afirma como cosa por él averiguada.

Durante la minoría de Alfonso VIII los dos hermanos avileses Sancho y Gómez, que tanto se habían distinguido guerreando contra los moros en el anterior reinado, hicieron no menos proezas por los campos de Extremadura. En Siete Vados dispersaron las huestes de Omar y Fadalla, hijos de Abenhalax, Rey de Mérida, y les arrebataron la presa que se llevaban de la comarca de Plasencia; del país de la Serena, ocupado por moros, trajeron rico botín y rebaños, y después de salir vencedores en veinticinco combates, sucumbieron el uno el año de 1174 en batalla, y el otro de dolencia, y fueron sepultados en la parroquia de Santiago; pero desaparecieron sin duda sus sepulcros en la reedificación de la iglesia, hecha hacia los comienzos del siglo XVI.

Los tutores del pequeño Alfonso no habían encontrado lugar más seguro para criarle que la ciudad de Ávila, y allí permaneció custodiado por una guardia de 150 caballeros de la misma, hasta que, declarándose mayor de edad antes de tiempo, á mediados del año 1166, salió de aquella leal ciudad, acompañado de los 150 caballeros que tenía para que le guardaran, y resolvió recobrar Toledo, que detenían en su poder los Castros; para lograrlo, meditó D. Nuño de Lara una sorpresa é introducir en la ciudad al niño Rey (el cual, aunque no alcanzaba la edad que su padre había señalado

---

(1) En su celebrada *Historia*, cap. XVII, trae dos párrafos, titulado el uno: *Sus tutorías y asistencia en Segovia* y el otro: *Donaciones á su Obispo y ciudad.*

para que gobernase por sí, desde que entre en Toledo obrará ya más como monarca que como pupilo, con gran contento de sus pueblos). Se entendió el de Lara secretamente con D. Esteban Illán, caballero toledano que se mantenía fiel á Castilla, y concertaron que se adelantara D. Nuño con el Rey hasta Maqueda, y aquí se encontraba por el mes de Agosto, cuando hizo donación á la ciudad de Segovia del castillo y villa de Olmos (1), según consta del privilegio rodado que les otorgó, hecho en presencia del concejo de Ávila y el de Maqueda, que estaban con él en aquella ocasión. Salió D. Esteban Illán de Toledo á recibir á Alfonso VIII, y aquella misma noche le entró secretamente en la ciudad y en la torre de San Román, y cuando más desprevenidos estaban todos, enarboló en ella el estandarte real y comenzó á gritar: *¡Toledo, Toledo por el Rey de Castilla!* Estas voces sobresaltaron á Fernán Ruiz de Castro, y cuando se apercibió de la novedad ocurrida, intentó apoderarse de la torre, pero desistió al ver que casi todos los ciudadanos se unían bajo la enseña castellana y huyó de Toledo, refugiándose en tierra de moros.

Este atrevido golpe decidió el triunfo de los Laras; sin embargo, les costó gran trabajo apoderarse del castillo de Zorita, situado sobre el Tajo, cuyo gobernador, D. Lope de Arenas, le tenía á nombre de los Castros, y no hubieran entrado en él tan pronto los defensores del Rey Alfonso á no ser porque un criado del gobernador, de acuerdo con los Laras, le asesinó dentro de su propio castillo.

Acompañaron los 150 caballeros avileses á Alfonso VIII en la expedición que hizo para recobrar algunas plazas que estaban en poder de su tío el leonés, y en 1169 pasó á Burgos, donde se convocaron Cortes, y en ellas se trató de encomendarle el gobierno de sus reinos y darle una esposa que

---

(1) Colmenares trae íntegro este documento en su *Historia de Segovia* (cap. XVII, § VIII), y luego dice refiriéndose á la expedición que el Rey hizo para recobrar á Toledo: «En esta guerra le servían nuestros ciudadanos, y le habían hecho algún servicio grande, en cuyo galardón les dió el castillo y villa de Olmos, con asiento de que le habían de servir otros dos meses; seis semanas en un lugar y quince días en otro, á voluntad del Rey, como expresa en la donación; indicio de cómo procedían aquellos Reyes con sus vasallos».

lo sería D.<sup>a</sup> Leonor, hija del Rey de Inglaterra. Concertadas las bodas, determinó el joven Alfonso pasar á los estados del aragonés á esperar á su futura consorte; vino á Sahagún Alfonso II de Aragón, y allí hicieron alianza, terminando las desavenencias que por cuestión de límites había entre los dos soberanos, que luego marcharon juntos á Zaragoza, celebrándose las bodas en Tarazona (Setiembre de 1170), asistiendo á ellas el monarca de Aragón con muchos magnates y caballeros de uno y otro reino. Terminadas las fiestas, volvieron los castellanos á Burgos, y el Rey entró de lleno en el ejercicio de su autoridad, y agradecido á la lealtad con que le habían servido los avilese, los licenció, otorgándoles muchas mercedes para ellos y sus casas y grandes franquicias para la población.

El año 1170 los de Salamanca se rebelaron contra Fernando II para vengar los agravios que les irrogó con la fundación de Ciudad-Rodrigo, y acaso por el deseo de fomentar disturbios al leonés ó por afinidad de intereses y sentimientos se unieron con los salmantinos los avilese; pero se observa que mientras en Salamanca, según afirma el Arzobispo D. Rodrigo, el movimiento brotó de la plebe y lo sofocó la gente principal, en Ávila fué secundado particularmente por los aristócratas en oposición al pueblo. Avilés se cree que era aquel famoso caballero serrano llamado Nuño Ravia, á quien varios historiadores hacen aparecer distinguiéndose en la toma de Cuenca (1), y no eran de menor calidad que él los que de Ávila salieron en apoyo de los salmantinos. Según lo cuenta el Tudense, parece que fueron los de Salamanca los que escogieron por caudillo, *por Rey* á cierto Nuño Serrano, confundiendo el *Serranum* con *sarracenum*, dijeron González Dávila y los que le siguen que Nuño era moro. D. Lucas de Tuy, historiador del suceso, no le da el apellido Ravia que le ponen Mariana y los que le siguieron (2).

(1) Nuño Ravia no pudo asistir á la toma de Cuenca, ocurrida en 1177. porque el levantamiento que él acaudillaba fué de 1170 á 1174, y vencido por el leonés, Nuño expió en un suplicio su temeridad.

(2) El P. Mariana, en su *Historia general de España*, libro XV, refiriéndose al alzamiento de los de Salamanca, dice que «aprovechando que el Rey

Los confederados desplegaron banderas de rebelión, y temiendo el Rey que cundiera el alzamiento, salió á su encuentro y trabaron combaten con las huestes de Fernando II en los campos de Valmuza. Inútil fué que, consultada la dirección del viento, pegasen fuego á un monte para que el humo diera en los ojos á los leoneses, porque cambió de repente el viento, envolviendo en sofocantes torbellinos á los autores de la estratagema, y aprovechando el monarca la confusión que esto produjo, les acometió y desbarató fácilmente, y cogiendo vivo á Nuño, expió en el suplicio su temeridad, sometiéndose Salamanca al vencedor.

El P. Luis Ariz dice que la puerta por donde habían salido de la ciudad Nuño Ravia y sus compañeros, que tan desgraciado fin tuvieron en Valmuza, se cerró, y que desde entonces se llamó puerta de la Mala Ventura; pero Martín Carramolino sostiene que el cierre de la puerta mencionada y el nombre que lleva no data de este hecho, sino de haber sido aquél el lugar por donde salieron los rehenes que Ávila dió á Alfonso el Batallador y que tuvieron el trágico fin que cuentan las antiguas crónicas abulenses (1).

Sintió Ávila la pronta sumisión de los salamanquinos, y aún más el que no mostraran sentimiento por los muertos y pérdidas habidas por su causa. Renació la guerra entre las dos ciudades con encarnizamiento, y los avileses, á cuyo frente se pusieron Nuño Mateos, su hermano Gonzalo Mateos, Blasco Muñoz y otros, entraron por tierra de Salamanca y Alba, cogiendo la enseña de Fernán Hernández de Vergara, que ostentaron largo tiempo en la parroquia de

---

estaba sofocando las revueltas promovidas por los leoneses, y descontentos de sus nuevas imposiciones, se levantaron contra él, y á su frente Nuño Ravia, que fué elegido capitán. Los de Ávila, con quien tenían antigua amistad, aviados de todo el negocio, les enviaron ayuda; el Rey D. Fernando, porque el mal no cudiese, acudió luego á sofocar estos alborotos, y juntándose, se dió la batalla junto á Valdemuza, en que fueron vencidos y desbaratados los rebeldes, preso y ajusticiado su capitán y vueltos á la obediencia los sublevados».

(1) D. Vicente de la Fuente, en la contienda que sostuvo con el Sr. Carramolino acerca de las *Hervencias de Avila*, dice, con su acostumbrado desenfado, que lo de cerrar la puerta de la *Mala Ventura* nada prueba, pues si estaba ruinoso y se hundi6, cogiendo á algún vecino, habría que tapiarla por ser inútil y de difícil defensa, y que así hay otras en todas las plazas.

Santiago; pero en otra escaramuza pereció Gonzalo Mateos y los de Salamanca le enterraron al pie del castillo de Peña del Rey, de donde más adelante lograron los suyos llevarse sus despojos. Hasta que el 2 de Febrero de 1183 se acordó la paz en Párdinas, interviniendo por parte del Rey de Castilla el Arzobispo de Toledo y el Obispo de Ávila, y por la del Rey de León el Arzobispo de Santiago y Pedro Obispo de Ciudad-Rodrigo.

Entre tanto, Alfonso VIII arreglaba los asuntos de su reino, confirmaba los privilegios que sus antecesores habían concedido y daba otros nuevos. El año 1168 confirmó el fuero que el Obispo de Burgos, D. Pedro, había otorgado á los pobladores de Madrigal, y estando en Ávila el 15 de Abril de 1175 el Obispo de esta ciudad, consiguió que el monarca castellano le rectificase la posesión de las tercias sobre los tributos, y para él y sus clérigos la facultad de enriquecer con donativos la catedral, á pesar de las restricciones impuestas á la amortización.

La orden militar de Santiago, que hacía poco se había fundado, contó entre sus primeros caballeros algunos de los más principales y ricos de Ávila, que recibieron el hábito en 12 de Mayo de 1172 y dieron la obediencia al maestre D. Pedro Fernández y sus sucesores, según lo refiere González Dávila, que tomó esta noticia del libro del licenciado Diego de la Mota, titulado *Origen del Orden y cavallería de Santiago* (lib. I. cap. VIII). Carramolino dice que en 1171, reunidos en Ávila los primeros caballeros de la naciente orden religiosa y militar de Santiago, fundaron en ella su casa convento, bajo la advocación de San Mateo, celebrando capítulo en el que se afiliaron forasteros y muchos avileses.

Después que Alfonso VIII recuperó las plazas que le había usurpado durante su minoría el Rey de Navarra, volvió las armas contra los moros y determinó apoderarse de Cuenca, ciudad fuerte por su posición topográfica, y cuyos habitantes estragaban las comarcas fronterizas. Ni el gran número de sarracenos que la defendían ni los rigores del invierno hicieron desistir al monarca castellano de aquella empresa que durante nueve meses sostuvo, hasta que los sitia-

dos, no pudiendo resistir más y sabiendo que había fracasado el auxilio que les llevaba el jefe de los almohades, entregaron la ciudad el 21 de Setiembre de 1177.

En el sitio de Cuenca estuvieron las huestes avilesas acudidas por Nuño Dávila y concurrieron también las segovianas. Colmenares dice, refiriéndose á la toma de esta plaza, que «los capitanes y gente de Segovia y Ávila quedaron en defensa de su primera conquista...»

D. Martín Carramolino, siguiendo al P. Ariz, (1) afirma que en el sitio de Cuenca mandaba también las milicias de Ávila el famoso Nuño Ravia que, como á su tiempo dijimos, capitaneó á los salamanquinos y avileses vencidos por el Rey de León en Valmuza el año 1170; ahora bien, se recordará que cayó prisionero de Fernando II, y que pagó con la vida su temeridad, de manera que si este Nuño Rabia ó Ravia, como escriben otros, es el mismo Nuño Serrano de que habla el Tudense, no pudo asistir al cerco de la ciudad mencionada, que ocurrió en 1177, porque hacía ya siete años que estaba ajusticiado tan revoltoso caudillo.

Entregada Cuenca, no pudieron resistir Alarcón, Inhiesta y otras fortalezas que guarnecían los musulmanes, cayendo todas ellas en poder del castellano, que las pobló con gentes de la Extremadura. El oportuno y eficaz socorro que el monarca de Aragón prestó al intrépido Alfonso VIII fué recompensado por éste alzándole el feudo á que estaba obligado aquel reino desde tiempo de su abuelo el Emperador.

El Papa Alejandro III dirigió á Sancho, Obispo de Ávila, una bula en 1180, reconociéndole plena jurisdicción sobre las iglesias y monasterios de la diócesis, sin que pudiera nadie limitarla por patronatos. De 1181 á 1183 hubo en Ávila graves quejas por el proceder de su prelado Domingo Blasco, y se movió un reñido pleito entre él y la ciudad, porque habiendo ésta, al tiempo de su repoblación, concedido á cada parroquia algunas limosnas para atender á su fábrica, y en particular á la de San Salvador, la catedral, este Obispo

---

(1) Ariz, *Historia de las grandezas de Ávila*, parte 3.<sup>a</sup>, §. 2.<sup>o</sup>, y Carramolino, *Historia de Ávila*, tomo II, cap. XII, pág. 32.

quería efectuar con violencia su cobro, como si la concesión hubiera sido perpetua; pretendía además despojar al pueblo y parroquias del derecho que habían gozado siempre de presentar los clérigos para el servicio de las iglesias, y también quería, entre otras cosas, extender la influencia que tenía en la elección que de alcalde hacía anualmente el concejo. Llevóse la causa á Roma, y el Papa Lucio III encargó su decisión á los Arzobispos de Toledo y Santiago y á los Obispos de Segovia y Sigüenza, que, averiguado lo ocurrido, dieron sentencia en 1185, aunque no se sabe si siguió el remedio de los males á que dió lugar la conducta del prelado abulense. De este mismo año (1185) hay una bula pontificia, citada por Quadrado, dirigida á los Obispos de Ávila y Zamora sobre cierta judía convertida que yendo en peregrinación á Santiago se encontró en el camino un mercader llamado Pedro, que la hizo tornar sarracena para venderla en seguida á otro mercader, y manda sea castigado el delito y restituída la mujer á la fe cristiana.

Mientras los comisionados apostólicos administraban justicia en el pleito de la ciudad de Ávila con su Obispo Domingo Blasco, Alfonso VIII ratificaba la división de los términos entre Segovia y Ávila, división que era muy debatida, pues ya Alfonso VII el Emperador había deslindado y demarcado por sí mismo aquellos confines; pero la división debió ser muy empeñada por querer Ávila el campo Azálvaro que á todo trance quiso hacer propiedad suya, porque según dice D. Carlos de Lecea y García (1), es una soberbia dehesa de abundantes pastos, con muchos miles de hectáreas de cabida, convertidas hoy en magníficos cotos redondos, granjas y caseríos de propiedad particular, á virtud de las leyes desamortizadoras; este campo fué siempre codiciada aspiración de la ciudad de Ávila, pero el octavo Alfonso, en 7 de Febrero de 1184, ratificó la división que de antiguo estaba hecha por

(1) *La Comunidad y tierra de Segovia. Estudio histórico-legal acerca de su origen, extensión, propiedades, derechos y estado presente*, por D. Carlos de Lecea y García. Segovia, 1894, un volumen en 4.º

Véase el cap. XI, pág. 196, y puede examinarse también el cap. II, donde trata del pleito entre Avila y Segovia por la división de sus términos.

el mismo Emperador en persona, que *asistió al acto de poner los hitos y mojones* en la vasta extensión de leguas que se detalla en el original privilegio, en el cual se leen bien claras y terminantes las siguientes palabras: «Yo D. Alfonso, por la gracia de Dios Rey y Señor de Castilla y Extremadura (1), apruebo y confirmo y concedo que sea permanente á vos el Concejo de Segovia, mis vasallos fieles, presentes y venideros, *aquel Privilegio que el Emperador Alfonso, mi Abuelo, os hizo de los mojones que él mismo, entre vuestro término y el de Ávila, fijó y señaló, habiendo andado en ello con sus pies, después del pleito hecho entre vosotros y Ávila*».

Grande era la necesidad que en aquel entonces tenía el poder real del auxilio de los pueblos leales y resueltos, cual Avila y Segovia, cuando los monarcas por sí mismos descendían, después de avenirles y dirimir sus querellas, al hecho material de deslindar los terrenos litigados, porque comprendían la conveniencia de que no sostuvieran rivalidades que pudiesen perjudicar el progreso de la reconquista. Terminaron con esto, al menos por aquel tiempo, las discordias que los Concejos de Avila y Segovia habían tenido por cuestión de límites de sus respectivas tierras, pero dentro de la primera ciudad seguían las desavenencias entre los caballeros de uno y otro bando; unos trescientos del partido más débil salieron de Avila y se fueron á Andalucía y Extremadura, y cuando Alfonso VIII guerreaba en 1186 con los moros de Sevilla y Badajoz, los avileses se distinguieron por su bravura y algunas poblaciones de aquellas comarcas les debieron los primeros destellos de libertad de que gozaron antes de emanciparse de los sarracenos.

Prescindiendo de la narración de otros sucesos que pertenecen sólo á la historia general de España, referiremos que el Papa Clemente III, para concordar á los Obispos de Palencia y Segovia, que venían sosteniendo un largo pleito sobre la jurisdicción de Portillo, delegó, según dice Colmena-

---

(1) Este privilegio y los demás que los Reyes confirmaron á Segovia, redactados en el latín usual de aquellos tiempos, fueron puestos en castellano en 1665 por la Secretaría de la Interpretación de Lenguas.

res (cap. XVIII, § VII) á D. Martín López de Pisuerga, Obispo de Sigüenza, á Rodrigo, Arcediano de Briviesca en la iglesia de Burgos, y á Juan, Arcediano de Avila, que juntos en Palencia en 16 de Marzo de 1190 lograron que terminaran los pleitos y se hiciera una concordia cuya copia trae el cronista segoviano, y por ella vemos que el Arcediano de Avila firma: *Ego Joannes Albulensis Archidiaconus in causa ista delegatus iudex, subscribo, et conf.* Hízose esta concordia en presencia del Rey, que al día siguiente confirmó al Obispo y Cabildo de la iglesia de Segovia todas las donaciones que les habían hecho su padre y su abuelo el Emperador.

Quiso Alfonso VIII que los musulimes conocieran todo el valor de las huestes castellanas é hizo una atrevida excursión á Andalucía, llegando hasta Algeciras, desde donde desafió á Yacub-ben-Yusuf, jefe de los almohades, que tenía su corte en Marruecos. Proclamó este caudillo la guerra santa y contestó á la excitación del Rey de Castilla desembarcando en la Península al frente de un ejército formidable, reunido con tanta rapidez que los otros Reyes cristianos, con cuya alianza contaba Alfonso VIII, no tuvieron tiempo de incorporarse el ejército de éste, el cual, no pudiendo resistir el ímpetu de los nuevos invasores, se vió precisado á aceptar la batalla de Alarcos (1195), en la que fué completamente derrotado.

El Cronicón conimbricense 3.<sup>o</sup>, que publicó el P. Flórez en su *España Sagrada*, tomo XXIII, fol. 333, dice que en esta batalla murieron los Obispos de Segovia, Ávila y León; las huestes avilesas iban dirigidas por Nuño Ibáñez Dávila, que llevaba la bandera del Concejo, y en aquella ocasión murieron lo mejor de Segovia y Ávila y otros pueblos de esta Extremadura, por asistir á su Rey, que recibió graves heridas, retirándose á Toledo con los restos de su ejército.

El vencedor avanzó resuelto hacia el centro de Castilla; pero no sacó el provecho que correspondía á su triunfo. Ariz (Part. 3.<sup>a</sup>, § 6.<sup>o</sup>), á quien sigue Martín Carramolino (tomo II, cap. XII, pág. 333) inspirados, en las antiguas crónicas, afirman que los moros, orgullosos llegaron á intentar embestir las inexpugnables murallas de Ávila, de lo que

se contuvieron porque estaban muy guarnecidas, y añaden que el bravo avilés D. Yagüe, hijo de Jimén Blasco, y el alférez Nuño Blásquez Dávila prestaron grandes servicios en esta ocasión, logrando ahuyentar á la morisma. De D. Yagüe se cuenta que estuvo cerrado con doce moros y mató siete, y cinco quedaron prisioneros, si bien él quedó muy herido. Lo supo el monarca castellano y delante de todos le abrazó llamándole bravo adalid avilés.

En este tiempo debió realizarse un suceso que los que le cuentan le ponen algunos años antes: seguían dentro de Ávila las discordias, el bando más débil se decidió á abandonar la ciudad y fortificarse en el Castaño, combatiendo desde allí á los de dentro; pasó en seguida al castillo de Sotalbo, tres leguas más al Poniente, y se prolongaron las correrías y escaramuzas entre unos y otros, hasta que, enterados los moros de aquellas desavenencias, llegaron y, cogiendo desprevenida la fortaleza y enfermos los más de sus moradores, los pasaron á cuchillo. Los musulmanes, en los reinados de Alfonso VII y del VIII no llegaban tan al interior en sus correrías y, de ocurrir este hecho, sería después de la rota de Alarcos, en 1196 á 1197, pues antes no llevaban los sarracenos tan adentro sus incursiones.

Los Núñez, Jofres y Abrojos por un lado y los Jiménez, Álvarez y Sombreros por otro sostuvieron frecuentes y reñidas luchas, á las que ponían de vez en cuando tregua los enlaces matrimoniales que pactaban entre individuos de uno y otro bando. Blasco Jimeno y Esteban Domingo daban su nombre y blasón á las dos cuadrillas en que estaba partida la ciudad, señaladas con el nombre de dos parroquias, la de San Juan la primera y la de San Vicente la segunda, por ser las iglesias donde se reunían. En Salamanca encontramos una división semejante en dos bandos, el de Santo Tomé y el de San Benito, conservándose estas distribuciones hasta el siglo XVII, y observándose también en el régimen y política civil y aun en los bancos del Concejo, cuyos puestos se repartían sus veinticuatro regidores. En Ávila era Alférez mayor perpetuo el Marqués de las Navas.

Al Prelado de Ávila, que murió en la batalla de Alarcos,

sucedió Diego, que acompañó á Alfonso VIII en su jornada á Peñafiel, 1196, con motivo de las disensiones que le proporcionaba el Rey Alfonso IX de León.

Este Obispo Diego, ó Jacobo según otros le llaman, hizo la dedicación de la iglesia parroquial de San Nicolás de Bari, situada en el arrabal del Mediodía de Ávila; es de orden gótico y tiene una alta torre cuadrada, y en tiempo de este Prelado se trasladó á la parroquia de Santo Domingo, que está dentro de la muralla, la antigua de San Silvestre. El Papa Inocencio III le encargó que, en unión de los Obispos de Segovia y Zamora, hiciera el examen del título de las decretales *De calumniatoribus*, á que dieron lugar las quejas del maestro-escuela de Palencia contra su Prelado.

El mismo Diego le hallamos en 3 de Enero de 1201 en Toledo, y aparece entre los que en dicha fecha confirmaron un documento de que trata Colmenares en su *Historia de Segovia*. Ésta es la última noticia que encontramos de este Prelado, que falleció en 1203. Le sucedió Benito I, en cuyo tiempo el valiente Nuño Mateos fundó la casa de canónigos premostratenses á la margen del río Grajal, al Mediodía de la ciudad, cuyos abades tenían mucha jurisdicción; en esta casa se guardaban reliquias muy preciadas, que enumera González Dávila en su *Teatro eclesiástico de la iglesia de Ávila*. La fundación se hizo con gran aparato y es una de las primeras casas conventuales que hubo en Ávila, después de la benedictina de Nuestra Señora de la Antigua. La iglesia de los Premostratenses se dedicó con el título de Sancti Spiritus, y cuando estuvo concluída, Nuño Mateos trasladó á ella los restos mortales de su hermano Gonzalo Mateos, y él mismo, cuando falleció, fué sepultado allí, donde durmió por muchos años el sueño eterno.

Al Obispo Benito sucedió en la silla de Ávila Pedro Instancio, que el primer año de su gobierno abrió al culto la parroquia de San Bartolomé, extramuros y al Nordeste de la ciudad, según una inscripción que en ella había. Estando este Prelado en Burgos, donde se encontraba el Rey, dió éste un privilegio, que confirmó, con los demás que acompañaban al monarca, aquel prelado en 28 de Julio de 1208. Colmena-

res inserta (cap. XIX, § VIII) el mencionado instrumento otorgado para que se deslindasen los términos de Madrid y Segovia. Hecha esta operación por Minaya, á quien Alfonso VIII se lo había encargado, el mismo año 1208, el día 13 de Diciembre, que se hallaba este Rey tan cuidadoso de que no se menoscabase la jurisdicción de sus pueblos, en la ciudad de Segovia, la confirmó sus límites con Madrid y Toledo en un privilegio que confirmaron los que le acompañaban, entre los que figura Pedro, Obispo de Ávila.

Expiraba el plazo de una tregua que Alfonso VIII se había visto en necesidad de aceptar del Emperador de los almohades, y ansiaba por vengar la desgraciada batalla de Alarcos. Otra vez fué él quien provocó la guerra y dirigió una expedición por las comarcas de Jaén, Baeza y Andújar, repitiéndola al año siguiente (1210) el Príncipe Fernando, su hijo, que causó gran estrago en la tierra de Jaén. Pero estas correrías encolerizaron al Emperador africano Mohammed Aben Yacub, que, proclamando la guerra santa y reuniendo sus numerosas tribus, se embarcó con ellas para España, resuelto á tomar satisfacción del atrevido castellano. Pronto se presentó con sus innumerables guerreros en el campo de Calatrava, y acometió el castillo de Salvatierra, que defendieron los caballeros de aquella orden por espacio de tres meses, y al cabo lo tomaron los sarracenos, apoderándose de los pocos defensores que quedaron con vida, sin que Alfonso VIII se atreviera á acudir en su socorro. Se retiró el jefe de los almohades con sus huestes á Andalucía con ánimo de volver al año siguiente con más poderosas fuerzas, en tanto que el Rey de Castilla se preparaba á defender su reino y abatir el poderío de la morisma; para esta empresa consiguió que el Sumo Pontífice la concediera los honores de Cruzada, é invitó á todos los Príncipes cristianos á que tomaran parte en la guerra, y el monarca excitó á todos los prelados y señores de España para que le ayudaran en aquel trance decisivo.

Los preparativos que se hacían en todas partes indicaban que iba á realizarse un acontecimiento memorable. El Emperador de los almohades formó el mayor ejército que ha-

bía pisado jamás los campos españoles, pero no se arredró el animoso Alfonso VIII y, reunidas las provisiones necesarias para mantener la hueste cristiana, emprendió ésta su movimiento el 21 de Junio. Guiaba la vanguardia D. Diego López de Haro, y la componían los auxiliares extranjeros. Seguían los Reyes de Aragón y Castilla, en dos distintos campos para no embarazarse. El estandarte real le llevaba D. Miguel de Llante, y el séquito del monarca castellano era tan numeroso como brillante; le componían varios prelados, los grandes maestros y caballeros de las órdenes militares y muchos nobles; D. Gonzálo Rodríguez Girón, con sus cuatro hermanos, mandaban la retaguardia y les acompañaban los más ilustres próceres y los más valientes campeones castellanos (1), portugueses, gallegos, asturianos y de otras regiones. Seguían la bandera real de Castilla las milicias de los Concejos de San Estéban de Gormaz, de Ayllón, de Atienza, de Almazán, de Soria, de Medinaceli, de Segovia, de Ávila, de Olmedo, de Medina del Campo, de Arévalo, de Madrid, Valladolid, Guadalajara, Huete, Cuenca, Alarcón y Toledo. Los demás quedaron guardando las fronteras. Al tercer día de marcha llegó el ejército á Malagón, cuyo castillo atacaron los extranjeros, pasando á cuchillo su guarnición (23 de Junio). Avanzaron hacia Calatrava, que después de obstinada resistencia fué tomada por asalto y entregada por el castellano á los caballeros á quienes antes había pertenecido. Los extranjeros se volvieron á sus tierras so pretexto de no poder resistir los calores de la estación; con esta deserción quedó mermado el ejército cristiano, pero no disminuyó su valor y prosiguieron hasta Alarcos, donde entraron

---

(1) El que quiera conocer los nombres de los principales aragoneses que acudieron á la memorable batalla de las Navas de Tolosa, pueden verse en Zurita, *Anales de Aragón* tomo II, cap. 61; los de Castilla en Núñez de Castro, *Crónica de D. Alfonso VIII*, cap. 70, y otros nombres pueden verse especificados con prolijidad en D. Rodrigo, Bleda, Argote de Molina, la *Crónica de Benter* y otras varias.

D. Modesto Lafuente, de quien tomamos estas noticias, en su *Historia general de España*, parte 2.<sup>a</sup>, lib. II cap. XII, trae los nombres de los prelados y nobles más ilustres, tanto españoles como extranjeros, que se presentaron para ayudar á Alfonso VIII en aquella inmortal jornada.

triunfantes, y allí se les agregó el Rey de Navarra, seguido de un ejército tan brillante como animoso.

Continuaron la marcha, y el 12 de Julio salió á impedirles el paso una fuerte avanzada de caballería enemiga; pero los cristianos, después de una vigorosa refriega, se apoderaron de Castro Feral, fortaleza situada á la parte oriental de las Navas. Quedaba aún el formidable paso de la Losa, defendido por innumerables sarracenos colocados entre riscos inexpugnables, que pusieron á los cristianos en situación apurada; hubo consejo para deliberar lo que convenía hacer, y cuando más desesperados estaban de encontrar solución al conflicto, se presentó un pastor diciendo que él conocía una vereda por donde podría subir el ejército sin ser visto del enemigo hasta la cumbre misma de la sierra, donde hallaría un sitio á propósito para dar la batalla. Oferta tan ventajosa como inesperada fué sin dilación admitida, y los exploradores que acompañaron al pastor para reconocer el terreno se convencieron de la verdad de su aserto, y el 14 de Julio subió el ejército sin cuidado y plantó sus tiendas en la meseta en que no tardaría en darse la batalla más gloriosa de la reconquista.

Formáronse cuatro cuerpos ó legiones: la vanguardia, mandada por D. Diego López de Haro, al que seguían las órdenes militares con sus maestros y las milicias de varios concejos. El Rey de Navarra conducía el segundo cuerpo con las banderas de Segovia, Ávila y Medina del Campo y muchos caballeros de distintas comarcas. Capitaneaba la tercera, ó sea el ala izquierda, el Rey de Aragón, con los caballeros y prelados de su reino. Mandaba la retaguardia y centro, y en cierto modo el ejército todo, el Rey de Castilla, al que acompañaban muchos prelados, caballeros y las comunidades de Valladolid, Olmedo, Arévalo y Toledo.

El ejército musulmán formaba una media luna y estaba repartido en cinco divisiones: la tienda del emir Mohammed estaba rodeada de un círculo de diez mil negros con largas lanzas y la resguardaba además un semicírculo de gruesas cadenas de hierro.

El valiente López de Haro fué el primero en acometer al

enemigo apenas sonó la señal del combate, con los caballeros de las órdenes y las milicias de los concejos, pero no pudieron resistir la furia con que embestían los musulmanes, mucho mayores en número; el Rey de Castilla, viendo que los audaces moros rompían las filas de los navarros, á los que acudieron á socorrer los aragoneses, se metió en el sitio de más peligro, y siguiéndole todas sus huestes, arremetieron desesperadamente á los atrevidos infieles, y haciéndoles perder terreno, llegaron hasta cerca de la guardia de su Emperador. En lo más algido del combate, los moros andaluces, que habían jurado vengarse de la injusta muerte del caudillo andaluz Aben Cadis, y que estaban disgustados por haberlos colocado á retaguardia, se retiraron, dejando á los demás muslimes entregados á su propia suerte.

Desde este momento, la lucha, sostenida con valor por los almohades, se convirtió en un degüello general de aquellos sectarios.

El Rey de Navarra por un lado, y acaso al mismo tiempo por otro el castellano Alvar Núñez de Lara, saltaron el parapeto que defendía la tienda de Miramamolín; los que les seguían, logran abrirse paso, matando sin piedad á los obstinados negros que componían aquella muralla de carne humana, y cuando el altivo Mohammed oyó los gritos de victoria de los cristianos que se acercaban á su lujosa tienda, sólo tuvo tiempo para montar en una ligera yegua que le presentó un árabe y dirigióse á todo correr á Jaén. Los cristianos persiguieron á los fugitivos hasta bien cerrada la noche, y aquellos campos quedaron sembrados de cadáveres de las vencidas huestes del orgulloso jefe de los almohades.

El Arzobispo de Toledo, acompañado de varios Obispos castellanos, entre los que estaba Pedro de Ávila, entonó el *Te Deum laudamus*, al que contestaron, llorando de gozo, todos los cristianos. Todos rivalizaron en constancia y valor en aquel día memorable; pero sólo citaremos algunos de los principales que pelearon siguiendo el pendón del Concejo de Ávila, acaudillados por Ivan Núñez y sostenidos por el esfuerzo de Rodrigo Pérez, Guillén Ginés y Gonzalo Ivañez; allí se encontraron también Guillén Pérez Dávila y Gutié-

rre Pérez de Ávila y otros esforzados capitanes cuyos nombres no ha conservado la historia. La milicia de Arévalo estuvo en los lugares de mayor peligro todo el día, y como premio de su ayuda, le concedió el Rey, por blasón de su escudo, una fortaleza, de la cual sale un guerrero á caballo armado con casco, lanza y cota de mallas, que significa lo pronta que la tierra de Arévalo ha estado siempre para acudir al servicio de sus Reyes.

Los despojos que se recogieron de esta gran batalla fueron inmensos, y el generoso monarca castellano lo repartió todo entre los navarros y aragoneses, y sólo dejó una pequeña parte para sí y sus guerreros, contentándose con recoger la gloria de aquella jornada, que la Iglesia celebra con el nombre de *Triunfo de la Santa Cruz* el día 16 de Julio, aniversario de la famosa batalla de las Navas de Tolosa (1212), que por sí sola bastaría para inmortalizar la memoria de Alfonso VIII, llamado *el de las Navas*, porque este triunfo decidió la suerte de España.

El ejército vencedor cobró varios pueblos y fortalezas; pero los excesivos calores empezaron á diezmarle, y volvieron todos, dirigiéndose cada soberano á sus Estados, cargados de botín, y entrando el castellano en Toledo, con toda solemnidad se le tributaron los honores del triunfo. El animoso Alfonso VIII penetró al año siguiente en Andalucía y cercó á Baeza, con cuyos defensores tuvo que hacer tregua por estar muy fortificada y no tener víveres en el campo cristiano; volvióse por Calatrava á las tierras de Castilla, y esta fué la última expedición bélica que hizo. Deseaba el Rey castellano celebrar una entrevista con Alfonso II de Portugal para terminar las diferencias que entre uno y otro existían, y le invitó á que concurriese á Plasencia con este objeto; allí se dirigía el noble Alfonso VIII, mas al llegar á la aldea llamada de Gutierre Muñoz, á dos leguas de Arévalo, en la provincia de Ávila, le sobrevino una fiebre maligna que se agravó al saber que el portugués esquivaba acudir á la cita, y después de recibir los últimos sacramentos de mano del famoso Arzobispo D. Rodrigo, falleció el 6 de Octubre de 1214, á los cincuenta y siete años de edad y casi

cincuenta y cinco de reinado. Fué llevado á sepultar al monasterio de las Huelgas de Burgos, que él mismo había fundado.

Los avileses, que con tanta lealtad como constancia habían servido siempre al valiente monarca castellano, le siguen sin descanso después del triunfo glorioso de las Navas, y el pendón del Concejo de Ávila asiste en 1213 á la toma de Alcalá de Benzaide y á la del castillo de Lobelín; se encuentra en Alcaraz, Baeza y Alcántara, y no se separan de él hasta que recogieron su último aliento los de aquel Concejo, en cuyo seno había pasado su niñez aquel gran monarca.

GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN.

*(Continuará.)*





## EL ÚLTIMO ESTUDIANTE <sup>(1)</sup>

---

Día de disgustos fué aquel para Ambrosio; salió de Scila y tropezó en Caribdis. Llegó á su casa, entró aburrido en su cuarto y se tumbó en seguida en la cama, pero no para encontrar reposo.

No era de mal sino para Ambrosio solamente aquel día; también estaba de beneficio su posadera. D.<sup>a</sup> Apolonia estaba llevada de Judas con un ataque furioso de muelas, y en la desesperación de su poco paciente ánimo, metíase con todo el mundo; porque su torcida condición creía que viendo rabiar á los demás mitigábanse los padecimientos de ella.

—¿Le parece á usted, señorito—dijo entrando en el cuarto de Ambrosio bruscamente,—que es ésta hora de retirarse? ¿En una casa de orden, como es la mía, gracias á la divina protección, se habrá figurado usted, calavera, perdido, que yo, mujer formal, he de aguantar las impertinencias de usted? Así Dios me salve como es cierto que, si no se enmienda usted, le pongo á la hora menos pensada de patitas en la calle. Por Santa Apolonia bendita le juro que de mis canas no se burla usted... ni nadie. ¿Habrás visto mozal-bete?... Gasta y triunfa, no estudia y molesta, pero pagar...

---

(1) Véase la pág. 532 de este tomo.

Dios guarde á usted muchos años... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Cómo están los tiempos!... ¡Qué generación se prepara!... ¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento!...

D.<sup>a</sup> Apolonia hubiese continuado con su cháchara imper-  
tinentemente, á pesar de lo avanzado de la hora, si Ambrosio,  
cansado de la insustancial amonestación, dicha con voz gan-  
gosa y antipática, no volviese á hablar, ya fuera de sí, po-  
niendo de vuelta y media á D.<sup>a</sup> Apolonia.

—¡Vieja fea!... ¡chismosa insustancial!... ¡alma de Judas!...  
¡usurera sin conciencial... ¿querrá usted callarse con veinti-  
cinco mil pares de demonios, antes que me sulfure de veras  
y haga con usted una barrabasada?... Si vuelve usted con  
sus letanías de beata y sus trapisondas y embustes y bella-  
querías, pongo en conocimiento de usted que ha de acordar-  
se de mí...

Al llegar á este punto sí que se le fué la lengua á la posa-  
dera, y dijo en pocos minutos toda una sarta de disparates,  
de insultos y de groserías, tanto que Ambrosio tuvo ya en el  
aire una silla, que quizás hubiese descalabrado su cabeza si  
ella no apelase inmediatamente á la fuga, dando grandes  
gritos en que invocaba, por no perder la costumbre, á san-  
tos y santas, vírgenes, apóstoles y mártires, con lo que  
despertó á todos los huéspedes y á buen número de vecinos.

Habían dado las dos cuando bajaba Ambrosio los escalo-  
nes de aquella casa, jurando y perjurando que en su vida  
volvería á poner en ella los pies.

Como á tan avanzada hora de la noche no había Ambro-  
sio de buscar habitación, hubo de pasarla en vela enterita.  
Dió en la Alameda algunas vueltas, subió ansiando refrescar  
su cabeza y calentar sus pies al paseo de Bóveda, llama-  
do también de la Herradura y Buenavista, y al poco rato,  
tranquilo ya, bien que no contento, se internó otra vez en  
el pueblo y se perdió en extraviados callejones, donde ni los  
serenos siquiera le siguieron la pista...

Serían las ocho de la mañana del día siguiente, cuando  
apareció Ambrosio en casa de su buen amigo Dionisio To-  
rres.

Enteróle de la posaderil aventura acaecida la víspera, y

de lo gravemente disgustado que le tenían sus apuros económicos. Ambrosio debía el diario de mes y medio, mas ocho duros importe de un préstamo y sus réditos á su exposadera, lo cual sabíale á cuerno quemado; al sastre el importe de un traje, que ya tenía á medio estropear; duro y medio en el estanco y veinticuatro reales á Pedro Mata.

Dionisio le tranquilizó, proponiéndole que con veinte reales, máximum que le podía adelantar, se desquitase en la banca aquella noche. Y Ambrosio aceptó con mil amores la proposición y el dinero.

Después le excitó Dionisio á que se quedase en aquella casa, conocida por *Hospedaje de Pérez*, según rezaba un inmenso letrero pintado sobre la puerta de la calle, y Ambrosio también aceptó esta proposición de Dionisio.

.....

Representaba la casa-hospedaje de Pérez grado intermedio entre posada y fonda; dábanle honores de tal el ir y venir continuo de gentes, el ruido que esto ocasionaba y además ciertos detalles, como el comer en mesa redonda; por lo demás, no faltaban allí incomodidades de que muchas posadas carecen.

Las habitaciones en casa de Pérez eran grandes y destaraladas; no había pasillos, de suerte que por unas habitaciones se pasaba á las otras, lo cual daba á la casa trazas de hospital é imprimía á la vida que en ella se llevaba sello comunista.

Los militares destinados á la reserva, los estudiantes menos dados á la ciencia, los pufistas, toda una caterva de gentes con sobra de buen humor y falta de trabajos y fatigas se daban cita en la casa-hospedaje de Pérez.

Á pesar de lo preocupado que, no sin razón, tenían sus infortunios á Ambrosio, se sonrió ante la seductora perspectiva de la vida de aquella casa.

Á mayor abundamiento, Dionisio le pintó con vivos colores las ventajas de ésta, poniéndole al tanto de curiosos por menores que merecen saberse, y que así transcribo, según fueron contados por el veraz Dionisio.

## X

—Aquí te divertirás, Ambrosio, no lo dudes, así que pongas fin á tu mala situación económica y olvides preocupaciones que son indignas de ti.

Tenemos en casa estos días un tipo delicioso; lugués y lugareño, pensarás que es chocante por lo montaraz... Pues te equivocas. Por ningún concepto llamaría la atención, hombre vulgar y corriente, si no fuera por sus poéticas aficiones; por esto la llama en cualquier parte y mueve á risa á los más serios... poniéndose en ridículo. La nota saliente de su *chifladura*, que trasciende á toda su vida, modelo de vidas desarregladas, es el afán de la declamación, que le da, aun en el hablar ordinario, maneras teatrales y tono de voz presuntuoso. Hasta tal punto blasona de lo brillante de su estro, que gusta de improvisar en ciertos momentos lúcidos... momentos que suelen repetirse con grandísima frecuencia; por lo general, después de tomar café y copita, pues cualquier bebida inmediatamente le impresiona, de tan inocente manera.

No era menos célebre por cierto que el poeta... frustrado cierto andaluz trapisonalista que se marchó hace pocos días, no sin burlarse antes del lugués con buenísima sombra. Se las daba el andaluz de hombre de tono, con lo principalito de su tierra emparentado, de riquísimo y de discreto; sin que fuesen sus fanfarronerías burda hojarasca, puesto que, por el contrario, ocultaban de tal modo su condición, que todos nos dimos por muy honrados con su amistad.

El desengaño en cambio fué solemnísimos, porque á ninguno dejó de llevar algo, y mucho á algunos. Por ejemplo, al patrón, á quien no abonó un solo céntimo, después de disfrutar mes y medio el mejor cuarto de la casa.

Como por linterna mágica sombras, desfilan por esta casa tipos célebres. Hasta dejarlo de sobra lo era un sujeto que marchó ayer, y á la francesa por cierto; se picaba por todo; en todo veía desprecios: no dormía pensando en que le que-

rían asesinar, y si por acaso se dormía, lo soñaba. Tenía temperamento de gato montés, pero era gato sin uñas, lo cual daba chiste singular á sus atufamientos.

En punto á originalidades, te digo, Ambrosio, que son incomparables las que se ven aquí, y en cuanto á buenos ratos, no creo que en parte ninguna tanto abunden.

¡Y qué conciertos improvisamos los tres militares y yo por las noches! Uno toca la flauta, la guitarra otro, y otro canta y yo también. ¡Toma, si no fuera por todo esto, llevado de Judas andaría yo desde que tus enamoramientos y los de Pedro han quebrantado nuestra unión!...

Aquí te advierto que sólo falta Ambrosio Trucha para lograr nuestros propósitos, que, según la patrona, consisten en convertir su casa en torre de Babel. Pero sábete que esto no lo dice ásperamente como otra D.<sup>a</sup> Apolonia, lo dice en broma y riendo, más contenta á medida que crece en su casa el ruido y la alegría. Es una mujer especial; no pone ceño nunca .. ni lo puso el día del petardo del andaluz. Lo ve todo de color de rosa; es la única posadera optimista que he conocido. Su hija es otra que tal. Hace pocos días organizamos en el salón un bailecito, y ella y tres costureritas morenas de la Rúa de San Pedro, amigas suyas, bailaron como unas descosidas y se divirtieron hasta no poder más.

## XI

Ambrosio Trucha, como le llamaban sus compañeros, se acercó al tapete verde aquella noche. Sin vacilaciones, sin sacudidas interiores, sin movimientos nerviosos que acallar, en dura lucha consigo mismo, como tantos y tantos que, profundamente conmovidos, aunque afectando indiferencia, jugaban su porvenir y el porvenir de sus familias, tranquilo, sereno, hombre al cabo decidido y sin atenciones, Ambrosio adelantó un duro, diciendo:

—*Voy á la sota.*—Y salió la sota, y Ambrosio siguió *apuntando*, y la suerte continuó favoreciéndole. Una, que hacen dos; dos, que hacen cuatro; cuatro, que hacen ocho; ocho,

que hacen diez y seis; diez y seis, que hacen treinta y dos, y así en progresión ascendente... váyase sumando.

Lo que sucedió aquella noche acaeció la siguiente, y la otra, y las demás. Estaba probado: Ambrosio era el niño mimado de la fortuna, el asombro de los jugadores, el terror de los banqueros. Si alguna vez le hacía temer una racha contraria que producía un movimiento de inquietud general, y daba remota pero risueña esperanza al banquero, bien pronto volvía á ganar y ganar, hasta que el banquero quedaba tronado y el juego concluía.....

Los dineros del juego participan de la condición de los dineros del sacristán, que cantando se vienen y cantando se van. Y sucedióle á Ambrosio tres cuartos de lo mismo que á la generalidad de los jugadores, que gastan alegremente lo que el juego les produce, lo cual sucedió en perjuicio de su salud y de su fama, porque sus calaverescas aventuras fueron en aumento. No eran ya las picardihuelas de baja estofa con que en barrios apartados, él y sus compañeros, medio peneques, hacían rabiar á serenos, armando trifulcas con horterillas; eran, ora los convites en cafés, donde circulaba por todo lo alto el dinero y abundaban los vinos y no faltaban los licores, resultado de lo cual se ponían los concurrentes peneques por entero, ora la animada jira campestre para la que servía de pretexto cualquier feria ó romería que se celebrase en los contornos.

Es excusado decir que el número de acompañantes de Ambrosio aumentaba cada día. Á la riqueza siempre le sobran cortesanos. Y como Ambrosio era un manirroto, á nadie rechazaba. Censurable era, sin duda, este defecto de Ambrosio, no tanto, sin embargo, como lo fuera el contrario, que cuadra muy mal en los pocos años precoz roñosería.

Si la suerte de Ambrosio en el juego no fuese constante, hubiera habido siquiera intermedios que aumentasen los gozces de aquellos placeres, y que les quitasen su lado peligroso. En la edad juvenil es preciso alguna vez la expansión, siempre bien ordenada y dirigida, á guisa de válvula de seguridad; pero el abuso de las fuerzas primaverales de la

vida, cuando están en la última etapa de su desarrollo, en el período crítico de la adolescencia, cede en detrimento de las reglas de la higiene y de los preceptos de la moral, que guardan con aquellas reglas consonancia.

Ambrosio, que solía disfrutar salud excelente, aunque su desarrollo no había sido grande, y á pesar de que su exterior no aparentaba excesiva robustez, sintió desde entonces desganas, empobrecimiento de sangre y, aun á las veces, mal-estar general, resultado lógico de la disipación de su vivir, de la carencia absoluta de método, concierto y orden.

## XII

La amistad que dedicaba Felisa á su pretendiente era, en opinión del desengañado Ambrosio, negación la más rotunda del amor, y forma la más odiosa de darle solemnes calabazas. Podía Ambrosio repetir el dicho de Enrique Heine: «Unas mujeres me aborrecieron, otras me amaron; la que más daño me hizo nunca sintió por mí amor ni odio». Los motivos, sin embargo, de Ambrosio, al decir esto, discrepan bastante de los de Enrique Heine. Ambrosio no era víctima de ese sentimiento purísimo que causa honda mella en el alma y que se llama amor, sino de reprochable vanidad. Ninguna mujer había resistido sus galanteos; sus galanteos coincidieron siempre con sus victorias. Era acaso que no se había arriesgado á luchas difíciles; sucumbir en aquella en que había puesto toda su alma era, sin duda, duro golpe.

Moralmente quebrantado, comprendió Ambrosio que su retirada era indispensable, si no quería acibarar el grave disgusto á que servía de contrapeso su improvisada riqueza. Pero retirarse repentinamente parecióle poco oportuno y menos hábil, por lo que decidió continuar yendo de tarde en tarde. Por de pronto dejó de ir sistemáticamente por las noches, alegando ocupaciones para dar color á su infundada ausencia. Así como así, aquella era la hora más propia para juntarse con la caterva de muchachos que le seguían en el café á rendir sacrificios al dios Baco, que por lo general no

dejaba de lograr algún prosélito. Esta buena coyuntura se le ofrecía para entretener el tiempo sin que le atormentasen, á no ser por caso raro y en horas de aburrimiento, recuerdos gratos de la tertulia de la Rúa de San Pedro.....

.....  
Pasados varios días, fué una tarde Ambrosio á la tienda... y no encontró á Felisa quejosa por su ausencia injustificable.

Ambrosio se detuvo aquella tarde más tiempo que ninguna noche. Felisa tenía gana de conversación. Contar todo lo que hablaron sería tarea tediosa. Sólo diré que Felisa contó á Ambrosio que la más morena de las costureritas, que era también la más joven y la menos graciosa, se había echado un novio menos gracioso que ella, y era cuanto se podía encarecer, pero, en cambio, más viejo. Amén de todo lo cual tenía cara de *poco bueno*, y era sumamente desgarbado. Palabras textuales de Felisa, que no se inspiraba en envidia de sus vecinas, que ni sentía ni tenía por qué sentir, sino que eran la mismísima verdad.

Momentos antes de dejar á Felisa Ambrosio, entró á comprar dos cuartos de pimentón una viejecilla arrugada, que dijo á la hija de la señora Teresa maliciosamente:

—Señora Felisa, que sea enhorabuena...

—¿Por qué?—respondió ella sin ponerse colorada, aunque comprendió la intención de la vieja.

—Toma, y todavía lo pregunta—añadió ésta, clavando en Ambrosio su mirada, y no sin que éste, comprendiendo el sentir de la vieja, se pusiese, á pesar suyo, más colorado que un tomate.

Momentos después iba calle abajo la vieja murmurando: «No hay duda... es cosa hecha» (lo que luego contó á toda la vecindad), y al mismo tiempo, Ambrosio, no sin zozobra, se despedía de la madre y de la hija hasta cualquier día, aunque formando secretos propósitos de no volver más.

Al marcharse, tres casas más abajo de la que dejaba... para siempre, encontró Ambrosio á las tres morenitas que iban calle arriba en dirección á su casa.

Poco más allá se encontró á Pedro Mata y aun habló con

él algunos momentos, pero sin reparar en que Pedro, mientras hablaba con él, miraba impaciente hacia adelante, y sin poder ver, por la posición en que estaba, á la menor de las costureras, que por volver la cabeza iba dando tronazos con los transeuntes. Pedro Mata era el novio de la costurera menor, descrito con tanta gracia y exactitud por Felisa.

## XIII

El Excmo. Sr. D. Eleuterio Moreno de Anzules era hijo de la provincia de la Coruña y de una familia oscura, pero que tenía el mejor título para optar á la estimación de las gentes: era honrada.

Si la honradez de aquellos padres, sacrificándose en su pobreza para dar ventajosa carrera y lucido porvenir á su hijo, era admirable espectáculo, elogio bellísimo de la familia cristiana, la conducta de aquel hijo fué feísimo modelo de ingratitud.

Eleuterio, que olvidó bien pronto las primeras enseñanzas de su madre, que olvidó á su madre misma, tan digna como era de constante recuerdo, dióse trazas admirables, así que acabó su carrera, para abrirse camino por medio de lo que llama *política* el siglo XIX.

Entró en Madrid en la redacción de un periódico avanzado, donde hizo fortuna con sus intemperancias. Declamó allí por su cuenta contra toda jerarquía divina y humana, é insultó á quien le pareció conveniente, y parecióle conveniente, sobre todo, insultar al sentido común y escarnecer al sentimiento moral. Era lógico; aumentó como por encanto la circulación del periódico, y se hizo célebre por las impugnaciones de los unos y por los desmedidos elogios de los otros. Merecían periódico y periodista que nadie les hiciese más caso que la luna al ladrar de los perros, puesto que su propósito no era otro que llamar la atención, meter ruido, lograr, en fin, un éxito de escándalo, como se dice entre franceses. Por este éxito, miserable plato de lentejas, habían

vendido su conciencia los autores de aquel periódico, libelo contra los principios cardinales de la moral verdadera y del legítimo bienestar social; poco les importaba la protesta de la honradez, ó mejor dicho, les interesaba y convenía esa protesta; por eso no debía hacerse: el silencio hubiese formado á su alrededor el vacío.

Eleuterio Moreno tenía talento é ingenio para sobresalir entre las reputaciones de talco, y aunque no hubiese de puesto los derechos de su conciencia, al fin librepensador ante los derechos del pueblo, para lograr por medio de la ridícula farsa los favores del aura popular, hubiese llegado á sobresalir. De carácter torcido y fondo atrabiliario, ponía en sus escritos toda la hiel de su alma; ninguno como él para la polémica: su habilidad sabía herir al adversario; su condición sabía aplicar á la herida diatribas é insultos... para que no cauterizase.

Que Eleuterio Moreno de Anzules, director muy pronto del consabido diario democrático, el de matiz más rabioso de cuantos se publicaban, había de imponerse entre los suyos y hacer carrera muy pronto en la política, era lo lógico, dado que en esta política moderna no por otros caminos se asciende. Por supuesto que, á medida que ascendió, fueron moderándose sus democráticos apasionamientos y templándose sus ideas. Naturalmente, como que abrigaba proyectos de llegar á ser hombre de gobierno. Y lo fué: escaló primero una Dirección y ascendió después á un Ministerio. Su vida ministerial fué corta, porque eran muchos los que aspiraban á las ministeriales gangas y á la codiciada cesantía, y era preciso dejarles el puesto.

Una cosa merece saberse: D. Eleuterio Moreno de Anzules, desde aquella época excelentísimo señor, fué Ministro responsable en una irresponsable monarquía... ¡Él, demócrata antes hasta la médula de los huesos!

*Panem nostrum quotidianum.*

Debo afirmar, para que la malicia no vea en cuanto voy diciendo embozadas alusiones, que no me refiero á ninguno

en particular, sino á muchos en general. Y éstos, si por ventura se conocen en el retrato, que no se ofendan aunque resulten poco *favorecidos*.

«Arrojar la cara importa,  
que el espejo no hay por qué»,

como dijo Quevedo.

Todos los pícaros tienen fortuna, y Eleuterio, pícaro consumado, fué, como era lógico, afortunadísimo. Como que se casó con la hija única de un principal banquero, muchacha riquísima, y que para ser tan rica no espantaba por lo fea. Los codiciosos que no lo sean hasta el punto de dejar de ser honrados, y que esto lean, no entren en tentaciones de ser pícaros, ni menos comiencen á serlo; se encontrarían doblemente chasqueados. Lo digo por si algún tonto, que no es imposible, coge este libro en sus manos; no quiero para mí la responsabilidad de su tontería.

De poco valieron á D. Eleuterio los millones que aportó al matrimonio su consorte, pues llegó á verse sin un cuarto merced al juego de Bolsa, juego en que se estrellan las ambiciones de muchos que se dejan arrastrar por ciega codicia.

Y cuando le acaeció tamaña desgracia hallábase su partido alejado del poder, y tenía que satisfacer el exministro las exigencias de su cara costilla y que atender á sus gastadoras hijas, que, ya en sazón, aspiraban á conquistar novio. Su existencia en Madrid con lujo era imposible, y difícil sin lujo. ¿Cómo avenirse su mujer, sus hijas y aun él á oscurecerse? Acostumbrados á tener magníficos trenes, hermosos caballos de las mejores razas, el lujo, en fin, oriental, lleno de refinamientos, que denota en las capitales modernas e l estado de decadencia de la sociedad actual, ¿cómo podían abandonar aquel medio fastuoso de vida y seguir viviendo en Madrid en una casa humilde, sin trenes ni boato? Lo que decidieron, considerando todo esto, fué decir públicamente que salían á viajar, hacer sus visitas de despedida, y luego irse á vivir económicamente en cualquier pueblo de provincia. Y como él tuviese algunas fincas de la herencia de su padre en el partido judicial de Santiago, provincia de la Co-

ruña, decidieron retirarse á población tan económica, librándose así de impertinencias de acreedores, y esperando mejores días; vendería él la herencia de sus padres y harían frente á las necesidades de la vida, hasta que llegase el deseado día del triunfo político.

Semejante medida causóles gran disgusto, y costóles su realización superior esfuerzo. Ni fué menor el pesar de sus hijas, sobre todo el de la mayor, que era un portento de presunción, y que tenía media docena de pretendientes, no perseguidores de la belleza, que le faltaba por completo, sino de la riqueza supuesta. La menor, más agraciada de físico, era lo que aquélla no, sumamente delicada.

EL MARQUÉS DE FIGUEROA.

*(Continuará.)*





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

---

Flores de Outomno, por ALFREDO ALVES.—Porto, 1896.

El ilustre poeta portugués Alfredo Alves ha despertado una vez más á la poesía, de la cual le alejaron últimamente sus novelas y sus estudios históricos, por los que obtuvo el lauro del concurso con su memoria *El Infante D. Enrique*.

*Flores de Otoño* son realmente las poesías de esta nueva obra: Alves es poeta por excelencia, es decir, temperamento delicado, sentimiento exquisito, inspiración llena de dulzura, de vaguedad y melancolía. Poeta parnasiano, cincela el verso en el áureo metro del soneto, y sin llegar á las exageraciones de los decadentes, se mantiene en el culto de la forma como absoluta para expresar el sentimiento.

Sus tomos de versos *Hojas de hiedra*, *Melancolía*, *A los creyentes*, entre otros libros, habían asegurado á Alves su puesto en el Parnaso lusitano. *Flores de Otoño* viene á confirmarlo. Poeta cuya nota es una delicadeza exquisita en el sentimiento y un exquisito gusto en la versificación, es Alves uno de aquellos que no alcanzan la popularidad de las grandes

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

masas, pero sí de los poetas privilegiados que constituyen el encanto de los espíritus elevados.

Las *Flores de Otoño* están dedicadas á una dama española, la señorita D.<sup>a</sup> Casilda de Antón. Obra inspirada por la galantería, está tan lindamente impresa como se debe en un poeta que rinde el homenaje de sus versos á la hermosa dama que le sirvió de musa. Y resulta un contraste singular el título *Flores de Otoño* de una obra que galantemente se dedica á la gentil doncella que goza aún de las frescuras primaverales de la juventud.

\*  
\* \*

Ministerio de Fomento.—*Dirección general de Agricultura, Industria y Comercio. Montes. Estadística de las siembras y plantaciones verificadas en los montes públicos y cabeceras de las cuencas hidrológicas desde la publicación de la ley de 11 de Julio de 1877 hasta fin del año forestal de 1894-95.—Madrid, 1896.—En 4.º, VIII-239 páginas.*

No permiten la índole de esta revista ni la brevedad obligada de estas noticias biográficas que hablemos con el debido detenimiento de obra tan interesante, no sólo porque revela los esfuerzos que en algunos distritos se hacen para cubrir de arbolado nuestras montañas, sino también por el método, rigor científico y galana forma que son propios de cuantas producciones da á la estampa el ilustre Inspector general de Montes, D. José Jordana y Morera, que es una de las personas que más honran al Cuerpo á que pertenece.

Confesamos que esta empresa de efectuar siembras y plantaciones nos parece la más ajustada á la ley de 11 de Julio de 1877 y la más útil y simpática. Invertir las cantidades que produce la recaudación del 10 por 100 del valor de los aprovechamientos forestales en compra de semillas y arbolitos, es muy justo; distraer fondos para empresas tales como la de facilitar su acción á ingenieros de montes que se ocupan en acelerar la desamortización, entendemos que es desnaturalizar la ley y aun desobedecerla. Pero como este es

punto para tratado muy despacio y doctores tiene la Iglesia que pueden hacerlo (verbigracia, los redactores de la *Revista de Montes*), concluiremos aquí enviando nuestra cordial enhorabuena al Sr. Jordana por este nuevo gallardo testimonio de su laboriosidad inteligente y de lo provechoso que fué su paso por el negociado que durante pocos meses desempeñó. Así es como se prueba el amor á la buena causa forestal, y no con intrigas de bajo vuelo y venganzas personales, cuando al cabo y al fin *no hay bien ni mal que cien años dure.*

\*  
\* \*

*L'école saint simonienne.—Su historia é influencia hasta nuestros días, por JORGE WEILL, doctor en Letras.—París, Félix Alcán, editor, 1896.—En 8.º, VI-319 páginas: 3,50 francos.*

En una obra anterior resumió el Sr. Weill la vida y obras de Saint-Simon; el tomo de ahora lo consagra á los discípulos de aquel filósofo. Sus doctrinas son bien conocidas, pero no se ha descrito detalladamente la historia de su escuela. Por lo común, se dice que acabó con el proceso de 1832, pero en realidad duró hasta la muerte de Enfantin en 1864, y aun hasta más tarde hubo no sólo secta, sino un grupo sansimoniano. Hasta 1832 hicieron propaganda de sus ideas; luego pasaron á los actos; conviene seguirla hasta que desaparecen sus últimos adictos para comprender la influencia que ejerció. Más que libro de filosofía ó sociología, es el trabajo del Sr. Weill un estudio histórico.

\*  
\* \*

*La morale des philosophes chinois. Extractos de los libros clásicos de China y de Annam, por J. L. DE LANESSAN, antiguo Gobernador general de la Indo-China, etc.—Paris, Félix Alcan, editor, 1896.—En 8.º, 124 págs.: 2,50 francos.*

El autor, al dar á conocer á los occidentales una filosofía casi del todo ignorada, se ha propuesto demostrar el error que se comete cuando se habla de China y Annam como de

países semibárbaros. La educación moral no es allí patrimonio de un número reducido de personas, sino que llega hasta las aldeas más insignificantes. La filosofía china reviste en cierto modo un carácter más humano que el de otras, porque tiene un objetivo práctico, familiar y social.

La forma bajo que se enseñan dichas doctrinas ofrece algún parecido con la religión cristiana: las grandes ideas, las proposiciones morales de mayor importancia se presentan en conversaciones familiares. El Sr. Lanessan ha extraído de éstas fórmulas breves que ha resumido y relacionado entre sí para que se comprendan bien su valor y significación.

\*  
\* \*

*Anuario militar de España, año 1896. Mandado publicar al Depósito de la Guerra por Real orden de 3 de Octubre de 1895.—Madrid, 1896.—En 4.º, 1.046 páginas.*

Bajo la dirección acertadísima del Coronel de Estado Mayor D. Manuel Benítez, autor de notables obras de matemáticas, se forman estos *Anuarios*, que exigen una labor inmensa y son de extraordinaria utilidad. En nueve extensos capítulos contiene el tomo que nos ocupa todo lo referente á la Administración central, Instrucción militar, Industria militar, Remonta y cría caballar, Brigadas dependientes de las secciones del Ministerio de la Guerra, División territorial militar, Reclutamiento y movilización del Ejército, plantillas, escalas generales y por cuerpos del Ejército activo, escalas generales del Ejército de reserva, y luego todo lo tocante á los ejércitos de Ultramar.

En suma, el *Anuario militar* es un trabajo esmeradísimo, por el que merecen plácemes sus autores, y muy en particular el Coronel Sr. Benítez.

A.

\*  
\* \*

Cuentos del otro jueves, *narrados por* CARLOS OSSORIO Y GALLARDO *é ilustrados por* J. Xaudaró (*O'radvax*). —Barcelona, *imprensa de D. Pedro Ortega*, 1896.—En 8.º, 172 páginas: dos pesetas.

Encabezados con este título, el notable escritor y director de *Barcelona Cómica*, D. Carlos Ossorio y Gallardo, ha reunido en un precioso tomo hasta quince cuentos, verdaderamente recomendables, como todos los que salen de su elegante pluma, para el público que lee, no sólo por lo castizo del estilo, la corrección de la prosa y la claridad en la dicción, sino por la originalidad de casi todas las narraciones que componen el libro, por la presentación de éste y por el gusto exquisito que se observa en él.

Si se tiene en cuenta el precio excesivamente económico, dadas las condiciones de la obra y las ingeniosas viñetas con que la ha dado más valor el joven dibujante Sr. Xaudaró, no es de extrañar la facilidad con que se despacha la edición en las principales librerías.

\*  
\*  
\*

*La gente del bronce*, *por* ANTONIO CASERO, *con un prólogo de* José López Silva *y una portada de* Pedro de Rojas.—Madrid, *imprensa de Marzo*, 1896.—En 8.º, 128 páginas: una peseta.

Entre los innumerables imitadores del popular poeta López Silva figura Antonio Casero, que, con su espíritu de observación, sus conocimientos en el género que trata y su ingenio intencionado, ha sabido destacar en el montón su personalidad para colocarse inmediatamente después de su celebrado maestro.

*La gente del bronce*, libro que con tanto éxito acaba de ponerse á la venta, contiene infinidad de poesías que se leen con verdadero gusto, así por la verdad de los tipos sorprendidos en la plazuela ó en la *tasca*, como por la amenidad y

la gracia picaresca de los diálogos, que abundan en chistes oportunos.

La *gachí* que empeña el mantón para que triunfe su *fulano* y aguanta los golpes de éste porque le tiene *ley*; el *golfo* que, harto de recoger colillas, se da un *banquete* de gallinejas en cualquier *restaurant* al aire libre, cuando no come el *gabi* que sobra en los cuarteles; la chula que olvida las fatigas de la *frábica* tomándose unos callos en las propias Ventas; todos los tipos, en fin, del Madrid bajo bullen en las páginas del libro llenos de color y vida, hablando su *argot* pintoresco, que esmaltan de dicharachos y *timos*.

Felicitemos de todas veras al Sr. Casero, que viene presentado por el propio López Silva en el chispeante prólogo, y le deseamos toda suerte de prosperidades en su carrera literaria, sin que nos falte un aplauso para el saladísimo Perico Rojas, que ha hecho una preciosa portada para *La gente del bronce*.

C. P.

\*  
\* \*

### Otras publicaciones.

*Altezas del honor*. Drama en tres actos y en prosa, original de Pedro de Novo Colson. Madrid 1896. En 8.º, 63 páginas.—Esta nueva producción del Sr. Novo Colson se estrenó con éxito excelente en el Teatro de la Comedia en la noche del 15 de Febrero último. Brillan en él las condiciones que avaloran todos los escritos dramáticos del ilustre jefe de la Armada: profundidad de concepto, galanura de lenguaje y trama perfectamente urdida. En esta época de afeminamientos y egoísmos se ensancha el corazón ante un cuadro tan hermoso como el que pinta en su drama el señor Novo. Á los aplausos entusiastas que ha escuchado en el lujoso teatro únense los nuestros, no por humildes menos sinceros.

*Archivo de Matemáticas puras y aplicadas*. Periódico mensual publicado por D. Eduardo León y Ortiz, D. Luis Gon-

zaga Gascó y D. Mariano Belmás.—Hemos recibido el primer número de esta revista mensual, y en verdad que se necesita arrojo para acometer la empresa. Ahí está el catedrático de la Universidad de Zaragoza, D. Zoel García de Galdeano, que tras lucha titánica y varios años sostenida, ha suspendido la publicación de *El Progreso Matemático*. Triste es decirlo, pero en nuestro país, hoy por hoy, no hay público para estas publicaciones. Ojalá nos equivoquemos y logren un triunfo las doctas personalidades que han fundado el *Archivo de Matemáticas*, que hartamente lo merece, por el fin que persigue y por la valía de los trabajos que inserta.

*Memoria sobre la resolución de la ecuación  $\cos x = n \cos(a + 2x)$* , por D. Ramón Escandón. Este ilustradísimo astrónomo del Observatorio de Madrid ha ideado un medio de gran exactitud y sencillez para resolver la ecuación antedicha.

A.



# ÍNDICE DEL TOMO CI

15 DE ENERO DE 1896

	<u>Páginas.</u>
Jovellanos considerado como poeta y como prosista, por D. Joaquín Rubió y Ors.....	5
La obra de Pasteur en la Química (conclusión), por D. José Rodríguez Mourelo.....	22
Travesía, por D. Juan Alcover.....	38
Rasguños de oratoria parlamentaria, por D. José María Sbarbi.....	43
El hastío, por D. Emilio Fernández Vaamonde.....	51
La verdad demostrada (continuación), por D. Anselmo Fuentes.....	55
Para ti, por D. Pelayo Vizquete.....	65
Acontecimientos literarios, por D. Melchor de Palau.....	67
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	77
Boletín bibliográfico.....	102

30 DE ENERO

Las Provincias Vascongadas á fines de la Edad Media, por D. Pablo de Alzola.....	113
Jovellanos considerado como poeta y como prosista (continuación), por D. Joaquín Rubió y Ors.....	132
Las alas rotas, por D. Pelayo Vizquete.....	148
Un censor de comedias, por D. Carlos Cambrouero.....	150
Estudio histórico de Ávila y su territorio desde su repoblación hasta la muerte de Santa Teresa de Jesús, por D. Gabriel María Vergara y Martín.....	160
La verdad demostrada (conclusión), por D. Anselmo Fuentes.....	172
Carta literaria, por D. Leopoldo Pedreira.....	183
Nebulosa, por D. Juan Antonio Vázquez.....	188
¡Una limosnita por amor de Dios!, por D. Javier Soravilla.....	189
Dos aspectos de un baile, por D. Emilio Blanchet.....	197
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	204
Boletín bibliográfico.....	217

**15 DE FEBRERO**

Pobres y ricos, por D. Javier Ugarte.....	225
Las Provincias Vascongadas á fines de la Edad Media (conclusión), por D. Pablo de Alzola.....	235
Almanzor, por D. G. Belmonte Müller.....	253
Jovellanos considerado como poeta y como prosista (continuación), por D. Joaquín Rubió y Ors.....	267
Estudio histórico de Ávila y su territorio desde su repoblación hasta la muerte de Santa Teresa de Jesús (continuación), por D. Gabriel María Vergara y Martín.....	278
Un censor de comedias (continuación), por D. Carlos Cambronero..	292
Al Teide, por D. <sup>a</sup> Carmen Torréns.....	301
Acontecimientos literarios, por D. Melchor de Palau... ..	302
Lambertito (conclusión), por D. Joaquín Casañ.....	309
Crónica quincenal, por X.....	325
Boletín bibliográfico.....	333

**29 DE FEBRERO**

El chocolate, por D. José del Carmenal.....	337
Jovellanos considerado como poeta y como prosista (continuación), por D. Joaquín Rubió y Ors. ....	358
La gárgola, por D. Juan Alcover.....	376
Un censor de comedias (continuación), por D. Carlos Cambronero..	378
Estudio histórico de Ávila y su territorio desde su repoblación hasta la muerte de Santa Teresa de Jesús (continuación), por D. Gabriel María Vergara y Martín.....	386
Gritos de fiebre, por D. Pelayo Vizquete.....	404
La leyenda de la Toma, por D. Francisco de Paula Villa-Real.....	412
Las mujeres y Tirso, por D. C. Moreno García.....	419
El último estudiante, por el Marqués de Figueroa.....	428
Boletín bibliográfico.....	439

**15 DE MARZO**

La opinión y los partidos, por D. Adolfo Pons y Umbert.....	449
Ciencia española, por D. José Rodríguez Mourelo.....	464
La nube y la fuente, por D. Juan Alcover.....	479
Jovellanos considerado como poeta y como prosista (conclusión), por D. Joaquín Rubió y Ors.....	480

